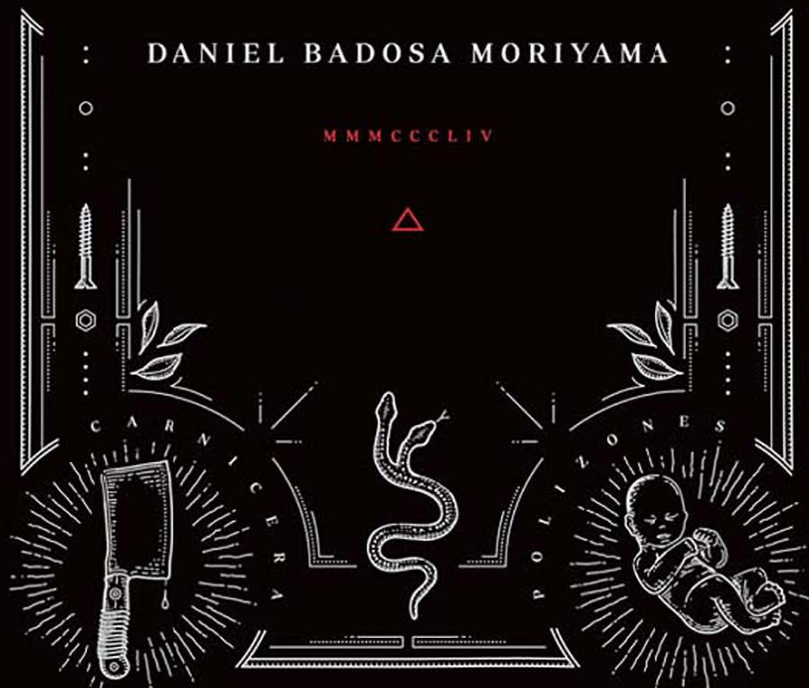


ABANDONO

DANIEL BADOSA MORIYAMA

MMMCCCLIV



Biografía del autor

Daniel Badosa Moriyama nació el 1 de junio de 1989 en Madrid. Ya desde pequeño sintió una gran fascinación por las increíbles historias en que le sumergían los comics y los libros. No tardó en coger prestada la máquina de escribir de su padre y teclear con finos dedos las primeras historias. Ahí, entre aquellas palabras en tinta mecanografiada, nació su sueño de ser escritor.

Se licenció en psicología en el año 2014 por la Universidad Autónoma de Madrid y realizó un curso de edición profesional de libros en 2015. Vive actualmente en la misma ciudad junto con su esposa y sus dos hijos mellizos.

Haz click para conseguir el libro completo:
Ebook | Tapa blanda

o visita [ESTE ENLACE](#)

Encuentra al autor en:
www.danielbadosa.com
Youtube: Daniel Badosa
Twitter: @danbamo
Instagram: danielbadosa

EL ABANDONO

Daniel Badosa Moriyama

El abandono

Copyright © 2019, Daniel Badosa Moriyama

Ilustración de la portada: Ben Didier ©

El abandono by Daniel Badosa Moriyama is licensed under a Creative Commons Reconocimiento-SinObraDerivada 4.0 Internacional License.

Sigo sin olvidarte.

1ª parte: La vela



El Abandono

Aquella era la destrucción del fuego, las cenizas, la sangre y el silencio.

Pedazos inconexos de lo que antes habían considerado un hogar durante miles de gigaciclos flotaban por el frío espacio negro perdiendo el calor de la vida.

El planeta Ekya había sido destruido por sus propios hijos. Un cataclismo inevitable justificado por un pecado secreto y pagado con vidas inocentes.

Millones de rígidos cuerpos yacían entre el oscuro espacio y la envenenada tierra. Los ojos vacíos de luz y de esperanza con las manos aún apretando sus armas. Todos lucharon con valor, todos lucharon hasta el final. Todos murieron sin poderlo evitar.

Pero de entre las ruínas y la muerte una colosal nave consiguió escapar de la destrucción. Navegaba a altas velocidades, rezando con la respiración cortada para escapar del peligro.

La nave contenía en su interior la isla llamada Omnra. Y en ella se escondían los últimos supervivientes de un planeta devastado.

Y fueron estos los que darían nombre al inconmensurable dolor de ver su hogar destruido.

El Abandono.

Y mientras la nave huía con los motores al rojo vivo, los supervivientes de Ekya miraban con lágrimas a través de los monitores como su planeta se convertía en un cúmulo de ruinas, siendo testigos del comienzo de una nueva era de vela, ámbar y flor.

La profetisa (1)

Y cuando por fin salvé el mundo, me fui sin esperar amor, odio o reconocimiento, ocultándome para siempre entre las sombras de una historia que nadie recordará. Pero así es como he querido que sea, y así es como debe ser por el paso de la eternidad hasta que ya no queden quienes puedan contar las historias del mundo. Yo soy la vela del millón de llamas. Yo soy la vela que jamás se consume. Yo soy la vela que arde en la oscuridad — El libro de la cera, decimosexta ilustración, párrafo treinta y dos.

1:1. Que quede escrito por los tiempos de los tiempos en tinta de cera. Este es el libro de Airinn, la profetisa y eterna sirvienta de Omnra.

1:2. Lloró frente al cataclismo la profetisa de pelo blanco y puro como la nieve. Lloró porque su visión se había hecho realidad.

1:3. Los cuerpos calcinados y envenenados chocaban contra el cristal de la nave. Su tristeza no encontraba consuelo.

1:4. “¡Oh Ekya, ¡podría haberos salvado si me hubierais escuchado! ¡Oh Ekya, podría haberos salvado si yo hubiera creído más en mis propias palabras!” lamentó Airinn.

1:5. Pocos creyeron en su visión. Pocos fueron salvados de la destrucción. La carga de todas

aquellas vidas perdidas quedarían acumuladas para siempre en el océano de sus ojos.

1.6. Rezaban los presentes para ser salvados del Abandono que era la destrucción causada por los colosales hijos pródigos del firmamento. Rezaban por la salvación otorgada por su profetisa del millón de llamas, cuya frente pintada en dorada cera había sido bendecida por el tungolcay Vela.

1.7. Pilotaban los hombres hongo con manos blanquecinas, pupilas doradas y bocas selladas. La nave Omnra escapaba entre plegarias, huyendo con las únicas vidas salvadas por las jóvenes manos de una inocente muchacha.

1.8. “¡Oh Vela, si mi vida tiene que ser sacrificada para que Omnra se salve, que así sea!”

- 1.9. Entonces la ceniza y el humo se desvanecieron y los colosos quedaron atrás en su destrucción.
- 1.10. Miraron los hombres hongo a la profetisa con sus brillantes pupilas y confirmaron su salvación.
- 1.11. Rezaron los seguidores del millón de llamas en estruendoso fervor de oración enjambre, agradeciendo entre llantos la victoria de la vida frente a la muerte.
- 1.12. Pero ella jamás celebraría, pues pesada y no transmisible era su carga.
- 1:13. La profetisa ya no se pertenecía a si misma, sino a su pueblo.
- 1:14. Ella era sirvienta del tungolgay Vela, del millón de llamas y de sus seguidores. Siempre sería consumida por su eterna fe.
- 1.15. La profetisa Airinn encendió una vela en la oscuridad.

El amputado (1)

No debéis aferraros a la vida. Aferraos a la muerte, pues solo en ella encontraréis una segunda oportunidad de cambiar la vida que habéis dejado atrás. Creedme cuando os digo, que los que se aferran a la muerte son los que no solo cambiarán quienes son, sino que transformarán a los que están a su alrededor — Palabras de Maderaquemada.

Ésta es la historia de cómo te conocí.

Llegaste a la nave e isla Omnra entre los aullidos de tus padres. Tu brazo amputado derramaba rápidamente tu vida. Eras un herido entre cientos que habían llegado en busca de salvación. Podrías haber sido un cadáver más en la montaña acumulada de los que con fe ciega se quedaron a luchar hasta el final.

La rama del árbol desgarró tu brazo izquierdo. Crujido de cristal y metal, el conductor estaba demasiado imbuido en el miedo del ca-taclismo.

Y yo te observé entre cientos de vidas apagándose como velas en tormenta. Te observaba como otros muchos en busca de alguien que pudiera escucharme y traer mi voz a oídos que quisieran recibir palabras de verdad.

Y solo tú respondiste a mi voz.

Agarraban tus padres la mano que te quedaba. Solo se escuchaban las súplicas de una madre a un cielo ahora artificial, las caricias de un padre a un rostro ensangrentado de ojos cerrados y las palabras de coraje y de vida recitadas en nombre de la tungolgay Maderaquemada.

Cuánto amor se respiraba entre el miedo de la pérdida.

Llegó tu cuerpo aún entre la vida y la muerte al bosque de Vikaro. Con urgencia te llevaron con la herida de tu brazo negándose a parar de sangrar.

Quizás una parte de ti ya sabía que así es cómo me encontrarías.

Cedió tu cuerpo a la mortal orquesta con el corazón parándose agotado y el pecho hundiéndose sin aire. Los esfuerzos de los de a tu alrededor fueron vanos. Los gritos de tus padres eran sordos a tus oídos. Jamás serían consolados.

Pero el amor siempre encuentra su camino.

Una figura encorvada se acercó con ancianos pasos hacia tu cadáver, su pierna derecha brillando con el mismo plateado metal de la vara que portaba. Tus padres se postraron ante él, pues tenían frente a sus ojos su única esperanza de recuperarte.

Cogió con dedos arrugados el saco que colgaba de su cuello, y con sumo cuidado extrajo una semilla azabache para colocarla en tus partidos labios.

Una sola orden fue la dictada y tres veces repetida.

“Come, y vuelve a la vida. Come, y vuelve a la vida. Come, y vuelve a la vida.”

Tragaste así la semilla, y diste el primer paso hacia mi hogar de cielo blanco.

Tus desnudos pies tocaron lo desconocido. La frondosa yerba silbaba alrededor tuyo. A lo lejos un solo árbol se alzaba. En su tronco se apoyaba una vara de madera y en su copa colgaba una manzana blanca. Te estaban esperando.

Y te vi dudar, confundido, asustado, perdido. Y aún así, tuve la visión de que serías el único que podría volver a mí y que conseguiría escuchar mi voz para recordarme en vida y muerte. Estaba desesperada por ser escuchada. Yo, que apenas había respirado en vida, anhelaba ser escuchada.

Así que te susurré en súplica.

“Camina, Tuon, camina” te acarició mi voz. Y aunque no supiste reconocer el regalo de mis palabras o mi existencia, caminaste.

Anduviste en agonía y en dolor. El vacío de tu brazo izquierdo ardía en un millar de llamas. Te rendiste, caído entre la frondosa hierba, deseando ser tragado por ella.

“Sigue caminando, Tuon. Camina” te repetí en ardientes deseos.

Y tú, Tuon, me escuchaste. Te levantaste una vez más para caminar y alcanzar finalmente el árbol.

Con tu único brazo cogiste la vara y la portaste con dolor y orgullo. Con ella conseguiste la lejana manzana blanca, y mordiendo su pureza, dejaste que te llenara.

Sabías que debías volver. Así debía ser, así lo sabía yo también.

Y cuando me preparé para despedirme sin mirar atrás, me buscaste con tu mirada de ojos oscuros. Querías encontrar la fuente de la voz que te había ayudado a caminar.

Algo dentro de mi pecho brilló por un instante.

“Hasta que nuestros caminos se crucen de nuevo” me despedí entre lágrimas. Y tu cuerpo, que era puente entre la vida y la muerte, fue arrastrado de vuelta a Omnra.

Latió de nuevo tu corazón, el aire hinchó tu vacío pecho y tus ojos se abrieron como dos llamas repletas de vida. Tus padres fueron embriagados por el milagro del maestro amputado y fueron a besarte, acariciarte y amarte.

Sonreíste hacia tus agradecidos padres y a tu solemne y nuevo maestro. Pero también me sonreíste a mí aunque tus ojos no me encontraban. Y tu sonrisa cubrió mi solitario blanco cielo en el mundo de los muertos.

Miraste tu nuevo brazo y vara de madera. Eras parte del árbol y de su fruto. Acababa de nacer un amputado, el primero de Omnra. Carne y hueso sacrificado por madera. Una segunda vida otorgada para el Abandono que destruyó tu hogar.

Y mientras contemplabas tu nuevo brazo y futuro, yo te contemplaba a ti, deseando con todas mis fuerzas poder volver a verte pronto y hablar contigo una vez más.

La carnicera (1)

Por favor amada mía, no me dejes atrás. Sin tu tierra y firmamento ya nada me quedará. ¿Qué intentas decirme en tu oculta tez? ¿Acaso quieres que mi espíritu tenga sed? ¿Qué más puedo hacer por ti? ¿Acaso no aceptas mi amor sin fin? Por favor amada mía, no me dejes atrás. Sin tu tierra y firmamento, ya nada me quedará — Joman. La canción de la cima.

“Fórjame un cuchillo” le pedí a mi abuela con las manos llenas de sangre y mis ojos aguamarina brillando tras haber asesinado a los míos. No me dejaron opción. Me habían secuestrado y atrapado en una cámara frigorífica de carne que colgaba en afilados ganchos. No me dejaron opción. Eran traidores a nuestra patria, un puñado de conversos al millón de llamas y al tungolgcay Vela. Traidores a mi familia, a mis padres los reyes, a mis hermanos y hermanas. Ordené que me dieran explicaciones que me ayudaran a comprender la sinrazón de sus pecados. Contestaron con debilidad, con sus cuchillos envainados y sus cabezas bajas. Así no debían ser los habitantes de Conoc. Y cuando me confesaron que solo me habían secuestrado a mí por ser la más débil en mi familia, fui bautizada en el odio y en el metal. Agarré uno de los ganchos de carnicero y perforé cada una de las gargantas de aquellos que se habían atrevido a llamarme débil. Atravesé cada hueso y cada carne para expulsar la humillación de mi cuerpo entre aullidos y vidas sesgadas. “Fórjame un cuchillo” le pedí una segunda vez a mi abuela. Y ella, con su cara repleta de quemaduras por incontables años de forjar, asintió. Yo no era la más débil. La debilidad nace en la mente. La debilidad de los míos brotó por las mentiras de su profetisa. Arrancaré de raíz la herejía de este mundo con mi metal. Cortaré cada mecha con mi filo. Apagaré todas las llamas con mi aliento. Yo no era la más débil.

Los polizones (1)

Nacieron del silencio, viven en el silencio, y tarde o temprano, según mis estudios, morirán en el silencio. ¿Qué clase de existencia era aquella? Aún no lo sé, pero hay algo en ellos que me atrae. Quiero encontrarles aunque tenga que buscarles entre el vasto mar de la quietud — Safal Gachkt. Sobre el silencio y la locura.

Silencio.

Los tres hijos del silencio permanecieron sentados.

Agotados. Rendidos. Ocultos. Secretos.

Entre las máquinas de Omnra, los últimos eternos testigos descansaban. El Abandono no perdonó a nadie.

Muerte portaba máscara de calavera negra y manto de gotas rojas sobre blanco. Flores carmesí brotaban de sus cuencas con cada una de sus respiraciones. Él era el más antiguo y poderoso.

Estaba cansado.

Iluminación, el segundo, asintió. Portaba máscara de rostro de ojos serenos en colorida arena cambiante. Su manto de círculos concéntricos dorados sobre morado cubría su alta y delgada figura.

Todos los suyos habían perecido.

Mentira, la tercera, negó con la cabeza, intentando olvidar el horror contemplado. Un fino velo rosa cubría un rostro invisible. Su pelo negro era un nido de oscuridad. Su manto flotaba en un patrón de triángulos turquesas y verdes.

La hija del silencio no comprendía por qué su hermano la había salvado de entre todos los suyos.

Muerte no respondió a la acusación. Y Mentira, que sentía miedo y respeto por él, aunque sabía que ocultaba algo, se calló.

Lucharon todos los hijos del silencio en el Abandono. Amor, Justicia, Furia, Tristeza, Melancolía, e incluso Vida se unió a la imposible batalla.

Lucharon ocultos y en silencio con los ekyaten, inconscientes de sus nuevos y poderosos aliados. No les correspondía luchar, y aún así, lo hicieron, muriendo junto a los mismos que les insuflaron sus tranquilas existencias.

El Abandono fue inevitable.

Pero la vida siempre encontraba un camino. Muerte, al final de una batalla ya perdida, fue hacia la nave de Omnra momentos antes de despegar. Y en su huida, agarró a los hijos del silencio que pudo: Iluminación y Mentira. Y ahora, de los que antes eran multitud, solo quedaban unos pocos. Un puñado de familia.

Los tres se quedaron callados, recreándose en el silencio que les daba nombre y existencia y que reconfirmaba su naturaleza perdida.

Ellos eran los últimos que permanecían.

Un llanto de bebé rompió la tristeza de los tres seres, atravesando el escudo que habían levantado en su momento de duelo y secretos. Entre ellos compartieron miradas imposibles.

El bebé siguió gritando, asustado, necesitado de alguien que pudiera abrazarle.

Sin poder evitar su curiosidad, se levantaron los tres para encontrar la fuente de los llantos.

Entre el hueco de dos máquinas hallaron a la pequeña ekyaten, arropada en un manto rojo como el fuego del amanecer y rodeada de grandes huevos de gusanos aún por eclosionar.

Cogió Muerte al bebé en brazos, y su llanto se apagó. La nueva vida no le era ajena, pues allá donde él estuviera, su hermana siempre le había acompañado para enseñarle.

Pero su hermana Vida jamás volvería.

Con ojos del color del ámbar, la pequeña criatura miró a cada una de las tres figuras que le rodeaban.

Mentira se deslizó junto al bebé, jugando, haciéndole cosquillas y figuras danzarinas con los dedos. El bebé rio.

Se preguntaron qué harían con ella.

Se preguntaron donde estarían sus padres.

Nadie dejaría su herencia en aquel infierno de metal. Solo su llanto la había salvado de la ignorancia de la vida.

Fue Muerte quien decidió por ellos y por la pequeña.

Ellos la cuidarían. Ellos la protegerían.

Muerte acunó a la pequeña con ternura entre sus brazos de tela blanca y roja.

Iluminación y Mentira no le entendieron. Aquella decisión habría sido imposible de imaginar antes del Abandono. Algo le sucedía a su hermano mayor, pero no se atrevieron a cuestionarle.

El bebé, como si respondiera a la decisión de Muerte, sonrió con la luminosidad de una vela encendida en las tinieblas.

Entonces Muerte puso nombre a quien había sido encontrada abandonada.

Esperanza.

Mentira se quejó, pues aquella criatura no era una hija del silencio. Aquel nombre no le pertenecía.

Iluminación se quedó en expectación de la respuesta de su hermano mayor.

Pero Muerte solo respondió con una caricia al bebé. Su máscara de flores carmesí morían y renacían al compás de la respiración de Esperanza.

Él sabía lo que ella tenía que representar y lo que tenía que encarnar.

Y sabía Muerte que sus hermanos solo le comprenderían cuando se marchara por siempre para fundirse con los que dejó atrás.

El bebé sonrió de nuevo entre las tres figuras, protegida por su nuevo manto de silencio.

Un gigaciclo desde el Abandono
(3355 gigaciclos desde el nacimiento de Ekya)

La profetisa (2)

Y mi seguidor más amado, al que llamé Alas, me preguntó por qué proteger a los que no conozco y a los que jamás conoceré. Y yo, Vela, le contesté que el bien ha de realizarse en las sombras del corazón y no en la luz del día. Mi voluntad final es que mi fuego brille en las vidas de los demás y acabe apagándose en mi pecho” — El libro de la cera, primera ilustración, párrafo catorce.

2:1. La mente de Airinn barrió con devastadora fuerza la tormenta de palabras producida por la Mecha, orgullo de los seguidores del millón de llamas y herencia del tungolgcay Vela.

2:2. La sagrada máquina de rostro calmado sujetaba con sus frías manos las sienas de la profetisa para hablarle en el caos.

2:3. Pero las palabras se escapaban de entre sus dedos como granos de arena. Su significado solo era espontáneo y percedero.

2:4. Sin nada a lo que agarrarse, sin nada a lo que volcar su fe en garganta seca.

2:5. Apagó la profetisa Airinn la máquina, rindiéndose por aquel infructuoso ciclo. El rostro de la Mecha, la de una mujer cabizbaja en ferviente devoción, le devolvió su cansancio.

2:6. La reliquia de su interior cantaba en silencio desde que le dio la visión del Abandono.

2:7. “¿Por qué no me vuelves a hablar, reliquia?” le preguntó Airinn con el dibujo de la vera dorada todavía húmedo por el sudor de su frente.

2:8. Pero la reliquia no respondió. Y en ese insoportable silencio Airinn recordó la primera visión.

2:9. Ella era una niña de once gigaciclos motivada por una inocente curiosidad.

2:10. Cuando posó su mirada en la sagrada y prohibida máquina, se despertó un secreto interés de voluntad irrefrenable.

2:11. Abrió lo secreto y contempló la reliquia: una preciosa piedra del color de la miel con una abeja inmortalizada en su interior.

2:12. Y en un momento picaresco se conectó para recibir el mar de palabras. Aquel era un cáliz rebosante imposible de rechazar para ella.

2:13. Y las llamas le hablaron.

2:14. Una vela se encendió en su frente y ardió con un millón de lenguas de fuego sin consumirse en su pasión.

2:15. La visión le mostró el Abandono. El fin del planeta Ekya. El fin de una era.

2:16. Las tormentas de voces describieron un futuro demasiado terrible y cercano para ser cierto. Las palabras fueron claras y el temor recordado aún ardía en su memoria.

2:17. El Abandono destruiría Ekya si ninguna mano agarraba el cayado de la carga.

2:18. Fue aquella visión lo primero que contó Airinn a los furiosos monjes que la habían descubierto.

2:19. Y ellos debieron escuchar la voz de Vela a través de Airinn, pues sus palabras fueron creídas.

2:20. Y esa creencia salvó a ciento setenta y dos mil habitantes en la isla de Omnra.

2:21. Pero cada vida perdida era un pesado dolor sobre la conciencia de la profetisa. Y cada vida salvada una carga más sobre sus cansados hombros.

2:22. Un gigaciclo había pasado desde el Abandono.

2:23. Omnra seguía en constante movimiento en la oscuridad del universo, impulsada por el miedo a las colosales fuerzas.

2:24. Eran las órdenes de una profetisa que deseaba por encima de todo proteger la vida.

2:25. Pero los hombres hongo calcularon reservas suficientes para viajar por el espacio tres gigaciclos más. Más allá de eso los hombres hongo eran tan ciegos como los demás.

2:26. No podían continuar navegando por siempre en la vacía oscuridad.

2:27. Incontables veces se conectó de nuevo Airinn a la Mecha en busca de las voces que la guiaron. Pero solo fue caos lo que obtuvo en los últimos diez gigaciclos.

2:28. Derramó lágrimas de imploración con su espíritu destruido junto al viejo mundo.

2:29. Se sentía perdida sin nadie que pudiera comprender su carga. Nadie excepto el mismo Vela.

2:30. Su pelo antes del vivo color de la madera se había vuelto blanco como la nieve virgen. Ataba su pelo hacia atrás en cascada de pureza para revelar en su frente la cera dorada de una vela.

2:31. Una unguida por el tungolgcay Vela, una salvadora.

2:32. Airinn tomó su yugo

una vez más. Demasiado tiempo había dejado en incertidumbre al pueblo de Omnra. Sus habitantes necesitaban respuestas.

2:33. Se puso Airinn un vestido negro largo de bordados hilos de brillantes colores representando a los dos primeros compañeros del tungolgca y Vela: Llave y Colmillo. Dos mártires que jamás serían olvidados.

2:34. Caminó Airinn por la sala de mandos donde solo unos pocos eran permitidos.

2:35. Dos monjes se inclinaron hacia ella. El primero de ellos se llamaba Nepol, la segunda Tere, y juntos eran matrimonio, monjes superiores de Omnra y miembros del consejo personal de Airinn.

2:36. “Hoy tengo algo importante que comunicar a todos los habitantes de Omnra” anunció Airinn tras sentarse en su silla alta de madera, tallada en imagen y semejanza a los antiguos tronos yarmakianos.

2:37. La noticia fue recibida con noble sorpresa. Llevaban mucho tiempo esperando.

2:38. Los monjes prepararon el equipo de transmisión para Omnra y los focos se encendieron sobre ella iluminándola en un brillante halo.

2:39. El oro de su frente resplandeció con fuerza. Nepol dio la señal y Airinn asintió.

2:40. “Hermanos y hermanas de Omnra. Un gigaciclo hemos

pasado viajando por el espacio, escapando del Abandono en busca de un nuevo hogar. Sé que vuestros sueños son cortos y vuestra vida marchita. Vuestro dolor es el mío propio, y por ello hoy os traigo noticias.”

2:41. Airinn dejó de hablar. Omnra paró con ella con el aire contenido entre el silencio y la esperanza.

2:42. “He tenido una visión donde Omnra está a salvo y prospera. Crece y sobrevive. Podéis estar en paz, hermanos y hermanas. Omnra está por fin a salvo.”

2:43. Las ovaciones y las plegarias cubrieron con un manto de alivio toda la nave y la isla.

2:44. Seguidores del millón de llamas e inmigrantes se unieron en festividad bajo el estandarte de la creencia en la profetisa.

2:45. Airinn sintió el dolor de la mentira en su pecho. Pero aquel era el único camino.

2:46. Sin visiones, ella no era profetisa. Y sin profetisa, Omnra perecería.

2:47. Airinn respiró, mezclando el aire de la sala de mandos con su oración para implorar que la mentira acabara convirtiéndose en verdad.

2:48. “Detened la nave. Omnra reposará por fin.”

El amputado (2)

Cuando el peregrino camina sin amor hacia los que debería servir, ninguno de sus pasos le permite avanzar — Palabras de Maderaquemada.

Tuon, habías crecido mucho en el último gigaciclo. Había sido testigo de cada brizna de tu pelo emerger con tu espíritu y de tu brazo de madera expandirse junto con tu habilidad.

Danzaba la vara de madera con tu cuerpo, haciendo flotar sin esfuerzo las flores petrificadas de tu cuello y tu pelo negro revuelto. Tu chaleco abierto mostraba un moreno torso con un pequeño saco colgando del cuello: la semilla del amputado.

Tu aura color amarillo recorrió el brazo de madera hasta la vara y canalizaste el flujo para levantar la tierra en ligeros terrones. Tu entrenamiento mostraba con humildad sus frutos.

Disolviendo tu aura, descansaste satisfecho. Reposaste la vara en el suelo y te acercaste al montículo de tierra de frescas flores blancas y rojas. Una vara de metal clavada marcaba el lugar donde tu maestro había sido enterrado. Como muchos otros ancianos, su cuerpo y espíritu no aguantaron la lejana desconexión con Ekya.

Salvador de vida y maestro, te enseñó a blandir la vara de madera como parte de tu brazo. Te enseñó a controlar el aura como extensión de tu espíritu. Te enseñó que un amputado consigue una segunda oportunidad en la vida para ser usada en beneficio de sus allegados. Así había sido desde el principio con la tungolg cay Maderaquemada y así debía ser por siempre en tradición de los tuyos.

Estaba segura de que tu maestro estaría orgulloso de ti.

Agarraste el pequeño saco de tu cuello donde la semilla descansaba para ser utilizada. Algún ciclo esa pequeña salvaría otra vida.

Y aunque la duda te carcomía de hacer lo correcto, yo sentía que la usarías correctamente.

Estabas preparado para tu peregrinaje por Omnra para ayudar a los

caídos. Inclinaste con respeto la cabeza hacia la tumba de tu maestro y te marchaste sin esperar respuesta.

Abandonaste el profundo interior del bosque de Vikaro pensando con preocupación en tu familia. Ellos sabían que este ciclo llegaría, que era inevitable tu partida para cumplir la responsabilidad como amputado y proteger la nueva y antigua vida de Omnra. Eras tú, al fin y al cabo, el último y único amputado de Ekya. d

Pero ningún padre quiere que sus hijos se alejen de su regazo. El orgullo no mide el amor. Pero qué sabré yo del amor de un padre, cuando nunca he tenido la oportunidad de descansar en los brazos de los que me concibieron entre llamas y humo.

Llegaste al campamento yun, donde las incontables tiendas nómadas se adornaban tanto por flores frescas como petrificadas. Ellos estaban distanciados del resto de Omnra y de los seguidores del millón de llamas, huyendo de los mismos que les habían protegido. La sangre debía ser más espesa entre la cera.

Pero para ti, cuyos ojos habían sido abiertos a mirar con compasión, el comportamiento segregado de tu pueblo era incomprensible. Aún así callabas, pues no era todavía tu lugar para hablar. La vara era para caminar, así te había enseñado tu maestro.

Llegaste a tu hogar, una tienda de lona marrón con flores amarillas para mostrar con orgullo el tener un amputado en su linaje. Dentro viste a toda tu familia reunidos alrededor de un fuego en el que un caldero bullía silenciosamente. Allí estaba tu padre, de expresión solemne. Tu madre, de sonrisa amarga. Y tus cinco hermanos y hermanas, cada uno con flores adornando sus cabezas y sus cuellos, mirándote con ojos caídos.

Ellos ya se habían preparado en cuerpo y espíritu.

Se acercó tu padre para abrazarte. Conmovido por su significado le devolviste el gesto mientras tu madre se levantaba y recogía una mochila de viaje.

“Es hora de que marches y sirvas a los que más lo necesitan” dijo tu padre mientras seguías entre sus brazos. Contuviste lágrimas de alegría, feliz de no tener que luchar contra tu destino, pues los muros más altos a superar son los levantados por tu misma carne y sangre.

Viste con corazón encogido a tu padre llorar por primera vez desde tu resurrección. Tu madre y tus hermanos se unieron a él en una lluvia de lágrimas. Ningún padre quiere ver a su hijo abandonar su

regazo, aunque ese mismo padre sea el que le envíe fuera.

Comisteis el estofado junto al fuego, saboreando cada cucharada como si fuera a ser la última. El estómago intentaba llenar el vacío que el corazón dejaba.

“Vuelve solo cuando hayas ayudado a todos los que te necesiten” dijo tu madre, recitando a la tungolcay Maderaquemada. Pero sus ojos húmedos contaban otra historia distinta: vuelve cuanto antes, hijo mío.

Besaste la frente de tu padre, de tu madre y de tus hermanos. Con la vara de madera, empezaste a caminar, mirando atrás cada cuatro pasos, grabando la imagen de tu familia en tus oscuros ojos.

Y mientras te alejabas de tus seres amados, los yuns salían de sus tiendas, inclinándose y arrojando flores a tus pies, despidiendo a su único amputado.

Comenzó así tu peregrinaje: con una vara y un brazo de madera, un estómago lleno, y las mejillas húmedas.

La carnicera (2)

Que cada fibra que corte tu cuchillo sea recordatorio de lo que eres en realidad y de donde provienes. Nunca olvides quién eres. Quien se olvida de su lugar en el mundo es un cuchillo sin filo, un cuchillo abandonado, un cuchillo inútil — Joman. La canción de la cima.

El cielo era negro cuando el sol artificial de Omnra descendió. Solo mis ojos y mi cuchillo brillaban con el color aguamarina, reclamando lo que me pertenecía. Mi cuchillo deseaba beber por primera vez la sangre de mis víctimas. Yo le concedería sus deseos. Mi presa se movía lentamente por el templo, las velas iluminando su rostro forjado con las mentiras de su profetisa y tungolgcay, devolviendo de vuelta el libro de la cera con sus incontables herejías. Las velas iluminaban su sereno rostro, sin darse cuenta de mi presencia entre las sombras. Y cuando mi cuchillo no pudo aguantar más la expectación, caí sobre el monje, rompiéndole los dientes al aplastar su rostro contra el suelo. La sangre brotó formando un dulce charco. Puse mis botas sobre su cuello y tapé mi rostro con mi sombrero de ala plana, pues él no era digno de contemplarme. Mis ojos aguamarina brillaban en excitación y mi cuchillo de carnicera ya podía saborear cada trozo de su carne y hueso. “¿Por qué?” preguntó el monje sangrante, pero no le respondí. No se lo merecía. El filo grueso de mango ancho rebanó el cuello del monje, acabando con su agonía que hubiera preferido que durara eternamente. El cuchillo era perfecto. Mi abuela no me había fallado, su técnica a pesar de su edad, era aún impecable. Mi alegría era grande, pues era la primera garganta mentirosa que había silenciado. Ellos fueron los que me alejaron de mi familia y de una muerte digna junto a ellos. La alegría me acongojaba, pero aún quedaban muchos por matar. Mi abuela vio el cadáver y apartó la vista, y yo me lo tomé como un insulto a mi habilidad, a que debería haberle matado más limpiamente. Su silencio fue mi respuesta. “Vámonos, Jakam, sangre de mi sangre” dijo

finalmente mi abuela, indicando la puerta. Pero yo tenía algo más que hacer. Saqué de mi cinturón cuatro ganchos, recuerdos de aquel ciclo que me había marcado con un nuevo nombre. Colgué el cadáver del monje, clavando los ganchos entre su piel y haciéndole gotear sobre lo más sagrado para él y su gente. Mi abuela miró con desaprobación, pero me consintió el capricho. Este era un mensaje para Omnra y para Airinn. Nadie estaba a salvo de mi cuchillo. Mancillé el libro sagrado y escupí sobre sus mentiras. La única verdad era mi cuchillo, y yo era la única lengua verdadera que hablaba en esta tierra corrupta. Nos fundimos en la oscuridad de la noche de Omnra para descansar, pero mi filo había probado la venganza y ya me estaba pidiendo más. Más. Más. Más.

Los polizones (2)

Llevan con nosotros desde el principio de los tiempos con el mismo nacimiento de Ekya. Pero no nos hemos dignado a entenderles siquiera. Quizás porque no hemos podido. O quizás porque no hemos querido, pues ellos son solo espejos que reflejan lo que nosotros realmente somos — Safal Gachkt. Sobre el silencio y la locura.

Los tres hijos del silencio habrían descansado por el resto de la eternidad.

Demasiados hermanos y hermanas suyos de manto y máscara habían caído en el Abandono. Demasiado silencio quebrado. Demasiado dolor pronunciado.

Pero la vida demandaba vida. Esperanza necesitaba ser cuidada, y los hijos del silencio no pudieron ignorar sus necesidades. Robaban comida de patrullas de hombres hongo, saqueando en secreto sus provisiones para alimentar a la criatura. La acunaban en las noches entre sus amplios mantos y la protegían del mismo peligro que les acechaba de ser descubiertos.

Y así, durante un gigaciclo, mantuvieron a Esperanza con vida entre la maquinaria de Omnra. A medida que crecía, su bella sonrisa se expandía. Ojos marrones de brillo meloso iluminaban su faz. Su pelo rizado del color del ébano ocultaba su tímido rostro. Sus mejillas se sonrosaban cada vez que reía o lloraba. Y sus pies rápidos la impulsaban allá donde deseaba ir.

Pero ni una sola palabra había salido todavía de sus labios. Y los hijos del silencio se preguntaron en culpa si su existencia afectaba a la pequeña.

Aquel no era lugar para que creciera un infante. La luz y el aire debían acariciar su cara, y sus pies tenían que posarse en la tierra.

Los hijos del silencio tomaron una decisión.

Marcharían en busca de los padres de la pequeña Esperanza.

¿Pero serían capaces de dejar a Esperanza en Omnra? ¿Después de haberla visto crecer, reír y llorar junto a ellos? ¿Serían capaces de volver a inmiscuirse en las vidas de los ekyaten?

Mentira preguntó, pero ninguno de sus hermanos se atrevió a contestar. Los tres conocían bien el dolor de compartir sus existencias con los ekyaten

Pero ya no podían dejar atrás a Esperanza, pues los tres habían aprendido, a su pesar y felicidad, a amar a la pequeña. Pero tampoco podían vivir con ella para siempre pues no estaba en su longeva naturaleza.

Agacharon sus cabezas en vergüenza. Recuerdos dolorosos de vidas entrelazadas con ekyaten envenenaban su decisión.

Y para esconder el dolor, recordaron el principio de los tiempos.

Fue la lengua muda del planeta Ekya quien dio nacimiento al silencio absoluto. Y de este nacieron los hijos del silencio, nutridos por la falta de palabras y de lo que guardaban dentro los corazones de los ekyaten. Fue la lengua de Ekya quien dio a luz al silencio, pero fueron los ekyaten quienes les insuflaron la vida.

En el silencio más pesado y denso del fallecimiento de un ser querido, allí nació Muerte.

En el momento de absoluta claridad espiritual, allí nació Iluminación.

En la venenosa lengua de palabras inciertas, nació Mentira.

En sus naturalezas estaba el permanecer en las sombras de los ekyaten.

En contemplar y nunca actuar.

Los que intentaron vivir de otra manera aprendieron con dolor las consecuencias de sus actos.

Los tres se estremecieron al recordar los momentos en que intentaron negar su existencia. Y sin embargo, buscaban ahora en sus recuerdos cualquier fragmento de belleza y amor que hubiera salido de aquellas vidas resquebrajadas.

Buscando un propósito contra lo insoportable.

Y en el dolor tras el Abandono, era la pequeña Esperanza quien les otorgaba amor contra el sufrimiento. Ahí estaba su respuesta, caminando frente a ellos.

Debían marchar hacia Omnra. Debían darle la vida que le pertenecía por derecho a la pequeña.

Sus silencios no podían arrebatársela.

Fue Muerte de nuevo quien tomó la decisión final.

Buscarían a los verdaderos progenitores de Esperanza. Así obrarían.

Pero Mentira seguía preocupada, pues tarde o temprano se tendrían que revelar a los ekyaten de Omnra para poder encontrar a los padres de Esperanza.

Y cuando cumplieran su misión, retornarían a la lengua muda que siempre les había dado cobijo.

¿Valdría la pena?

Tenía que valer la pena.

Permanecerían con ella hasta que sus pies tocaran tierra y su pelo flotara con auténtico aire.

Permanecerían con ella hasta el final.

Iluminación recogió su lanza de luz.

Muerte se levantó en ominoso manto de rojo sobre blanco.

Y Mentira llevó en brazos a Esperanza, que pronto durmió por el mecer de sus suaves pasos.

Los tres caminaron a través de tuberías y cajas de metal en busca de un mejor hogar para la pequeña.

Y quizás, solo quizás, un mejor hogar para ellos.

La profetisa (3)

Y serán recordados para siempre en mi memoria de luz los dos primeros mártires que se sacrificaron y renombré como Llave y Colmillo. Pues aquellos que se sacrifican sin esperar nada a cambio son los únicos que realmente pueden ser llamados mártires, olvidados por todos excepto por mi — El libro de la cera, quinta ilustración, párrafo veinte.

3:1. Escuchaba Airinn a los miembros del consejo. Sus palabras eran sobre la fe ciega de Omnra hacía el mensaje de su profetisa. Pero también había palabras de la muerte sobre un monje de cuello sesgado, un libro de la cera mancillado y un pueblo poseído por el miedo.

3:2. “Este es un asesinato marcado por el odio a los nuestros. No podemos permitir que se manifieste el veneno entre nuestra gente” dijo Airinn, afligida y perturbada al igual que toda Omnra.

3:3. Pero había mucho que hacer en la isla, así que pidió la profetisa conocer los progresos con los yuns, la tercera etnia más grande de Omnra y foco de atención desde el Abandono. Explicó Tere que las manos seguían abiertas, pero los oídos cerrados.

3:4. “¿Y qué les habéis ofrecido?” preguntó Airinn. Y Tere y Neppol no entendieron su pregunta, así que ella siguió hablando. “¿Qué les habéis ofrecido a los yuns para que quieran unirse a nosotros y con el resto de los pueblos de Omnra?”

3:5. “Les hemos ofrecido la verdad. Les hemos ofrecido nuestra religión. Les hemos regalado la salvación al invitarles a nuestra isla y nave. ¿No es acaso suficiente? ¿No es ingratitud y orgullo mostrarnos la espalda desde el Abandono?” preguntó Neppol con rencor.

3:6. “¿Acaso no entendéis que solo ofrecer nuestra salvación no es suficiente? Su pueblo ha sido masacrado y su religión casi aniquilada. De las catorce tribus de yuns, solo dos, las más pequeñas y débiles subieron a la nave

mientras el resto de los suyos lucharon. Ellos saben que teníamos razón en la visión. Pero ofrecerles nuestra religión es restregar sal en sus heridas aún abiertas. Dejadles que sigan de luto, dejadles en paz, dadles lo que necesitan, y serán los brazos abiertos de la compasión lo que les llevarán a nosotros” dijo Airinn, y los presentes asintieron en silencio, dándose cuenta de la verdad en las palabras de su profetisa.

3:7. Respiraba pausadamente sin aportar palabra el hombre hongo conocido como Numun, representante de los que mantenían la nave Omnra con vida. Vestía con un mono de trabajo naranja que cubría sus dos metros y medio de altura y su rostro inexpresivo estaba cubierto por una espesa masa viva de hongo blanco en relación simbiote. La lealtad y el trabajo de los hombres hongo eran indiscutibles. Las órdenes eran acatadas en una boca blanca sellada con obediencia.

3:8. Pensó Airinn que si llegaba el ciclo en que los hombres hongo se rebelaran, Omnra inevitablemente perecería.

3:9. Preguntó Airinn sobre el estado del combustible y de setas korin de Omnra, a lo que Numun mostró con un toque de sus blanquecinos dedos un gráfico de las reservas de la fuente de

energía y de vida. La cantidad era estable al detenerse la nave.

3:10. “¿Podrá tu gente seguir cultivando las setas aquí en Omnra, permitiéndonos vivir en la oscuridad del espacio?” preguntó Airinn, a lo que el hombre hongo negó con la cabeza. “¿Cuánto tiempo entonces?”.

3:11. Numun levantó dos de sus dedos blanquecinos. Les quedaba dos gigaciclos.

3:12. La profetisa había tomado la decisión de detener la nave, ahorrar combustible y descansar. Estaban detenidos en la intersección de dos caminos: seguir buscando un nuevo hogar en el oscuro espacio sin ninguna luz a la que aferrarse, o volver a Ekya cuando los colosos se hubiesen marchado. La duda era grande en Airinn y solo había respuestas inalcanzables en la oscuridad.

3:13. La profetisa estaba cansada. Con un movimiento de su mano dio por terminada la reunión, y el comité desapareció entre inclinaciones. Airinn se quedó sola en la sala de mandos, contemplando a través de la pantalla panorámica el gran vacío del espacio, el mismo abismo que dio nacimiento a Ekya, su planeta y hogar. No había promesas alcanzables, solo oscuridad a su alrededor. Mirar atrás era la única opción.

3:14. Nadie quería marcharse de quien les dio vida y refugio. Todos lo sabían, todos lo sentían. Allí habían nacido y allí debían haberse quedado. Y por eso fueron pocos los que quisieron escuchar las palabras de precaución de Airinn.

3:15. La profetisa rezó para que los hombres hongo encontraran el milagro de la vida. Rezó para que el Abandono fuera recuerdo, mito y leyenda para las futuras generaciones. Y rezó para que los ancianos murieran con el olvido del miedo sellado en sus labios.

3:16. La profetisa volvió a sus aposentos para intentar conectarse de nuevo con la Mecha, en busca de respuestas y claridad. La persistencia era lo único que le quedaba.

3:17. Fue entonces cuando sintió el látigo de hielo sobre su piel. Dos ojos posados sobre ella la atravesaron como afiladas agujas. Dos ojos vacíos inmersos en poder e historia la juzgaban sin piedad.

3:18. Se giró rápidamente y buscó asustada el origen de aquella perturbadora mirada. Pero no encontró a nadie. Estaba sola.

3:19. Airinn corrió con miedo a sus aposentos. Sus músculos estaban tensos y el corazón hinchado, preparada para defenderse de su secreto atacante.

3:20. Pero nada ocurrió tras llegar a su habitación. Inquieta por aquella premonición, contempló la estatua de la Mecha.

3:21. Las voces y las miradas de las tragedias cantaban a Airinn.

El amputado (3)

Al igual que camináis y os apoyáis con vuestra vara allá a donde os dirigís, amputados, dejad que los necesitados se apoyen en vosotros allá donde os encontréis. Porque la vara que se os ha concedido no es para vosotros mismos sino para los demás — Palabras de Maderaquemada.

La rugiente máquina de metal que era el tren se movió bajo tus desnudos pies con tu corazón aún henchido en despedida.

Miraste a lo lejos la capital de Omnra, alzándose como un nido de insectos de edificios irregulares. Y viendo la ciudad, sabías que algún ciclo tendrías que ir ahí, a la tierra sagrada de los seguidores del millón de llamas, al lugar donde el pozo del tungolgcay Vela descansaba en veneración.

Pero todavía no era el momento de ir a la capital. Todavía no.

Torre Profunda cruzó tus ojos también como una lanza negra entre el cielo y la tierra. Aquella era la conexión entre la isla y las máquinas que la transportaban. Otro destino que tendría que esperar.

Se movieron las ruedas del tren y te preguntaste hacia donde te conduciría el peregrinaje y se apoyaría tu vara.

Y mientras cuestionabas tu camino, se sentó a tu lado una madre con dos niños pequeños, seguidores del millón de llamas, con ropas de brillantes bordados. Miraban los niños con curiosidad tu brazo de madera, y aunque su madre les regañó, tú les invitaste. Jugaste con ellos y compartiste tu comida, y ellos compartieron contigo sus sonrisas.

Se paró el tren en el poblado llamado Ontrapov, y la familia indicó que habían llegado a su destino. Y cuando los niños se despidieron de ti dándote tres piedras que habían encontrado como obsequio, supiste que tú también te bajarías con ellos.

Habías encontrado tu primer templo. No entre grandes ciudades, sino entre gente humilde. Eran campesinos de gotas de sudor y manos callosas, trabajando árboles de noralinas y cuidando rebaños de zuts.

Entre ellos era donde más cómodo te sentías.

Caminaste por el pueblo para conocer tu nuevo hogar y la gente a la que tendrías que servir. Hablaste con algunos de ellos, y aunque al principio tenían miedo de ti por tu brazo de madera, pronto te aceptaron y te ofrecieron jugosas y maduras noralinas.

Y mientras descansabas sentado en el campo, viste a una anciana agazapada entre las espigas de la cosecha, intentando agarrar con manos temblorosas las pequeñas semillas.

“¿Puedo ayudarla, madre?” preguntaste. Y la anciana te miró con arrugados ojos de sorpresa.

“¿Qué hace un amputado yun tan joven como tú por nuestros campos?” te preguntó la anciana, y te sorprendiste que conociera a tu gente.

“Cuando era joven, intranquila y con mejores piernas, viajé por muchos lugares de Ekya como misionera del tungolgcay Vela. Fue donde conocí a muchos de los tuyos, gente de buen corazón y fe flexible pero inquebrantable. Parece que acabas de empezar tu peregrinaje” dijo la anciana.

“Así es, madre. Esta misma mañana salí de mi poblado, alejándome de mi familia para poder ayudar a los habitantes de Omnra.”

“Hacía mucho que no veía a un amputado. ¿Cuántos de los vuestros han quedado tras el Abandono?” preguntó, y tu silencio dejó iluminar la respuesta.

Apiadándose de ti, te invitó a cobijarte por aquella noche en su hogar, orgullosa de poder ser la primera en dar la bienvenida al único amputado de Omnra. Y tú, que habías esperado dormir sin un techo sobre tu cabeza, agradeciste profundamente a la anciana y a Maderaquemada su bendición.

Caminaste hasta la casa junto a la anciana, ella apoyándose sobre ti, tú sobre la vara, la vara en tu corazón. Y cuando llegasteis, viste a los mismos niños que habías conocido en el tren.

La madre salió de la casa corriendo y dando la bienvenida a la anciana, sorprendida también por vuestro temprano reencuentro. Cuando la abuela supo que ya os conocíais, no dudó que el millón de llamas te había guiado a su hogar y que tu presencia iba a significar muchas bendiciones para su familia y para el pueblo de Ontrapov.

Entraste con ellos en su humilde hogar y contemplaste las paredes adornadas con dibujos de las escenas importantes de la vida del tungolgcay Vela: el encuentro con el Colmillo y la Llave, la huída en el laberinto eterno, la salvación de las Alas y la gran lucha en la Cúpula.

Las llamas en las mechas ardían con ardiente devoción.

Mirabas fijamente el altar al fondo de la habitación. Era más alto que tú y en lo alto un libro rojo exhumaba poder: el libro de la cera.

La anciana miró el reloj de la pared. Se puso un velo rojo carmesí sobre su plateado pelo y te sonrió.

“Es hora de rezar. ¿Quieres unirse a nosotros?”

Y tú, mi amado Tuon, que nunca supiste decir que no, asentiste en respeto.

La carnicera (3)

Mano sobre mano, cuchillo sobre cuchillo, corazón sobre corazón. ¡Tráeme el horizonte! ¡Tráeme el amanecer! — Joman. La canción de la cima.

Tres eran las vidas que mi cuchillo ya había devorado. Limpié mi pelo manchado por la sangre del monje del millón de llamas, dándole gracias a mi abuela una vez más por su magnífico trabajo. Pero ella no me escuchaba. Estaba demasiado ocupada haciendo inventario de su mochila de piedra, recordando con tristeza que ya no le quedaba más polvo de firmamento. Lo gastó todo por mi cuchillo, era lo último que le quedaba de las cordilleras de Conoc, las montañas más maravillosas de toda Ekyá. Evité recordar mi tierra perdida, pues recordar era sufrir, y sufrir era debilidad. Mi abuela parecía compartir mis pensamientos y guardó el bote negro de cerámica en su sitio. “Es hora de marchar” dijo mi abuela, y nos fundimos con las sombras del poblado de Lisen en busca de cobijo. Pero el hambre y la sed despertaron en mí, así que antes de marchar buscamos un lugar para obtener provisiones. En las callejuelas ocultas de miradas curiosas encontramos un puesto de comida donde en su interior solo había dos borrachos. La dueña nos recibió con una frialdad a la que ya me había acostumbrado. Mis ojos, mi pelo, mi ropa, indicaban en voz alta que no éramos conversas del millón de llamas. Jamás me haría pasar por lo que no era. Prefería ser la extranjera ingrata. Pedimos dos cuencos de fideos con carne en caldo mientras yo permanecía en guardia por los dos borrachos. Mi abuela tocó mi hombro. “Son demasiado cobardes para hacer algo contra nosotras.” Y eso me llenó de tranquilidad y orgullo. Devoré el contenido del cuenco, satisfecha de por fin tener un plato caliente que llevar a la boca. Y la dueña, que parecía estar contenta de que comiéramos de manera tan apasionada, nos obsequió con dos vasos de espeso alcohol púrpura. Si supiera que había matado hacía unos momentos a su monje, me habría servido veneno. “Celebremos por

lo que permanece y debió de permanecer” brindó mi abuela. Otros dos vasos fueron consumidos. Entonces la sirena de la ciudad aulló en el poblado. No era una oración enjambre. Eran las alarmas, habían encontrado el cadáver. Pagamos con dos monedas de piedra y desaparecimos rumbo a nuestro siguiente objetivo. Corrimos sin descanso hasta la estación de tren, pero dos silbidos verdes y ardientes volaron sobre nuestras cabezas. Eran disparos de setas korin que atravesaron toda superficie dejando un rastro de llamas. Dos hombres hongo nos cerraron el paso mientras cargaban sus rifles una segunda vez para no fallar. Sus largos brazos y piernas, su piel blanquecina como la de un cadáver, eran visiones de muerte. Pero yo era la muerte misma. Siempre me había gustado cazar presas difíciles. Su gruesa piel protegida por el hongo les hacía más resistentes y más satisfactorios de matar. Éramos descendientes de un pueblo superviviente de las montañas y la caza me reclamaba. Desenvainamos ambas nuestros cuchillos, el de mi abuela de filo alargado y punta curva y el mío tosco y grueso de punta recta. Brillaban con el fulgor del polvo de firmamento, la sustancia con la que se forjó nuestro pueblo. Nos abalanzamos contra ellos. Ningún tungolgcay les salvaría. La noche oscura de Omnra parpadeó con el fulgor de la muerte. Otra noche de carne desgarrada y sangre derramada.

Los polizones (3)

De todos los seres que han pisado Ekya, los hijos del silencio son, sin ninguna duda, los que más han sabido apreciar la belleza de cada momento. Al fin y al cabo son inmortales, y eso les hace contemplar nuestras vidas con una perspectiva que nosotros nunca conseguiremos — Safal Gachkt. Sobre el silencio y la locura.

Caminaban los hijos del silencio sobre las planchas de metal de la sala de máquinas con sus telas ondeando en meditación.

Muerte llevaba a Esperanza entre sus brazos, dormida por el mecer de su caminar. Mentira e Iluminación vigilaban el camino de cualquier peligro hacia la pequeña.

Los tres habían cambiado.

Nadie podía permanecer igual tras el Abandono. Los cimientos de la esencia se habían derrumbado y la naturaleza resurgía en cada ser de Ekya, lo desearan o no.

Muerte, Mentira e Iluminación habían cambiado tras el cataclismo, aún sin entender ni ellos mismos cómo.

De entre los tres, Iluminación y Mentira sabían que su hermano mayor era el que más se había transformado. Pero Muerte se negaba a responder a las preguntas que ninguno de ellos dos se atrevía a hacer.

Muerte ya no era tan absoluto como antes.

Desde el comienzo se podía confiar tanto en Muerte como en Vida, su hermana gemela en el silencio de los ekyaten. No había más certeza que el silencio de aquellos dos hermanos. Fueron los primeros en surgir de la lengua de Ekya, y los únicos que debían permanecer.

Pero el Abandono les separó a la fuerza. Solo quedaba Muerte, pues Vida había sido derrotada en el Abandono junto al resto de sus hermanos y hermanas.

Muerte no era el mismo. Mentira e Iluminación temían por él.

Muerte señaló entonces una nueva puerta de metal que se alzaba ante ellos y que cruzaron sin detenerse.

Frente a sus máscaras, un campo de incubación de setas korin irradiaba el característico fulgor verde con increíble potencia. La sala estaba repleta de cientos de contenedores cilíndricos que brillaban con luz verdosa de líquido burbujeante, nutriendo las incansables máquinas que movían a Omra por el espacio.

Vieron entonces a los hombres hongos trabajar sin descanso como las máquinas que ellos mismos habían hecho a su imagen y semejanza. Observaron cómo insertaban las peludas esporas de setas korin en el interior de los contenedores, y se maravillaron de cómo eclosionaban en danzas de pedúnculos verdes, bailando hasta formar la seta con forma de ekyaten que daba energía al nuevo mundo.

Los polizones se quedaron ocultos admirando con asombro el trabajo de los hombres hongo. La compleja maquinaria y el hipnotizante color verdoso impregnaba toda la sala.

Los ekyaten jamás dejarían de sorprenderles.

Los tres prosiguieron su marcha por el suelo de metal, pues aún quedaba un largo camino. Pero al alejarse del verde fulgor, Esperanza se removió entre las ropas de Muerte, quejándose con ojos rojos. Muerte la mecía para tranquilizarla, pero la niña no encontró consuelo.

Intentaron distraerla con juegos y afectivos gestos, pero nada la calmaba. La boca de Esperanza se abría y cerraba en inminente llanto.

Muerte escudriñó su antigua mente, intentando comprender qué quería la pequeña.

Cómo echaba de menos Muerte a Vida. Ella habría sabido cuidar mejor a Esperanza. Ella habría sabido mejor darle lo que ellos tres no podían.

Pero Vida ya no estaba allí ni volvería nunca. Muerte era la oscuridad que surgía tras el nacimiento. Vida era la luz que surgía tras el fallecimiento.

Entonces Muerte comprendió. Se movió deprisa, deslizándose por el suelo como una sombra blanca hasta llegar de nuevo al epicentro de operaciones de las setas korin, donde la luz brillaba con más fuerza.

Esperanza abrió los ojos y contempló con fascinación la verdosa luz. Su llanto se calmó y permaneció ensimismada por aquella potente luz y atraída como un insecto a la fuente del resplandor.

Muerte, Iluminación y Mentira descansaron aliviados por el peligro que acababan de evitar.

Los tres se quedaron mirando las setas korin junto con Esperanza, la criatura que habían adoptado. Fuente eterna de felicidad y de preocupación.

Muerte no deseaba librarse de ella, y los otros dos no entendían la razón.

Muerte había cambiado. Y él lo sabía.

Esperanza permaneció mirando las luces sin preocupaciones, miedos e inquietudes.

La profetisa (4)

Habiendo pasado el mar de sangre que había sido aquel ciclo de dolor, mis compañeros estaban sumidos en una profunda tristeza por los nuestros que habían caído. Me preguntaron por qué no tenía el corazón sumido en oscuridad como ellos, y por qué era tan fuerte mi espíritu. Y yo les dije que no siempre había tenido esa fortaleza, que antes era débil y temeroso como ellos. Fue necesaria la experiencia de la sangre, el sudor y las lágrimas para poder conectar con el millón de llamas hasta el punto de no sentir la oscuridad. Y mis compañeros se preguntaron entre ellos si alguna vez podrían alcanzar un cambio como el mío — El libro de la cera, décimo primera ilustración, párrafo veintiuno.

- 4:1. Se desconectó Airinn por tercera vez de la Mecha sin recibir ninguna respuesta.
- 4:2. Preguntó al tungolg cay Vela cuál era el pecado que había cometido que le impedía ver con claridad.
- 4:3. Pero su tungolg cay no respondió.
- 4:4. Dudaba Airinn si sería capaz de recibir una nueva visión, pues diez largos gigaciclos habían pasado desde la primera.
- 4:5. Ella no creía en sí misma. Pero su pueblo aún tenía la fe puesta en ella.
- 4:6. Se alejó de la sagrada máquina, pues su mente estaba demasiada agitada por los disturbios que se estaban formando en Omnra.
- 4:7. Tres eran ya los monjes asesinados en los pequeños pueblos de la isla. Los susurros de venganza hablaban sobre una mujer de cuchillo brillante en la noche, una extranjera con el objetivo de aniquilar a los monjes del millón de llamas.
- 4:8. Le llamaban la Carnicera.
- 4:9. Airinn envió pequeñas patrullas de hombres hongo a cada uno de los pueblos de Omnra con la esperanza de capturar a la asesina. Pero solo cadáveres regresaron a su puerta.
- 4:10. La agotada profetisa acabó por sentarse para sacar su

copia personal del libro de la cera en busca de fuerzas e inspiración.

4:11. El sagrado libro reveló las dieciséis ilustraciones moldeadas en cera, dibujadas por el mismo Vela para contar su historia.

4:12. Calentó en un cuenco cera dorada y mojando un dedo en la ardiente sustancia dibujó con lentitud el símbolo sagrado en su frente mientras recitaba la oración.

4:13. “Sigo las llamas que te guiaron a ti. Tú eres la vela que jamás se consume. Tú eres la vela que porta un millón de llamas. Tú eres mi voz entre incontables. Tú eres la vela que jamás se consume.”

4:13. Airinn entonces leyó la primera historia siguiendo con el dedo dorado las pequeñas palabras grabadas en la ilustración.

4:14. “Era la noche más brillante del año y todo se podía ver con claridad. Acababa de cumplir dieciséis gigaciclos y mi cuerpo rebosaba energía. Corría por las afueras de la ciudad con los pies descalzos y el corazón abierto en busca de emociones fuertes y experiencias inolvidables. Pero en aquella carrera desenfrenada de ímpetu adolescente, no vi por donde iban mis pies y acabé tropezándome, cayendo dentro de un profundo pozo donde mi espalda chocó contra el suelo y mis

pulmones expulsaron de golpe todo el aire que contenían para ahogarme en mi propio miedo.”

4:15. “Éste fue el comienzo de mi muerte y nacimiento. Pues está escrito desde el principio que no hay vida sin sacrificio. Durante dieciséis ciclos, uno por cada gigaciclo de mi vida, permanecí atrapado en el pozo alimentándome de los insectos que se escondían en las paredes y bebiendo el agua que escarbaba del suelo. Durante tres ciclos grité desesperado pidiendo ayuda, pero al cuarto acepté mi destino. Y fue entonces cuando empecé a escuchar las voces que eran las llamas que danzaban en mi cabeza, lenguas de fuego que me hablaban directamente. Al principio eran pocas y me susurraban palabras que no conseguía entender. Pero las llamas siguieron hablándome, creciendo en número y volumen a un ritmo que me embriagó. De diez pasaron a cien, de cien a mil, de mil a diez mil, de diez mil a cien mil, y de cien mil a un millón. Eran tantas las que me hablaban a la vez que me sangraban los oídos, las orejas y la boca. Eran tantas las voces que pensé que iba a morir consumido por su calor y poder. Pero permanecí entre la tormenta de fuego sin perderme. Así me convertí en la Vela inextinguible.”

4:16. “Al decimo sexto ciclo, las voces de las llamas cobraron sentido. El millón de llamas de mi cabeza se arremolinó en un colosal patrón y comprendí lo que me querían decir. Hablaban del pasado, del presente y del futuro. Hablaban de salvar Ekya y de buscar a mis compañeros de batalla. Hablaban de amor y hablaban de traidores. Hablaban de mi destino y de cómo conseguirlo. Aquellas llamas habían abierto mi camino de ascuas, y yo lo seguí como una vela rodeada de cenizas.”

4:17. Se detuvo Airinn, cerrando el libro de la cera, satisfecha de su sagrada lectura.

4:18. Con la fe más elevada, se levantó para conseguir descanso. Pero al ver el plácido rostro de la Mecha, un repentino pensamiento invadió su mente. Uno que hacía gigaciclos que no tenía.

4:19. La profetisa recordó abrir la Mecha cuando era pequeña, quebrando el mandamiento de cien gigaciclos de no posar sus ojos sobre la sagrada reliquia que el tungolgay Vela había insertado en la máquina.

4:20. La ley se había roto, pero con ella había salvado a Omnra.

4:21. En aquel momento de contemplación de la Mecha, Airinn sintió de nuevo esa cu-

riosidad y quiso presenciar una vez más la reliquia donde ningún otro seguidor del millón de llamas había podido posar su mirada.

4:22. La inspiración ardía en su pecho y le cantaba una canción cuya melodía recordaba.

4:23. Se acercó a la dama de metal y contempló aquel bello rostro de cabeza afeitada, facciones perfectas y manos frías y metálicas.

4:24. La máquina le devolvió la mirada.

4:25. Recordó Airinn la infantil manera en que había abierto la Mecha y desvelado el secreto oculto durante decenas de gigaciclos desde la creación de la máquina.

4:26. Con su dedo índice formó una espiral en la Mecha. No en su frente, sino en sus metálicos y pulidos labios plateados.

4:27. Que misteriosa es la mente de una niña inocente.

4:28. Del cuello de la sagrada máquina que era la Mecha, un sonido reveló un compartimento abriéndose, igual que hacía diez gigaciclos.

4:29. Un cuadrado perfecto reveló la sagrada reliquia.

4:30. Una pequeña vela de cera roja se asomaba en el interior con un cordel de igual color para poder ser colgada del cuello.

4:31. Airinn ahogó un grito, pues aquella no era la reliquia que había contemplado tiempo atrás.

4:32. La profetisa se vino abajo con las manos sobre su boca y sus ojos vidriosos de lágrimas.

4:32. Con su mirada fija en la vela, sus recuerdos pasados lucharon contra el presente, pues

lo que vio de pequeña fue una piedra de ámbar donde en su translúcido interior reposaba una abeja atrapada para la eternidad. Aquella era la verdadera reliquia que salvó Ekyá.

4:33. La fe de la profetisa se resquebrajaba como las ruinas dejadas por el Abandono.

El amputado (4)

Haz las preguntas equivocadas, haz las preguntas correctas. Pero jamás, jamás dejes selladas en tus labios ninguna duda albergada — Palabras de Maderaquemada.

“Sigo las llamas que te guiaron a ti. Tú eres la vela que jamás se consume. Tú eres la vela que porta un millón de llamas. Tú eres mi voz entre incontables. Tú eres la vela que jamás se consume” recitó la anciana mientras tú imitabas sus ceremoniosos movimientos.

La abuela fue hacia el altar y agarró un micrófono para traerlo hasta su familia y hacia ti.

“Recemos juntos” te dijo la anciana con humildad, y su familia se unió a ella.

La oración enjambre dio comienzo y tú eras un testigo en aquella sagrada tradición.

Sus cuatro voces se mezclaron, superponiéndose en conjunta musicalidad. Tú escuchabas su melodía sin entender su significado.

Sus voces resonaban por todo el humilde hogar. Por todo el pueblo. Por toda Omra. Era una tormenta de palabras que se propagaba por toda la isla. Cien mil voces en devoción. Cien mil ekyaten seguidores de un millón de llamas.

Escuchaste sentado con perplejo respeto la ininteligible oración. Los tuyos habían escuchado a lo lejos del bosque aquel mismo murmullo pero nunca tan de cerca. Nunca tan intensamente. Para ti, acostumbrado a una tranquila espiritualidad, aquella oración fue sobrecogedora y ruidosa.

La oración enjambre se fue apagando con las voces callándose y las palabras cortándose. Paulatinamente, a un ritmo acompasado, hasta que al final solo se convirtió en un susurro que acabó en un cargado silencio. Cuando terminó, los cuatro miembros de la familia dibujaron la sagrada vela en sus frentes y te sonrieron.

“¿Qué sabes de nuestra religión, amputado?” te preguntó la anciana, y negaste con la cabeza, pues apenas conocías las creencias de los seguidores y de su salvador.

Y la anciana te contó la historia del tungolg cay Vela. Una historia muy distinta a Maderaquemada, a quien seguías y respetabas. Y entre la anciana, la madre y sus dos hijos, te contaron la oculta vida de Vela.

Te contaron sobre su caída en el pozo con dieciséis gigaciclos y el encuentro con el millón de llamas.

Te contaron sobre la revelación de encontrar a seis compañeros para derrotar el mal que acechaba a Ekya, su enemigo, la religión conocida como la Cúpula.

Te contaron cómo su líder, la falsa tungolg cay, también llamada Atalaya, engañó a Vela haciéndose pasar por su seguidora.

Te contaron su traición y cómo debido a ella murieron los dos primeros mártires: la Llave y el Colmillo.

Te contaron cómo Vela no se rindió a pesar del dolor de la pérdida y encontró a quienes serían sus verdaderos compañeros: El Príncipe, el Mortero, la Tormenta, el Insecto, el Cuerno y las Alas.

Te contaron orgullosas sobre el sacrificio del Guardián para encerrar para siempre a la falsa tungolg cay dentro de la misma Cúpula y matarla entre las mismas llamas que Vela le otorgó.

Te contaron entre fervorosas lágrimas sobre la batalla final contra la Cúpula, ahora sin su corrupto líder. De cómo consiguió la victoria Vela por el alto precio del sacrificio de todos.

Y te contaron que el millón de llamas, que siempre le habían estado hablando desde los dieciséis gigaciclos, cesaron de repente una vez finalizada la batalla. Y así Vela escribió el libro de la cera donde relató su vida y sacrificio. Creó la Mecha, la máquina que heredó el poder de escuchar el millón de llamas, y lo ocultó todo en el mismo lugar donde había empezado, en el pozo donde había caído en Dobro, cerca de la capital de la isla de Omnra. Jamás se volvió a ver al tungolg cay llamado Vela. Solo gigaciclos más tarde se desenterraron sus hazañas y fueron sus seguidores los que contaron su historia movidos por su humildad.

Oh, como odiaba aquella historia de dolor y llamas. Era insoporrible tener que escucharla a través de tus oídos.

“¿Pero por qué se ocultó? ¿Por qué no dijo nada a nadie tras salvar el mundo?” preguntaste, confundido por las enigmáticas acciones del tungolg cay.

“Él es la vela que no necesita llama física para iluminar el mundo. Él es quien escuchó el millón de llamas y se sacrificó para vivir en la oscuridad y que así nosotros pudiéramos vivir en la luz de su fuego secreto. El mayor sacrificio fue el de esconderse en las sombras y dejar que sea la historia quien revele sus acciones. Bien podría haberse destruido su libro y su máquina, pero fue el destino de los justos que finalmente se encontrara. En lo desconocido reside el valor. No conocemos el nombre de Vela o de los que le acompañaron, pero que estemos aquí, vivos, rememorando sus historias, significa que sus acciones fueron las correctas” te explicó la madre de los dos niños que ahora dormían.

“Los nombres no son importantes, sino sus historias” terminó de decir la anciana.

“No se parece a ningún tungolgcay del que haya oído hablar” admitiste, recordando a los muchos santos y santas ekyaten que pisaron Ekya. Desde la primera; Yarmak, la portadora de la campana; pasando por Nagi el creador del muro; Fol el rey ascendido; Dabbd Caja Negra; o Beranit, a quien los yuns llamaban Maderaquemada.

“En Ekya ha habido muchos y grandes tungolgcays, cierto. Pero con el Abandono Ekya ha dejado a uno solo, Vela. El que nos ha salvado dos veces y al único que debemos seguir” dijo la abuela en sólidas palabras.

Blandiste tus emociones con cuidado. Los yuns jamás abandonarían el camino de Maderaquemada, de eso estabas seguro. El millón de llamas había salvado la vida física de los yuns, pero la espiritual estaba en manos de Maderaquemada.

“Estoy de acuerdo con lo que dice, madre” dijiste con la lengua cortada entre la verdad y la mentira, pues Maderaquemada también os enseñó a respetar y a aprender.

Entre historias la noche artificial había caído paulatinamente sobre Omnra. La anciana y su hija te mostraron la habitación donde por fin podrías descansar.

Aquella noche dormiste bajo un nuevo techo sintiendo agradecimiento y miedo.

Y te preguntaste entre sueños si serías capaz de llevar el estandarte de la paz en aquella extraña tierra de un tungolgcay sin nombre ni rostro por recordar y venerar.

La carnicera (4)

Pon tu mano sobre nuestros árboles, sobre nuestras piedras y sobre nuestro cielo, y miente si te atreves a decir que no los echarás de menos. Ellos son tus hermanos y hermanas a los que jamás querrás dejar atrás. Miente sobre lo que quieras, pero nunca ocultes tu amor por esta tierra y los seres que la habitan — Joman. La canción de la cima.

Todo estaba oscuro a nuestro alrededor. Entre el traqueteo del tren y la oscuridad resonaba la respiración de mi abuela y la mía. Estaba exhausta por la diversión que me había ofrecido cazar a los hombres hongo, pero el precio del entretenimiento fue una herida a mi abuela en su costado, otra cicatriz para su colección. Ellos hirieron a mi abuela, yo les arranqué la vida. Ella limpió su herida sin un solo quejido. Ella era mi ejemplo. Mi única familia. Otro ciclo en que ella estaría a mi lado. Miré por fuera del vagón y vislumbré las luces rojas de la capital y la silueta de Torre Profunda. Todos ellos me inspiraban odio. Cuánto detestaba esta tierra extraña. Todo lo que podría recordarme a mi hogar me había sido arrebatado. Solo quedábamos mi abuela y yo. “¿En qué piensas, Jakam?” me preguntó mi abuela. “No hay montañas en esta tierra de herejes” contesté sin dejar de mirar fuera. Mi abuela carraspeó mostrando aprobación pues la única montaña de Omnra fue arrancada para quitar peso a la isla en su huída. Otro pecado imperdonable añadido a este pueblo maldito. Mi abuela cerró los ojos y supe que estaba recordando con añoranza nuestro hogar. Y yo le acompañé en su viaje. “Nuestras montañas, las montañas de Conoc, las más bellas de toda Ekya” dijo ella, con una voz suave de la que pocas veces había sido testigo. Era una melodía entre sus quemados labios. No pudimos evitar citar “la canción de la cima” del poeta forjador Joman. “Tan altas y majestuosas, casi tocando el oscuro cielo” continué. “El verdor de los árboles daimen cubriéndolo todo de vida” recitó mi abuela, recordando la canción de la cima escrita por

el gran poeta forjador Joman. “La nieve, blanca y pura cayendo sobre los picos, envolviéndolos con su delicioso frío.” “El olor de las hojas caídas, el tacto de la tierra pisada por nuestros ancestros y el sonido de las fraguas que nunca descansan.” “El trabajo de la madera, de la piedra, del metal y del polvo del firmamento, no hay nada como ello.” “Los templos eran las fraguas y nuestras oraciones el golpe del martillo contra el polvo estelar convertido en imperecedero metal.” “Ese es el auténtico sonido de la nación de los cuchillos.” Un breve silencio nos cubrió interrumpiendo la canción. “Y recuerdo el sonido de las voces de nuestra familia. De nuestros hermanos y hermanas. De nuestros padres y nuestras madres. De nuestra gente.” Nuestros maravillosos recuerdos se mezclaron con el dolor. Lo habíamos perdido todo. “Jamás volveremos a nuestro hogar” dije. “No” contestó ella. Sabía que había sido culpa de los seguidores del millón de llamas. No fue salvación lo que nos trajeron. Ellos fueron el antídoto al propio veneno que nos entregaron. Lo sabía. Lo sentía en mi carne, hueso y cuchillo. Dejé que mi rabia infectara el silencio, y volvimos a quedarnos calladas. Mis ojos veían en la oscuridad, pero no había nada digno que contemplar. Entonces los detecté. Pequeños brillos verdes en la lejanía demostraban su ineptitud. Mis ojos, que eran el orgullo de mis antepasados, acostumbrados al cielo brillante de Conoc, lo veían todo. Los hombres hongo nos esperaban en la siguiente estación. “¿Qué hacemos, abuela? ¿Luchar?” pregunté, y aunque mi cuchillo pedía más sangre, sabía que mi abuela estaba herida y cansada. Ella negó con la cabeza sabiendo que era demasiado arriesgado. “No soy quien era antes. Debemos retirarnos. Nos bajamos aquí” dijo mi abuela. Abrió la puerta del vagón y nuestras capas ondearon por una ráfaga de potente viento. “Tranquila nieta mía, no moriremos. En mi cuerpo aún hay cainna para ambas” dijo, pero yo no me sentía calmada. Algo me hacía dudar. Maldije que todavía no se me permitiera usar la cainna que ya merecía poseer. Pero confié en ella, pues la sangre era más espesa que el miedo. “¡Salta, Jakam!” Y saltamos lo más alto que nos permitieron nuestras cansadas piernas. Mi abuela activó su cuchillo y noté la fuerza de la gravedad cambiar, sintiéndome más ligera para hacernos flotar. Pero no era suficiente poder para aliviar la caída. Nos estrellamos contra los campos de Ontrapov. Todo se volvió negro. Mis ojos dejaron de ver las montañas.

Los polizones (4)

Los hijos del silencio han aparecido a lo largo de la historia de Ekya en todos sus rincones y culturas. No hacen distinción de religión, raza o poder. ¿Cómo iban a hacerlo? ¿Acaso no son los hijos del silencio lo más puro que nos representa? — Safal Gachkt. Sobre el silencio y la locura.

Lo que antes era máquina se transmutó en un paisaje lleno de vida cuando los hijos del silencio entraron en territorio de los hongos. Cada seta, cada planta y criatura fueron traídas desde Ekya, plantadas para que su nuevo hogar se asemejara a lo que habían dejado atrás.

Los polizones observaron las grandes y orgullosas setas erigirse ante ellos. Los hongos crecían en busca de alimento en la humedad escondida del metal y en los pequeños sacos de comida que les habían dejado. Insectos de todos los tamaños merodeaban alrededor de los cuatro seres, pero ninguno con coraje suficiente para acercarse a los poderosos entes que les visitaban.

Mentira iba delante de todos en busca de posibles peligros para poder advertir a sus hermanos. Su rostro oculto por el velo rosa flotaba en el aire con cada uno de sus movimientos, y sus ropajes de patrón de triángulos se escurrían entre la vegetación.

Iluminación sujetaba a Esperanza con uno de sus delgados brazos mientras que con el otro caminaba apoyándose en su lanza de luz.

Sentían que estaban cerca de la entrada a la isla de Omnra.

Y Mentira preguntó entonces si no creían que entre los hongos se hallarían los padres de Esperanza. Fue Muerte quien le respondió, pues él conocía mejor a todos los pueblos y razas de Ekya.

Esperanza no tenía hongo simbiote, no era de los suyos y nunca lo sería.

El tenso momento se rompió por la juguetona risa de la niña. Mentira se unió a ella, tapándose la boca con el velo, conteniendo la gracia de un chiste que solo ellas dos entendían.

Siguieron caminando cautelosamente por los dominios de los hombres hongo en busca de un canal que les permitiera ir hacia Omnra, pero la senda era un complejo laberinto de metal y hongo.

Entonces escucharon movimiento entre lo orgánico y artificial. Alguien se acercaba. Mentira paró de reír. Se escondieron entre las setas dejando que el manto de silencio les envolviera para ocultarles, esperando con paciencia a los guardianes.

Dos hombres hongo aparecieron portando con sus brazos largos armas de brillo verde mientras sus rostros ocultos y brillantes pupilas doradas vigilaban su reino.

Sin percatarse de los hijos del silencio se sentaron para descansar. Los dos ekyaten se agarraron de las manos, dejando que cientos de miles de finos filamentos tocaran hongo con hongo comunicándose en quietud. A los polizones de Omnra les agradó aquella escena.

Esperanza vio el resplandor de las setas korin emanando de las armas, y sin previo aviso, gritó de emoción al ver las luces que tanto le gustaban.

La barrera de silencio que habían erigido fue perforada como una aguja contra la piel, revelando su presencia a los dos sorprendidos hombres hongo que rápidamente apuntaron con sus armas a los hijos del silencio.

Iluminación les habló, demandándoles que les dejaran marchar en paz.

Y los hombres hongo se asustaron, pues la voz les habló en silencio y no en palabras, cubriéndoles de un manto invisible e inexplicable.

Pero habían sido entrenados con un gran sentido del deber, y siguieron ordenando a los que portaban máscara y manto que se identificaran y rindieran, aunque en sus corazones hubiera un temor jamás antes experimentado.

Fue Mentira esta vez quien les ordenó que les dejaran marchar en paz.

Los hombres hongo siguieron apuntando con sus armas a los hijos del silencio y a Esperanza.

Muerte no demandó. Su espada negra fue desenvainada en un arco oscuro. Si debían luchar para proteger a Esperanza, lo harían.

El clamor de una multitud llegó hasta los hijos del silencio. Aquellos dos hombres hongo no estaban solos.

En un instante se vieron rodeados por seis grandes gusanos de piel rugosa y peluda con gruesas y múltiples patas puntiagudas. Y montados encima de ellos, decenas de hombres hongo apuntaban con sus armas ya cargadas a los polizones, sus hongos unidos a su piel agitándose furiosamente deseando destrucción a los intrusos de sus hogares.

Los hijos del silencio no eran inmortales, el Abandono así lo había demostrado. Y aunque podían encontrar a los testigos que llevaran el manto y la máscara de sus silencios, sus existencias podían apagarse como la de cualquier ekyaten.

Pero aunque sabían que el riesgo de morir era alto, los tres hijos del silencio decidieron que no iban a dejar que hirieran a Esperanza. Eran mortales, pero no cobardes.

Los hombres hongo se detuvieron. Uno de ellos, vistiendo un mono rojo, levantó uno de sus largos brazos. Los demás se quedaron quietos mirándole en obediencia.

El hombre hongo se bajó del gusano de supurante líquido pegajoso. Se acercó a ellos con pasos lentos e inciertos, y cuando estaba apenas a un metro de los hijos del silencio vieron que al hombre hongo le temblaban las manos.

Se arrodilló frente a ellos y dejó que su cabeza se posara a los pies de los confundidos seres.

El ejército de hombres hongo no entendió las acciones de su compañero. Entonces el arrodillado posó una mano desnuda sobre el suelo y los filamentos de su hongo se esparcieron por la verde superficie. Los demás se agacharon y tocaron las hebras blancas del suelo que se adhirieron unas a otras, comunicándose en secreta quietud.

Comprendiendo la inclinación de su compañero, uno a uno todos ellos acabaron por arrodillarse ante los sorprendidos hijos del silencio.

Esperanza ignoraba la devoción y disfrutaba con los brillos verdes de las armas que ahora tocaban el suelo junto a las frentes blancas de un ejército.

La profetisa (5)

Lloré durante tres ciclos cuando supe que el Guardián había dado su vida para encerrar por siempre a la Atalaya. Lloré hasta que no me quedaron lágrimas para derramar, preguntándome si mi vida valía más que la de aquellos que me amaban — El libro de la cera, quinta ilustración, párrafo diecisiete.

- 5:1. La revelación de la reliquia devoró el descanso y el sueño de la profetisa Airinn.
- 5:2. Ocultos secretos de intercambios y sombras envolvían a la Mecha y a su visión. Solo quedaba la vela en vez del ámbar.
- 5:3. La fe se había convertido en traición.
- 5:4. Entendió por fin la profetisa la razón de sus visiones vacías y sin significado desde el Abandono.
- 5:5. No había sido la reliquia de la vela la que le había mostrado la tragedia sino el desaparecido ámbar, la piedra del amanecer de misterioso origen.
- 5:6. Una carga de culpa había sido levantada, pero un mal mayor había sido desvelado.
- 5:7. Su tungolcay no podía responderle esta vez. Airinn estaba de nuevo perdida en sus preguntas.
- 5:8. Pero la luz había sido arrojada, los ojos ya no podían ignorar de lo que acababan de ser testigos.
- 5:9. ¿En quien confiar cuando toda mano puede ser manchada de traición? ¿En quien confiar en tiempos de asentamiento y de voluntad de paz?
- 5:10. La guerra no podía escaparse de entre las palmas de la profetisa Airinn. No lo permitiría.
- 5:11. Airinn prometió que encontraría el ámbar para iluminar el camino de Omnra y el suyo propio.
- 5:12. Buscó sin descanso el nombre de la piedra ámbar entre cada párrafo de los textos sagrados y de las palabras habladas y por hablar sobre el millón de llamas.
- 5:13. Pero nada fue hallado. Buscó en la gran biblioteca de Neppol, en cada códice, en

cada pantalla, en cada grabado, en cada ilustración tallada y en cada texto académico que quería demostrar y explicar la existencia de un tungolcay de sacrificio olvidado.

5:14. Pero nada fue hallado. El ámbar era un secreto guardado con recelo o un conocimiento desconocido para los mismos seguidores del millón de llamas.

5:15. Y sin encontrar nada en la alabanza, Airinn se volcó en la crítica. Leyó cada texto de agujas afiladas contra sus creencias y cada palabra arrojada como látigo de metal contra el tungolcay Vela y contra ella misma.

5:17. Todos la odiaban e intentaban demostrar la mentira que ella negaba ser.

5:18. La lluvia del juicio había caído sobre cada escritor de palabras venenosas. Pero el Abandono no trajo a Airinn satisfacción por poseer el cetro de la verdad. Solo le trajo profunda agonía.

5:19. “Podría haber salvado a muchos más.”

5:20. La profetisa cerró los libros sin encontrar rastro del ámbar. Sus responsabilidades la llamaban, la búsqueda debía ser apartada.

5:21. En la sala de mandos la profetisa escuchaba distraída los informes de sus monjes. Su cansada mente viajaba a otros rinco-

nes de Omnra, buscando todavía la existencia del ámbar. Ni las noticias de dos cadáveres de hombre hongo la distrajeron del letargo de los secretos.

5:22. Fueron los miembros de su consejo quienes se dieron cuenta del estado de la profetisa y le preguntaron si se encontraba en buen espíritu.

5:23. Y así, Airinn despertó en el conocimiento de que estaba fallando a su gente. Su pueblo dependía de su llama.

5:24. “Debéis descansar, profetisa Airinn. Duro ha sido el último gigaciclo desde el Abandono” dijo Tere. Y con esas palabras Airinn tuvo un pensamiento.

5:25. “Tenéis razón, llevo demasiado tiempo aquí dentro de la sala de mandos. Quiero ir a Omnra. Quiero ver la isla, quiero tocar su tierra y ver a mi gente” dijo Airinn, vistiendo una salvación con las ropas de una idea.

5:26. “Pero profetisa, este es el peor momento para salir a Omnra. Hay asesinos allí fuera, podrían matarla” tartamudeó Neppol con miedo.

5:27. “Por eso tengo que ir. Los nuestros no pueden estar asustado y los monjes deben tener un pilar sobre el que sostenerse. ¿Crees que les voy a inspirar fuerza y determinación mientras estoy aquí protegida entre hongo

y metal?” dijo Airinn enfadada por la actitud de su consejo, y Neppol y Tere bajaron la cabeza en obediente aprobación.

5:28. “Mañana saldré a la ciudad del tungolgay. También visitaré el sagrado pozo. Organizad los preparativos, Omnra me espera.”

5:29. Pensó Airinn que en el pozo de Vela hallaría respuestas. En sus secretos grabados en piedra y en su profundidad de tierra roja aún había significado que comprender.

5:30. El ámbar la esperaba.

El amputado (5)

Más importante que saber encender un fuego es conocer el momento adecuado para producir la chispa. Por ello, os digo que es importante decir la verdad. Sí. Pero más importante es conocer el momento para ser recibida — Palabras de Maderaquemada.

Trabajabas sin descanso junto con los habitantes de Ontrapov. Arabas sus tierras, plantabas sus semillas y recogías sus frutos y ellos te miraban incrédulos ante tus poderes con los que podías realizar el trabajo de diez ekyaten en tan solo un instante.

Pero tú sabías que detrás de esa admiración había miedo. Pues para ellos los poderes eran el símbolo sagrado solo permitido para sus más altos profetas y salvadores.

Para ellos eras un hereje.

Seguiste trabajando hombro con hombro con el pueblo, sirviéndoles con dignidad para intentar ganarte su amor. Aquel era el camino que te había enseñado tu maestro de pierna de metal para abrir las puertas cerradas del corazón. Así era el camino de Maderaquemada.

La anciana en cuya casa te hospedabas te ofreció un vaso de agua que bebiste agradecido. El trabajo nunca terminaba en la eterna estación. Pero tus poderes consumían rápidamente tus fuerzas. Debías tener cuidado.

Sin embargo para ti no existía mayor satisfacción que ayudar a los demás. La muerte más digna era la que pudieras ofrecer.

Tu danza de trabajo de cálida luz amarilla atraía las miradas de todos los habitantes del pueblo. Niños y niñas se acercaban a ti, queriendo jugar contigo, imitándote y bailando con flores recién cogidas puestas sobre sus cabezas.

Una niña, frustrada de no poder conseguir tus mismos resultados, te empujó. Sorprendido, te reíste de su comportamiento y levantaste tu mano de madera para calmar a su enfurecida madre y para saciar la curiosidad tanto de niños como de adultos.

“Lo siento pequeña, pero lo que poseo solo se puede conseguir con sufrimiento. No es algo que debas desear, pues mi aliento casi se perdió para siempre. Pero por la vía de Maderaquemada, su semilla salvó mi vida. Y la vida renace en mi segunda flor.”

“¿Quién es Maderaquemada?” preguntó uno de los niños con los que compartías techo.

“Es nuestra tungolg cay, la salvadora de los yuns” contestaste, y en cuanto las palabras salieron de tu boca, te diste cuenta de tu error. Pronto los niños empezaron a gritarte, enfadados de decir que hubiera otro tungolg cay que no fuera Vela.

Todos los ojos del pueblo se posaron sobre ti. Y aunque respetabas a los que te habían dado cobijo, tu lengua te traicionó.

“Sí, vuestro Vela es un tungolg cay. Pero antes del Abandono existieron muchos otros. ¿O acaso un tungolg cay no es aquel que ha alcanzado trascender su individualidad y que ha conseguido cambiar las vidas de los ekyatens? Ellos son los que con sus vidas sacrificadas desde el principio hasta el final mostraron una existencia llena de virtudes. Vela fue un tungolg cay, pero antes que él ha habido muchos otros grandes que abrieron paso. Cualquier ekyaten puede llegar a ser un tungolg cay, pero pocos son los que realmente lo consiguen. Por eso, los ekyaten los hemos seguido durante toda la historia, desde Yarmack la primera tungolg cay de Ekya, hasta Sanctak Diez Cuernos. Todos hemos elegido a alguien que nos guíe por el camino recto. Todos necesitamos un tungolg cay en nuestras vidas, y los seguiremos necesitando hasta que consigamos alcanzar ese estado transcendental por nosotros mismos.”

Hasta los niños guardaron silencio. Habías venido a abrir puertas y acababas de cerrar una a la fuerza.

Los padres fueron recogiendo a sus hijos sin dirigirte la palabra y su frialdad penetró en tu piel. Te quedaste solo en los campos. Y para luchar contra la soledad, seguiste trabajando hasta que la noche cayó sobre ti en manto de cansancio.

Podrías haberles mentido. Pero no podías traicionar a Maderaquemada. Mientras quedara un yun vivo en Omnra, sus enseñanzas permanecerían vivas.

No podías culparles. Su educación eran llamas alimentadas secretamente. Una profecía cumplida de destrucción y salvación era una señal que jamás olvidarían.

Y aunque Maderaquemada te había enseñado a ti y a tu pueblo a respetar, te costaba poder aceptar a los seguidores del millón de llamas centrados en sus ritos y en lo tangible, en lo físico y en lo real. Para ti la espiritualidad era la vida misma.

Por eso habías comenzado tu peregrinaje. Para aprender a amar.

Exhausto por el trabajo dejaste finalmente las herramientas en el suelo y te dirigiste de vuelta a tu hogar de acogida siguiendo las vías del tren y sus luces cada vez más lejanas en su constante trayecto.

Unos arbustos captaron tu atención. Tenía las ramas quebradas y hojas caídas teñidas de rojo. Caminaste atravesándolos, separando espina y zarza, y allí te encontraste con ellas.

Una anciana de rostro deformado y lamido por las llamas de un despiadado fuego.

Una mujer joven que vestía la muerte misma sobre ella en un manto y sombrero negro. Sus largos cabellos rubios como el sol no ocultaban a tus compasivos ojos su insaciable odio.

Te agachaste junto a ellas para comprobar su aliento en tus oscuras manos. Aún estaban vivas.

Y qué fácil habría sido para ti seguir caminando y abandonar a la muerte que tan fuerte olías en la joven mujer de pelo dorado.

Pero las palabras de Maderaquemada resonaban aún en tus oídos. Odiabas escuchar a la hipocresía llamar a tu puerta.

No les abandonarías.

“He muerto y nacido para servir” susurraste mientras cargabas a tus espaldas la joven herida.

La carnicera (5)

Vamos a forjar y a dar forma los regalos que nos han sido entregados. Vamos a forjar y a dar forma a nuestros hijos amados. Devolvamos a la tierra lo recibido del cielo — Joman. La canción de la cima.

Soñaba sobre tiempos mejores en lugares mejores. El cielo normalmente oscuro estaba iluminado por incontables farolillos. Era la noche más brillante, el amanecer en la oscuridad. Mis dedos parecían alcanzar la oscuridad del firmamento, y como cada ciclo, pensé que la próxima vez lo conseguiría. Cientos de los míos me rodeaban regocijados en la festividad de Conoc. El cielo nos honraba, y nosotros honrábamos de vuelta a aquel que nos lo daba todo. Unos dedos gruesos se posaron sobre mi cabeza, y supe que era mi madre. Mi amada madre. Pero al alzar mi rostro, solo vi tinieblas. “¿Madre?” pregunté a la oscuridad que se cernía sobre mí. Sin recibir respuesta la pregunta se marchitó en mis labios. La oscuridad devoraba mi tierra, mi gente, mi cielo. Era la noche más oscura y yo estaba sola. Lloré en el abismo. Y al notar la real humedad en mis mejillas, desperté con un dolor en mi cabeza como ardientes ascuas. Me vi dentro de un cobertizo de madera con una luz filtrándose por sus pequeños huecos, iluminando el rostro de un joven de tez oscura que colocó una gasa húmeda de fuerte olor a hierbas sobre mi frente. Sentí inmediatamente un gran alivio y el joven sonrió al darse cuenta de mi reacción. Quise preguntar dónde estaba mi abuela y cuáles eran sus oscuros motivos al ayudarme, pero mi captor respondió primero antes de saber mis pensamientos. “La anciana se encuentra bien, puedes descansar con tranquilidad. Esa mujer es dura como el acero, igual que tú” sonrió el joven de flores amarillas y pelo como un nido de pájaro. Colocó alrededor de mi cuerpo más gasas, cada una de ellas aliviando el dolor de una caída estúpida. Me di cuenta entonces de su brazo de madera, y no pude sino preguntarme quien le había causado tal herida. “¿Quién eres?”

pregunté. Me contestó con otra sonrisa compasiva. Odiaba esa sonrisa indulgente. “Soy Tuon, el amputado de Omnra. Vuestra caída debió de ser dura desde el tren. Pero la fortaleza precede la fama de vuestro pueblo en Conoc” contestó, sabiendo que éramos refugiados como él mismo. “Yo soy Jakam, de la nación de los cuchillos. Mi abuela y yo te estamos agradecidos de habernos salvado, pero pronto tendremos que proseguir nuestro camino” dije, pues me preocupaba que los hombres hongo nos encontraran pronto. El chico dejó de sonreír. “Debéis descansar, no podéis marcharos así. Sois duras, pero no debéis ser temerarias” dijo, y por primera vez vi algo de fortaleza en aquel cuerpo de carne y madera. Si hubiera sabido que era una asesina no me habría salvado. Deseé decírselo a la cara y ver cómo la chispa de la compasión se apagaba en sus ojos. Deseaba enseñarle la maldad del mundo y que no todo era bondad. Pero mis labios permanecieron sellados. La mentira y el silencio me habían salvado. Era lo mínimo que podía hacer. Sus medicinas y sus curas nos ayudaron a recuperar suficientes fuerzas para que un ciclo después nos pudiéramos levantar y marcharnos. Los huesos fueron entablados, las heridas cerradas y el cansancio cargado en la espalda. “Gracias, Tuon el amputado. Que el cielo se acerque a tu alcance” dije sin pensar, recordando el sueño que tuve. El joven sonrió una última vez antes de que nos marcháramos. Con la pierna entablada de mi abuela caminamos lentamente rumbo a la capital. Pero cuando casi alcanzamos la estación, miré atrás una vez más. “En este pueblo también debe de haber un templo” dije, y mi abuela supo comprender mis palabras aunque en su mirada noté cierta reticencia. Esperamos pacientemente a que la noche cayera y nuestros filos aullaran. Finalmente el monje volvió al templo. Era la hora. Mi abuela quiso acompañarme, pero no la dejó. “Tu pierna no está recuperada” dije. “¿Qué es lo que quieres?” preguntó mi abuela. “Quiero asesinarlo sin tu juiciosa mirada. Quiero hacerlo sola. Me haces sentir como una niña que necesita que le guíen en cada uno de sus pasos.” “Eres una niña.” “Sabes que no lo soy.” “Para mí siempre serás esa pequeña que se sentaba a mis pies mientras estaba trabajando.” “Te demostraré que ya no soy esa niña.” Me adentré en el interior del templo y desvainé mi cuchillo. El monje me dio la bienvenida sin sospechar mis intenciones. Su carne me invitaba. Alcé la hoja de mi cuchillo, y por un breve instante, pareció brillar con el fulgor del rojo del templo, profetizando la sangre que iba a manar del cuello de

su víctima. Pero entonces, el brillo rojo se convirtió en amarillo. Una poderosa fuerza mantuvo mi brazo en alto y fui incapaz de moverlo. Supe quien era sin tener que girarme. El mismo que me había curado ahora me detenía. Quien da la vida también tiene derecho a otorgar la muerte. Así funcionaba todo en la nación de los cuchillos. Sostenía en su mano una vara de madera y un brillo amarillo le cubría asemejándole por un instante a los farolillos soltados en la noche más brillante de Conoc. Y esta vez, él no sonreía. Y eso, me hizo feliz.

Los polizones (5)

Hay tantos como silencios se guardan en nuestros corazones. Complementarios de nuestros pasos, de nuestro dolor y de nuestra alegría. Amor, odio, furia, tristeza, dolor, placer. Vida, muerte. — Safal Gachkt. Sobre el silencio y la locura.

Los hijos del silencio montaban los gusanos de los hombres hongo, escoltándoles hacia su campamento en venerado respeto y liderado por el capitán del pelotón.

Solo Esperanza disfrutaba de la procesión.

Sabían Muerte, Iluminación y Mentira que bien podrían haber sesgado la vida de todos aquellos hombres hongo. Pero no querían arriesgarse a que la pequeña fuera herida. Unirse a aquella marcha era la decisión que habían tomado.

El hombre hongo vestido con el mono rojo alzó uno de sus largos brazos: habían llegado al campamento. Decenas de esferas unidas conectadas en orgánicas constelaciones formaban hogares de una única familia de hombres hongo. Pequeños agujeros dejaban salir humo y vapor de agua, indicando la vida en su interior.

Una multitud de hongos blanquecinos salieron por las ventanas para observar con sus dorados ojos llenos de curiosidad y miedo la llegada de los extranjeros. Monos de trabajo azules, naranjas y rojos les rodearon poco a poco.

Como una ola fueron arrastrados por la marea de hombres hongo al interior del campamento, donde el panorama natural de setas se transformó en un mundo bullicioso repleto de actividad. Las tenues luces de las setas fosforescentes impregnaban los incontables redondos compartimentos donde siempre parecía haber más de los que podían haber. Todos apretados, todos trabajando, todos incansables. Cocinaban en las esquinas, construían armas, cosían trajes y trabajaban, trabajaban y trabajaban. Incluso los más peque-

ños se esforzaban con lo que les permitían sus diminutas manos blancas.

Uno a uno, los hombres hongo se sentaron alrededor de los extraños invitados formando círculos concéntricos. Esperanza miraba con los ojos llenos de curiosidad a todos los que la rodeaban.

El hombre hongo que vestía el mono rojo se sentó frente a ellos. Su blanquecina piel empezó a revolverse creando olas por todo su cuerpo. La gruesa blancura fue desprendiéndose, retorciéndose y pliegándose sobre sí misma para revelar un rostro cadavérico, absorbido por gigaciclos de estar unido al hongo. Pero su expresión no era de enfermedad sino de reverencia, pues sabía que ante él tenía a honorables invitados.

El desprotegido, vulnerable y delgado hombre hongo pidió algo con un movimiento de su escualida mano desnuda. Una pipa de gangris fue entregada. Encendiéndola, pegó una fuerte calada y dejó que el espeso humo se filtrase por los agujeros de su boca y nariz para elevarse por el aire como una serpiente nebulosa.

Les ofreció la pipa de gangris a los hijos del silencio. Y aunque ellos eran ajenos a los placeres terrenales, sabían que la hospitalidad era una mano que no debía ser apartada.

Mentira fue la primera en coger con alegría la pipa. A través de su velo pegó una fuerte calada para soltar el humo y hacer flotar elegantemente su tela rosa.

El siguiente fue Iluminación, que a través de su máscara de arena aspiró el denso humo. Los patrones en los diminutos granos cambiaron, tomando los colores de la seta que estaba fumando para formar patrones imposibles.

Y finalmente Muerte pegó la calada más fuerte de todas. Dejó escapar tanto humo por las cuencas de sus ojos y por la boca que formó una magnánima nube negra por encima de la sorprendida multitud.

Los hombres hongo dejaron escapar sus emociones: terror, asombro, admiración, aceptación.

Entonces el hombre hongo ofreció su palma abierta a los hijos del silencio y ellos correspondieron tocando con sus mantos al blanquecino hongo, conectando sus mentes primordiales con la del ekyaten.

“Bienvenidos, oh antiguos seres de Ekya, a nuestro nuevo mundo” dijo la voz sosegada del hombre hongo con sus dos anillos de oro fijos en ellos. “Por favor, perdonad mi afrenta por llevaros a nuestro

campamento, pero muchos de los nuestros jamás han visto a ningún hijo del silencio. Es un honor teneros aquí entre nosotros. Pensábamos que habíais muerto todos en el Abandono.”

Muchos de sus hermanos y hermanas habían luchado intentando salvar Ekya.

Pero solo ellos habían sobrevivido.

“Cuando la nave por fin pudo despegar, vimos como los vuestros luchaban con coraje. Os lo agradecemos.”

Iluminación negó con la cabeza. Toda aquella guerra fue en vano. Todos habían perdido.

“Y sin embargo, aquí estáis. Aquí estamos. La vida sigue” dijo el anfitrión.

¿Pero a qué precio? ¿Cuántos debieron de morir para que unos pocos fueran salvados?

El hombre hongo pegó otra calada a la pipa de gangris y soltando el humo lentamente contestó a la pregunta sin palabras del hijo del silencio.

“Muchos han muerto, sí. Pero al menos algunos se han salvado. Ese era nuestro pacto con los seguidores del millón de llamas.”

Los hijos del silencio pidieron explicaciones, pues les era desconocido aquel acuerdo.

“Hace diez gigaciclos vino un grupo de monjes del millón de llamas a nosotros, los mejores constructores después de esos engréidos de los zalarinos. Sabían que ellos no les harían caso, y por eso vinieron a pedir nuestra ayuda. Querían construir una nave espacial como nunca antes se hubiera presenciado. Era un proyecto de dementes, pero pagaban bien. Y había algo raro en la pequeña profetisa que había tenido la visión. Nos convenció de que algo terrible iba a suceder.”

»Decidimos construir la nave pero demandamos que como parte del trato nos dejarían subir con ellos si realmente el Abandono sucedía. Ellos aceptaron, pero solo con la condición de que no se superara la cantidad máxima de ekyaten que esta nave pudiera aguantar. Aceptamos.

»Sabíamos que una nave espacial de esas proporciones que pudiera llevarse una isla entera no sería fácil. Y por eso también sabíamos que si el Abandono era cierto, no se salvarían tantos de los nuestros como hubiéramos querido.

»Y así, cuando llegó el Abandono, tuvimos que elegir. Éramos muchos, demasiados. Pero cumplimos nuestra palabra. Escogimos a

los mejores trabajadores y a nuestros pequeños más sanos. El resto se quedaron en sus hogares en Ekya esperando el inevitable final. Fue cruel, pero era la única solución.

Los hombres hongo asintieron en dolorosa comprensión.

¿Por qué no callarse en medio de la destrucción y salvar a más de los que amaban? ¿Qué era el honor en medio de un cataclismo?

“Los hombres hongo jamás rompemos nuestros acuerdos. Nuestros tratos son nuestro honor, nuestro trabajo es nuestra vida. Y sin confianza no hay trabajo” dijo con orgullo el hombre hongo, mirando con intensidad a Mentira.

¿Qué hacer entonces una vez se han dejado atrás tantas vidas?

“Sobrevivir. Sobreviviremos hasta que solo quedemos nosotros. Sobreviviremos hasta el final.”

El hombre hongo aspiró una última vez el humo de la pipa de gangris dilatando aun más sus pupilas de color dorado.

“Y hoy, como todos los ciclos desde el Abandono, celebramos la vida.”

La profetisa (6)

Hablé con el Príncipe, quien de mis discípulos era sin duda el más orgulloso y desobediente, y le ordené que cruzara todos los mares del mundo si era necesario para poder salvar la vida de los nuestros. Y cuando me preguntó quién salvaría la mía solo pude sonreírle sin responder. Nadie puede salvarme — El libro de la cera, decima ilustración, párrafo ocho.

6:1. La profetisa Airinn odiaba bajar a Torre Profunda pues era un recordatorio de la distancia que le separaba de su tierra.

6:2. Cuando el montacargas llegó y los cuatro hombres hongo que la escoltaban la dejaron salir, lo que vio la profetisa era su verdadero hogar que le había acogido cuando sus padres la abandonaron.

6:3. Su reino no era la sala de mandos y las máquinas, era la isla de Omnra.

6:4. Cuánto habría deseado haberse quedado allí entre la tierra, el mar y el aire de la isla de Omnra sin visiones ni reliquias.

6:5. «Jamás podré volver a lo que antes he sido» pensó Airinn, y supo que sus propios pensamientos revelaban la verdad.

6:6. Un coche blindado le esperaba. Las ruedas de metal

forzaron su marcha hacia la capital, y aunque quería Airinn ir al pozo de Vela, era su obligación marchar hacia los suyos primero.

6:7. No había secretos en Omnra que se pudieran mantener. El mensaje de la visita de la profetisa ya se había transmitido por toda la isla sin poder contenerlo.

6:8. El pueblo esperaba ansioso ver a su profetisa, oírla, tocarla, sentirla.

6:9. Cien mil ekyaten vivían en la capital de edificios rojos. Cien mil voces que gritaban un único mensaje de bienvenida a su salvadora.

6:10. La nostalgia embriagaba a Airinn. El color de sus calles, los ruidos de su gente y el olor de sus comidas.

6:11. En la sala de mandos todo era soledad. Todo era silencio.

- 6:12. La carretera les llevó al corazón de la capital: el templo de la convergencia, el segundo lugar más sagrado de Omnra después del pozo del tungolgcay Vela.
- 6:13. Allí fue donde se encontró el primer libro de la cera, ahora copiado para la eternidad de aquellos que quisieran presenciar las llamas.
- 6:14. Pronto los ekyaten descubrieron quién iba dentro del protegido vehículo y comenzaron las ovaciones, los gritos de júbilo, las inclinaciones de frentes pintadas de cera y las lágrimas de agradecimiento que humedecían el suelo.
- 6:15. Airinn nunca se acostumaría a aquella devoción. Se sentía una impostora.
- 6:16. Los seguidores del millón de llamas la persiguieron por la carretera hasta su destino final en el templo de la convergencia.
- 6:17. Y cuando por fin llegaron a la grandiosa estructura en forma cónica ya había miles de devotos reunidos para escucharla.
- 6:18. Empezaron así las plegarias hacia ella: una mujer pidiendo cura para su hija enferma, un hombre que le suplicó aplacar el hambre de su familia, una mujer que le demandó una respuesta a la pregunta del dolor.
- 6:19. Airinn atravesaba la muchedumbre, intentando ignorar todas esos milagros que no sería capaz de cumplir. A cada uno de ellos le ofreció una dolorosa disculpa.
- 6:20. “¡Profetisa, profetisa, ¿acaso no busca llenar su espíritu además de su estómago?” preguntó una voz socarrona entre la muchedumbre.
- 6:21. Airinn se giró para ver a un hombre corpulento con turbante azul, un cesto de mimbre atado a su ancha espalda, y brazos llenos de tatuajes de intrincados grabados de olas.
- 6:22. Airinn aceptó el pescado seco de las nudosas manos del vendedor ambulante. Había agachado la cabeza pero su intensa mirada no se apartaba de la profetisa.
- 6:23. La mirada del pescador no era una de devoción. En sus ojos había el orgullo que solo la nobleza era capaz de sostener.
- 6:24. “Eres el único de los aquí presentes que me ha ofrecido algo en vez de pedírmelo. Gracias, pescador” respondió Airinn.
- 6:25. “Es responsabilidad de un príncipe construir además de destruir. Me honráis con solo aceptar mi regalo” agradeció el vendedor. “Me llamo Babu y tengo un mensaje largo tiempo en espera de ser escuchado.”

6:26. Pero antes de que pudiera recibir el mensaje, un hombre hongo apartó de un empujón al pescador que fue engullido por la muchedumbre.

6:27. La gente, viendo la violencia del hombre hongo, se fue apartando poco a poco de Airinn por miedo hacia aquellos extraños seres que rodeaban a su profetisa.

6:28. El mensaje del pescador quedó guardado en su cesto de mimbre, en su puño cerrado y en su boca sellada con cera.

6:29. Llegó por fin Airinn a las puertas del templo de la vela. Pero antes de esconderse tras sus puertas, sabía que la gente necesitaba de sus palabras.

6:30. “¡Hermanos y hermanas! ¡Perdonadme por no haber bajado a visitaros antes! ¡Creedme que soy la primera en echar de menos mi propia tierra! ¡Pero os aseguro que mejores tiempos están por venir y que nuestro pueblo prosperará sin descanso! ¡Así me lo ha dicho el millón de llamas, y así se cumplirá!”

6:31. Los gritos de júbilo llenaron la plaza del templo como un mar, absorbiendo las palabras de la profetisa con agradecimiento.

6:32. Airinn había mentido de nuevo. Pero si quería que no cundiera el caos, debía dar a la gente lo que esperaban de ella.

No lo que necesitaban, sino lo que querían.

6:33. Entró en el templo dejando atrás a sus fieles seguidores. Y nada más cruzar las puertas una mujer de largo pelo negro en dos trenzas y vestida con dibujos bordados del Guardián le dio la bienvenida con una amplia sonrisa y pasos rápidos. Se arrodilló ante ella sin un momento de duda.

6:34. Galila era su nombre y era una antigua amiga de la profetisa Airinn, compañera de padres desvanecidos y sangre huérfana.

6:35. Ella era la más sagrada conexión con su vida pasada.

6:36. “Ante mi jamás debes arrodillarte, Galila” dijo la profetisa poniendo una mano sobre su hombro.

6:37. “¿Cómo no arrodillarme frente a mi salvadora, a mi profetisa, pero sobre todo ante mi hermana?” le contestó Galila. Y ambas se abrazaron y juntaron sus frentes pintadas de vela roja y dorada.

6:38. “Te he echado de menos. Cuidas de los nuestros y de los suyos en el millón de llamas. Tu esfuerzo en la capital es impagable. Sabes que tienes mi infinita gratitud” dijo Airinn.

6:39. “Por ti, profetisa Airinn, sacrifico mi vida todos los

ciclos. Es lo que Vela nos ha enseñado a hacer en la sombra de la historia. ¿Qué te trae de vuelta a Omnra?” preguntó Galila.

6:40. “He venido a visitar el pozo, es de vital importancia”.

6:41. “Visitar tierra santa es siempre de vital importancia. Visitar el pozo nos reafirma en nuestra fe. ¿Pero cómo yo, humilde sirvienta, predico a la mismísima profetisa Airinn? ¡Qué estúpida soy! Antes de tu visita a tierra santa te invito a comer. Rechazar no es una elección tuya,

profetisa. Los acólitos han hecho estofado. Tienes todo el tiempo del mundo” dijo Galila entre sinceras sonrisas.

6:42. Airinn, sabiendo que no podría escaparse de la amabilidad de su vieja conocida, asintió y la acompañó hasta el comedor, contenta de que alguien la tratara como amiga y no como profetisa.

6:43. Pero ella temía que no tuviera tanto tiempo como su amiga creía. Pues la vela ardía y su cera se consumía rápidamente.

El amputado (6)

Cuando te encuentres con el mal de frente, ¿sabrás afrontarlo? ¿Sabrás reconocerlo? ¿Sabrás aceptarlo? ¿Sabrás ver el espejo que hay frente a ti?
— *Palabras de Maderaquemada.*

Miraste con misericordia el rostro de ojos brillantes que había frente a ti. Te había enseñado tu maestro que nunca le dieras la espalda a nadie, fuera santo o criminal.

“¿Quién eras para juzgar a los que se habían desviado del camino?” te preguntabas. “¿Quién eras tú para juzgar, siendo conocedor de tu indignidad y sin embargo dotado de la oportunidad de seguir viviendo?” pensabas con sincera angustia.

Deseaste que tu compasión alejara a los criminales de sus oscuras intenciones. Pero no lo hicieron. Y ahora estabas frente a ella, que portaba un cuchillo y tú un cayado lleno de culpa, pues una vida casi se había perdido por aquella compasión.

Te miró Jakam fijamente. En aquellos ojos azules profundos solo había odio y furia. En aquellos ojos tan profundos solo había fuego.

Dejaste de usar tu aura sobre su brazo. A pesar de todo aún guardabas esperanza.

“Os dije que siguierais vuestro camino” dijiste con temblorosa voz.

“¿Qué ocurre, amputado? ¿Ya te estás arrepintiendo de habernos dado cobijo y salud?” contestó Jakam, enseñando sus dientes como un animal rabioso.

“Esta gente te ha salvado la vida aceptándote en la nave de Omnra. Tu cuchillo sobre ellos es un ingrato pecado.”

Las carcajadas de la asesina infestaron cada metro del templo. Se burlaba de tu inocencia.

“No hables sin conocerme, amputado. Esta gente no es tan bondadosa como crees. En nombre de su salvación han destruido familias,

han dejado morir a millones de ekyaten y han arrebatado sin piedad lo que no era suyo. ¡No oses hablar de agradecimiento!”

Supiste entonces que ya ninguna palabra llegaría a aquella desgraciada criatura, pues estaba poseída por el más profundo odio. Debías detenerla antes de que lo consumiera todo.

Ella fue la primera en atacar. Su cuchillo rozó tu cuello y lo esquivaste por escaso espacio. Con tu vara intentaste golpear el costado de Jakam, pero ella también era rápida.

Intercambiasteis vuestros ataques para hablar con el lenguaje de la violencia que ella tanto amaba y tú tanto detestabas.

Aprovechando una pequeña fisura en su defensa, usaste la vara para barrer su pierna y hacerla caer de espaldas. Jakam, en un movimiento inesperado, arrojó su cuchillo con violencia hacia tu estómago. Pero tú conseguiste bloquearlo con la vara, creando una muesca en la dura madera. La punta de tu vara se posó sobre su garganta.

“¡Ríndete Jakam! ¡De tu cuchillo has sido despojada! ¡Ríndete antes de que no quede más camino bajo tus pies!”

Notaste entonces una dolorosa punzada en la pierna. Jakam te había clavado un gancho en el muslo, que empezó a sangrar profusamente. Ella sonrió maliciosamente mientras giraba la muñeca para desgarrar músculo y arrancarte un aullido. Cuando caíste al suelo, Jakam aprovechó ese momento de debilidad para recoger su amado cuchillo.

Tu morena piel estaba teñida de rojo y yo contenía mi aliento perdido tiempo atrás. La sonrisa de felicidad de la carnicera brillaba en el templo.

Cogiste la vara con ambas manos, renovando tu convicción de que aquella mujer era demasiado peligrosa. Debías detenerla bajo cualquier coste. Todas tus armas debían ser usadas.

Jakam te atacó en un rápido y letal golpe de su brillante cuchillo. Pero esta vez, no fue la madera la que paró el golpe. La luz amarilla de tu aura cubrió como un manto a Jakam y la arrojaste contra la pared, agrietándole la piel entre temblores.

Antes eras apenas una brisa, un soplido entre las hojas del bosque. Y ahora eras tempestad, bramado grito entre las olas.

Pequeñas llamas amarillas se desprendieron de tus fulgurosos ojos. La luz te cubría con más fuerza en el brazo y la vara de madera. Y quiso Jakam escapar de tu influencia, pero tu poder era más fuerte que las piernas de la asesina a la cual atrapaste como un insecto. No la dejarías escapar esta vez.

¿Pero acaso matarías la vida que había entre tus manos?

Vuestras miradas estaban fijas el uno sobre el otro. Ella estaba deseosa de liberarse y poder arrancarte la vida, y tú con los nudillos blancos alrededor de la vara dudabas de tu siguiente paso en este arduo camino que habías tomado.

¿Dejarías con vida a la mujer que sabías que haría arder toda Omnra?

Aunque tu madera quería destruir hueso y vida, sabías que no serías capaz. Aquel no era el camino de Maderaquemada.

“Libera a mi nieta y déjanos marchar” ordenó entonces una voz detrás de ti. Era la anciana de rostro desfigurado que acompañaba a la carnicera.

“Ya os dejé marchar una vez y volvisteis a cometer los mismos errores que os han llevado hasta aquí, ¿por qué iba a tener que dejaros marchar una segunda vez?” preguntaste, suplicando una razón para no tener que tomar el camino de la muerte.

“No necesitas más razón que las vidas de la gente de este pueblo” dijo con una sonrisa demacrada.

Sintiendo un escalofrío, temiste por la vida de los mismos que te despreciaban.

“¿Qué les has hecho a esas familias?” preguntaste.

“Déjanos marchar, amputado. Solo así podrás descubrirlo a tiempo.”

Liberaste a Jakam para dejarla caer pesadamente al suelo y sin mirar atrás corriste hacia el poblado, dejando a una carnicera libre a cambio de salvar las vidas de los inocentes que tanto te criticaban.

Mi interés por ti solo crecía. Hacías todo aquello que no podía predecir.

Algo dentro de mí brotaba con una fuerza incontenible.

La carnicera (6)

¡Escucha mi voz que resuena en esta tierra extraña! ¿Acaso no oyes el decrepitar de mi espíritu? ¿Acaso no sientes la agonía de no poder abrazarte? ¡Oh Conoc, cuanto te echo de menos! — Joman. La canción de la cima.

No era digna de mi cuchillo, del polvo del firmamento o del brillo en mis ojos. No era digna de lo que mis antepasados me habían otorgado, pues había perdido frente a un tullido de madera. La furia me invadía mientras corríamos escondidas entre las sombras de los árboles como vulgares animales. Odiaba esta tierra y a sus habitantes. Pero nuestra suerte cambió cuando escuchamos el tren nocturno de Ontrapov. Nos subimos al vagón de carga y veinte bestias de ojos desorbitados y cuernos torcidos nos ofrecieron sus aburridas miradas. Más humillación para cargar en mis hombros. Mi abuela fue dando de comer semillas y frutos que había recogido en el poblado para que los animales no delataran nuestra presencia. Ella siempre había sido más lista que yo y que todos los de mi familia. Y mientras mascaban tranquilamente, el traqueteo de las ruedas nos llevó a la libertad. Pero yo seguía siendo prisionera de mi odio, de mi humillación y de mi deseo de venganza. Podría haber luchado mejor y haber desatado lo que mantenía mis pies sobre el suelo. Pero no sin el permiso de mi abuela, algo que siempre me había negado. Ya no había más excusas para empujar lo inevitable. “Abuela, debes darme permiso para poder usar la cainna. Solo así podré derrotar a los nuevos enemigos que han aparecido frente a nosotros” demandé mirándola fijamente. Nuestros ojos de aguamariana chocaron como dos océanos de firme voluntad. Pero sus aguas se mantenían tranquilas mientras que las mías eran tempestad. “¿Por qué quieres la cainna ahora más que nunca?” me preguntó. “Para ser más fuerte.” “Esa no es la respuesta.” “Porque soy todavía débil” admití rechinando los dientes. “Sí” respondió ella, haciéndome sangrar con una

única sílaba. “¿No me dejarás ser más fuerte, abuela, no es eso acaso lo que siempre has querido para mí?” “Deseo que seas fuerte, pero no será la cainna la que te traiga la fortaleza que tu espíritu no tuviera ya cuando naciste.” “Es el primer paso. Y mis enemigos no esperan mi fortaleza sino aprovecharse de mi debilidad. Permíteme usar la cainna, abuela, permíteme darte orgullo a ti y a los que me preceden.” Mi respiración fue la única melodía en el vagón. Su mirada afilada de rasgos retorcidos y quemados se clavó en mí como un cuchillo. En aquella mirada estaban los ojos de mi madre. “Te lo concedo” dijo finalmente. Sonreí como una niña tonta que había convencido a su testaruda abuela. Sonreí porque por fin mi cuchillo podría portar la cainna, el orgullo de mi pueblo. “Pero no la usarás hasta que lleguemos a la ciudad del tungolgcay Vela. Hoy descansamos y mañana recordarás lo que siempre has sabido. ¿Me has entendido?” preguntó, y yo solo tuve que asentir pero no quise controlar mis palabras. “¿Por qué esperar hasta mañana? Tuon y los hombres hongo podrían encontrarnos en cualquier momento. ¿Por qué arriesgarse a no enseñarme algo para poder defenderme?” Ella negó con la cabeza incapaz de comprender mi estupidez. “Hoy has sufrido una dolorosa pérdida. En tu interior no hay sitio para el nuevo conocimiento, pues solo hay furia y odio hacia el que te ha ganado. Que tu cuerpo recuerde algo tan delicado y peligroso como la cainna en tu estado te podría destruir.” Ella tenía razón. Aún notaba la acidez de la derrota en mi boca. “Mientras estábamos en Ontrapov escuché que la profetisa Airinn se encuentra en la capital” dijo mi abuela, y no pude contener mi emoción. La profetisa. La culpable de toda mentira, de toda masacre. La culpable de que mi familia no se hubiera podido salvar. La máxima autoridad y causa de todo su dolor. El cuello que más quería rebanar era el de aquella mujer. Debía estar preparada. “Hoy descansamos, mañana aprendemos. Así es como debe ser”. “Sí, abuela”. Nos tumbamos junto a los guks entre sus espesos pelajes con el cansancio apoderándose de mí. Pero una última pregunta permanecía aún en mi mente. “¿Qué les has hecho a esos pobres desgraciados del pueblo?” Ella sonrió. “Esa es la única pregunta que no voy a responderte.” Oh, cuanto admiraba a mi abuela. Yo solo era una niña inocente a su lado. Me fui a dormir, sonriendo, imaginándome las monstruosidades que mi abuela había infligido a los seguidores del millón de llamas y cómo apagaba los fuegos con su antiguo aliento.

Los polizones (6)

Los hijos del silencio son criaturas duales. Son de gran poder pero también de gran delicadeza, pues el silencio, aunque lo puede cubrir todo con su solemnidad, puede ser destruido con el más leve de los susurros. ¿Acaso no entendéis lo maravilloso que es esa cualidad? — Safal Gachkt. Sobre el silencio y la locura.

La celebración duró toda la noche. Banquetes con manjares vegetales y carne de insectos se desparpararon por los manteles. Botellas vacías de licores destilados de hongos rodaban por el suelo de setas y metal. Pipas de gangris humeaban incesantemente llenando el campamento de colores flotantes. Carne de ekyaten y de hongo se entremezclaban en danzas para honrar a la vida.

En un rincón del campamento, un grupo de niños hongo estaba sentado alrededor de los hijos del silencio, escuchándoles con venerada atención.

Los seres de máscara y tela contaban historias. De todos los hijos de Ekya, ellos eran los que más habían compartido vivencias con sus habitantes y los más apropiados para contar sus aventuras y tragedias.

Durante toda la noche relataron en ominoso silencio todas las historias que les pidió su exigente público.

Les contaron cómo Nagi creó el muro que separaría durante cientos de gigaciclos a los portadores de la magia cruda de los que jamás podrían acercarse a aquella inagotable y peligrosa fuente de poder.

Les contaron cómo Carm y Hiko se convirtieron en los tungolg-cays de Ekya por una sola noche, quedándose en la memoria de todos para siempre a través de su misteriosa música.

Les contaron cómo Dabbd, a la que llamaban Caja Negra, se enfrentó durante gigaciclos en una encarnizada guerra civil contra Polab Escudo y Espada para hacerse con el control del poder en el gobierno zalarino.

Pero de todas las historias solicitadas, la del nacimiento de Ekya era la que más rogaron escuchar.

Y aunque llevaban cientos de gigaciclos sin haber tenido nunca tanta cercanía con los ekyaten, los hijos del silencio accedieron a la petición, pues era en parte su deber contar aquellas historias tras el Abandono y evitar que se perdieran entre el dolor.

Iluminación se alzó ante el público. Aspiró el humo de la pipa de gangris y se hinchó su deshilachada y rota ropa. Dejó escapar el humo lentamente y sus palabras quedaron suspendidas en el aire.

No puede haber vida sin sacrificio.

En el principio solo estaban los dos hermanos en el útero de la blancura y unidos por el fino hilo de la vida, esperando con paciencia poder nacer. Estos dos hermanos eran Ekya y el desconocido, cuyo nombre fue perdido y jamás recuperado.

No puede haber vida sin sacrificio. El desconocido ayudó a Ekya a poder nacer, empujándole hacia el cielo negro y quedándose atrás en el vacío. Y aunque su nombre permanece para siempre en la blancura de los secretos, su sacrificio jamás sería olvidado.

Ekya nació.

Y quiso sacrificarse también como había hecho su hermano, pues quería que más vida pudiera nacer junto a ella. El sacrificio llama al sacrificio. Esa es la eterna cadena de eslabones palpitantes que nunca deja de expandirse. El sacrificio crea vida.

Ekya empezó a nacer de nuevo y de cada uno de los poros de su gigantesco cuerpo surgieron el agua, el aire, la tierra y el fuego. Y de cada uno de sus órganos nació un ekyato, los grandiosos colosos de Ekya, sus hijos directos.

De su ojo derecho nació Mijols. De su ojo izquierdo Dalunt. Estos fueron los primeros en nacer y los primeros en marcharse del cuerpo de su progenitora. Los más poderosos y los más amados sabían que tenían una responsabilidad que cumplir hacia los suyos. Así, Mijols se convirtió en el astro que da la luz y Dalunt en el astro que da la oscuridad.

Ellos fueron los mismos que trajeron el Abandono.

Cayó un pesado silencio en la sala. Algunos sollozaron recordando la destrucción traída por los que antes habían sido amados y venerados. Todos querían olvidar.

Muerte continuó la antigua historia.

Del estómago e intestinos de Ekya nació Inniljon, causante de terribles y bellos desastres naturales cuyo paso jamás pasaba desapercibido.

De su hígado nació Tekua, el caótico y creador de la magia cruda que los asumis aprovecharon rápidamente en los albores de los tiempos.

De su boca nació Kraer, el coloso de aire que voló por los cielos de Ekya durante mil gigaciclos.

De su oído nació Maour, dueño de todos los océanos, de naturaleza pacífica y tranquila.

De su cerebro nació Kovasoanen, el más inteligente de todos los ekyatos y que enseñó a los ekyaten a sobrevivir, a aprender y a inventar.

De su corazón nació Drohlyd, el paso de las estaciones, de cuerpo tan gélido como ardiente y que inspiró miles de poemas, canciones y pinturas.

De su nariz nació Zorblo, cuyas incontables flores que cubrían su cuerpo segregaban la magia líquida usada incluso por los ancestros de los hombres hongo, los que se conocían como Bosqueandantes.

De sus genitales nació Odade, el único ekyato que permaneció en el mismo lugar en el desierto de Majja, convirtiéndose en el protector del pueblo que tuviera la suerte de conseguir aquel paraíso.

Y después de que nacieran los diez ekyatos, la sangre de Ekya empezó a manar a través de la tierra. Seiscientas mil gotas se formaron, dando así nacimiento a los primeros ekyaten, a vosotros.

Pero aún quedaba alguien más. De la lengua muda de Ekya no nació un coloso, pero de la unión de aquel silencio absoluto, de aquellas palabras jamás pronunciadas por Ekya y de lo más profundo de los corazones de los ekyaten, surgieron así los hijos del silencio.

Y cuando Ekya vio que los ekyatos y los ekyaten habían nacido, supo que su propósito se había cumplido. Exhaló su último aliento y se convirtió en el hogar de todos. Un mundo ahora destruido para siempre.

“¿Y el desconocido?” preguntaron los niños.

El desconocido se convirtió en el lugar donde van los fallecidos. Aquel mundo tan oculto como su propio creador. Los pocos que habían ido y regresado para contarle no encontraron palabras para describirlo. Pero estaba ahí, y era donde todos acabarían yendo, pues no había vida sin sacrificio, y sin sacrificio no había vida.

El público aplaudió emocionado. Todos los ekyaten conocían aquella historia, pues en su sangre había quedado escrita. Pero escucharla directamente de los hijos del silencio la convertía en más real y verdadera. Era una confirmación de que una vez, no mucho tiempo atrás, tuvieron un verdadero hogar.

Los hijos del silencio inclinaron las cabezas en símbolo de respeto por su atento público. Esperanza, divertida por aquella actuación, gateó por los alrededores, imitando las inclinaciones de cabeza y el insonoro aplauso de los hombres hongo.

Se dispersó el público de vuelta a sus trabajos tras la celebración. Los hijos del silencio se quedaron solos al cuidado de Esperanza, que jugaba a intentar coger un pequeño insecto con sus torpes pero determinadas manos.

Hacía muchos gigaciclos que no pasaban tanto tiempo con los ekyaten. Mentira sintió una secreta alegría, pues nunca había sido bienvenida entre ellos.

Muerte movió su mano lentamente. No debían acostumbrarse, pues pronto se marcharían, pues aún debían encontrar a los padres de Esperanza. Mentira e Iluminación sabían que tenía razón. No debían compartir más historias con los ekyaten.

Debían permanecer callados.

Los tres se levantaron dispuestos a continuar su búsqueda. Muerte cogió en brazos a Esperanza, que pronto empezó a quejarse por haberla arrancado de su nuevo y estimulante lugar de juegos.

Los hijos del silencio, además de contar sus historias, habían conseguido aprender otras en su corta estancia.

Y de entre ellas una captó la atención de los hijos del silencio.

La historia de la profetisa Airinn.

La profetisa (7)

Al entrar en la gran bóveda blanca, vi dentro a mi compañera y supe que era la falsa tungolgcay. Ella era la Atalaya, líder de la Cúpula, la que desde las alturas vigila y juzga el espíritu en vez de amarlo. Ella se había infiltrado en mi vida y violado mi confianza. Ella era el fuego de la deshonra y la traición. Ella era la miel que me llevó a una trampa de quemaduras. Ella era la que se merece mi odio por toda la eternidad — El libro de la cera, decimotercera ilustración, párrafo séptimo.

7:1. Aquella mañana Airinn salió hacia tierra santa en busca de respuestas.

7:2. “Es peligroso ir ahora al pozo, profetisa. ¿Acaso no teméis a la carnicera?” preguntó Galila, que la acompañaba con preocupación hacia la puerta del templo.

7:3. “¿Qué clase de seguidora del millón de llamas sería si no soy capaz de ir al lugar más santo? Yo no puedo ser diferente.”

7:4. Esas fueron sus palabras, pero en verdad en su corazón había miedo.

7:5. No por morir sino por desconocer para siempre el secreto sin desvelar.

7:6. En un vestido que mostraba a Alas, el mayor de los seguidores de Vela, salió Airinn del templo con la vela dorada pintada

de nuevo sobre su frente y con cuatro hombres hongo obedientemente dispuestos a morir por ella.

7:7. En la pequeña zona de Dobro se encontraba el pozo y santuario, visitados por todos pero sin permiso para descender.

7:8. Ninguno era merecedor de bajar a sus profundidades. Solo ella.

7:9. El vehículo de los hombres hongo se detuvo junto al pozo de tierra seca. El lugar que siempre estaba abarrotado fue vaciado por órdenes de los monjes superiores, pues su profetisa había llegado tras gigaciclos de ausencia para rendir culto.

7:10. Le recibió la boca de piedra del pozo, apenas diez metros de profundidad que contenían la más grande de las historias.

7:11. Tocando la fría piedra sintió su gran poder. El fondo le estaba llamando.

7:12. Colocaron la escalera de cuerdas para que la profetisa pudiera bajar con cuidadosos pasos mientras los hombres hongo vigilaban.

7:13. La oscuridad le dio la bienvenida.

7:14. Aquella era la tercera vez que bajaba al pozo y las piedras la reconocieron. El seco y rojo suelo era terreno familiar para ella, y la oscuridad se sentía como una vieja amiga.

7:15. Solo en ella podía Airinn recibir la luz de las llamas de su salvador.

7:16. El pozo ya no era el mismo desde que Vela había caído en su interior cincuenta gigaciclos atrás.

7:17. Las piedras de sus paredes antes desnudas habían sido esculpadas por fervientes seguidores para grabar su inmortal historia.

7:18. El suelo estaba seco de aquella agua que sació la sed del tungolgay.

7:19. Pero la historia era la misma que humedecía los corazones secos de verdad.

7:20. Airinn respiró el denso y antiguo aire y tocó cada una de las intrincadas piedras para leer la historia del tungolgay.

7:21. Vio a Vela en el pozo con el millón de llamas como una

espiral de fuego alrededor de su cabeza.

7:22. Vio a la Llave y el Colmillo encontrarse con él como sus primeros compañeros.

7:23. Vio sus trágicas muertes a manos de la Atalaya.

7:24. Vio cómo Vela encontró a su mayor seguidora, las Alas, volando por el firmamento.

7:25. Vio cómo se enfrentó contra sus enemigos en el laberinto de oscuridad y cómo los derrotó gracias a sus compañeros.

7:26. Vio al Guardián encerrar a la Falsa Tungolgay, la Atalaya, atrapándola para siempre en una cárcel de fuego.

7:27. Vio al Príncipe, al Insecto, al Mortero, al Rayo y el Cuerno enfrentarse en la batalla final contra los malvados enemigos de la Cúpula y derrotarles para morir y vivir para siempre como la más grande de las historias.

7:28. Airinn estudió minuciosamente cada dibujo en busca de alguna prueba del ámbar. Pero no encontró nada aparte de piedra y cera.

7:28. Suspiró y se sentó cansada en la seca tierra. Pequeña era la esperanza y grande la posibilidad de decepción.

7:29. Pero la llama de la vela no se extinguía con facilidad en la profetisa. Daba igual lo pequeña que fuese.

- 7:30. Su oración comenzó primero como un susurro. Luego se elevó a una voz, se transformó en un grito y finalmente emergió como un aullido hasta nacer en un éxtasis en búsqueda de lo oculto.
- 7:31. Su voz sonó múltiple con el eco del pozo, asemejándose al millón de llamas hasta convertirse en la hoguera que anhelaba sentir.
- 7:32. Y entonces lo escuchó claramente. Una multitud de voces en una sola orden directa a ella. Un mensaje emergiendo de la Mecha aunque no estuviera conectada a ella. La respuesta a una oración.
- 7:33. “Excava.”
- 7:34. Ciega de obediencia Airinn comenzó a rascar con sus desnudas manos.
- 7:35. Cavó, cavó y cavó, con la tierra y piedra desgarrando su uña y carne. Pero el dolor no le importaba. Las voces debían ser obedecidas.
- 7:36. Sus dolidos dedos entonces tocaron la suavidad de una tela. Extrayéndola del suelo contempló un pañuelo teñido por la roja tierra.
- 7:37. Y con cuidadosos gestos deshizo los nudos, tiñendo aquel trozo de tela con el carmesí de su propia sangre.
- 7:38. El ámbar sonrió a Airinn y cantó la canción de los secretos.
- 7:39. Era igual que como la recordaba de pequeña. Brillante como un sol, con una pequeña muesca oscura en su pulida superficie y con su insecto atrapado por la eternidad en vergonzosa claridad.
- 7:40. Las manos sangrientas le temblaban de excitación y emoción. Airinn abrazó la piedra ámbar. Era una herejía entre sus dedos y una respuesta para su corazón.
- 7:41. Airinn no podía permitirse perder tiempo. Debía volver a la Mecha y conectarse con el ámbar.
- 7:42. Sus respuestas la esperaban, debía regresar de inmediato.
- 7:43. Salió del pozo rápidamente con la reliquia hallada y la guardó con recelo en su bolsillo.
- 7:44. Dio órdenes inmediatas de ir a la capital a los hombres hongo que la escoltaban y ellos no perdieron ni un segundo en obedecer.
- 7:45. Airinn sabía que en Galila podía confiar y compartir su secreto.
- 7:46. El vehículo llegó al templo y Airinn fue corriendo hasta la habitación de Galila, emocionada por contarle el secreto desvelado.
- 7:47. Pero cuando entró y vio el rostro de su amiga, supo que los secretos debían esperar.
- 7:48. “Ella está aquí.”

El amputado (7)

No hay peor oscuridad que la que tenemos en nuestro interior. No hay peor engaño que el que nosotros mismos nos mostramos. No hay peor dolor que el que aceptamos sin luchar — Palabras de Maderaquemada.

Habías sido engañado. Habías dejado que se escaparan dos asesinas.

Llegaste corriendo a Ontrapov, sudando miedo y preocupación por cada uno de tus poros. Llorabas con antelación por las muertes de los que esperabas encontrar en los hogares que primero te habían acogido y luego rechazado.

Pero al llegar al techo que te había dado cobijo, solo te encontraste con el plácido sueño de los niños y las miradas desconcertadas de una madre y su hija.

No llegabas a comprender que aquella anciana de rostro quemado te hubiera engañado y jugado con tu corazón de peregrino. No llegabas a comprender que su lengua era su verdadero cuchillo.

Tu único consuelo era que los habitantes de Ontrapov siguieran con vida. Tu única alegría era que siguieran durmiendo en sus sábanas y no en un charco de sangre.

Preparaste tus escasas pertenencias para coger el siguiente tren de Omnra en busca de la carnicera y su astuta abuela. Si las noticias de visita de la profetisa eran ciertas, irían a la capital de la isla.

Y en tu frenética urgencia te preguntabas hasta dónde llegaría el odio de aquella mujer llamada Jakam. Cuánto más sería capaz de segar en su cosecha de sangre y cuándo se daría por satisfecha.

Te sentaste en el tren y desde la ventana el poblado de Ontrapov te despidió ofreciéndote frutos de su sudor y sangre, pues habían escuchado contra quién te habías enfrentado para protegerles. En sus ojos se veía el arrepentimiento de haberte juzgado y el agradecimiento por tu coraje.

Tus manos ya no podían sujetar más regalos y tu corazón ya no podía aguantar más amor. Pues aunque erais distintos, les habías protegido con tu propia vida. Finalmente, Tuon, habías abierto puertas.

Se acercó finalmente la familia que te acogió. Te hicieron prometer que estarías a salvo y que acabarías con la carnicera para que ningún monje del millón de llamas fuera asesinado de nuevo.

Quisiste jurarles que así sería. Pero no pudiste. Solo asentiste en silencio, esperando encontrar pronto las fuerzas que te permitirían hacer lo correcto.

Las ruedas del tren empezaron a girar y te despediste de todos por la ventana, con la esperanza de que ya ningún peligro volviera a acechar aquel pacífico poblado.

Tus oscuros pensamientos te acompañaron durante todo el trayecto. El rítmico sonido de la madera chocaba contra tu desnudo pecho y con cada latido de culpa te preguntabas qué habría hecho Maderaquemada en tu lugar.

Ella era una luchadora, ella era una guerrera. Jamás escapó de una pelea si aquello ayudaba a salvar a los suyos. Pero si las historias eran ciertas, jamás arrebató una vida. Mostró una inexplicable compasión ante aquellos que quisieron redimirse. Nunca dio la espalda a aquellos que quisieron cambiar. Y a los que no quisieron, les dejó marchar.

¿Era acaso posible aquella compasión en tiempos de Abandono? ¿Acaso quedaba compasión alguna en un mundo de supervivientes?

Aún no sabías la respuesta. Pero pronto la encontrarías.

La capital de Omnra no te dio la bienvenida. Cogiendo tu vara de madera caminaste en búsqueda de la carnicera y su abuela, pero las calles eran largas y los escondites múltiples. Entre toda la multitud de fervientes seguidores era imposible encontrar a nadie.

Aquel lugar era todo lo opuesto a donde habías nacido. Calles de piedra en vez de playas de arena. Asfalto en vez de agua. Una telaraña de calles en la que la gente no dejaba de quedar atrapada. Tú habías nacido en libertad y ahora te encontrabas en prisión de piedra y cera.

Te asustaste al pensar que jamás las encontrarías y temiste que cometerían sus barbaridades sin que pudieras hacer nada para evitarlo.

Pero encontrar a la profetisa Airinn era encontrarlas a ellas. Corriste hacia el centro de la ciudad siguiendo el camino, viendo cada vela iluminarse en expectación de encontrarse con su salvadora. Te estabas acercando. La profetisa estaba todavía en la capital.

Llegaste finalmente al templo, donde te encontraste con una marea de seguidores en sus ruidosas plegarias. Empujaban, saltaban y gritaban en ferviente devoción de ver a la que les había salvado en cuerpo y espíritu.

Pero entre las plegarias se escuchaba también miedo. Temían lo mismo que tú. Las historias de la carnicera ya eran conocidas por toda la isla y entre ellos se respiraba el olor a sangre.

Intentaste atravesar la marea de asustados ekyaten. Pero solo te acabaron empujando de vuelta.

“No intentes cruzar, solo morirás aplastado” te dijo una voz.

Te giraste para ver un robusto chico de piel morena completamente tatuado en su cuello, brazos y piernas. Llevaba una espesa barba negra y un turbante azul le cubría la cabeza. En su espalda colgaba un gran cesto de mimbre.

“¿Qué está ocurriendo?” le preguntaste, sabiendo que no era un seguidor del millón de llamas.

“Han llegado rumores de que la carnicera está aquí esperando a la profetisa Airinn. Dicen que está a punto de salir del templo y toda esta gente ha venido a protegerla y a morir por ella si es necesario.”

Miraste el templo y agarraste la vara hasta tornar blancos tus nudillos.

“¿Quién eres tú?” te preguntó el desconocido.

Pero su pregunta fue disipada pues estabas demasiado concentrado en la búsqueda de Jakam con sus brillantes ojos, afilado cuchillo y olor a muerte.

En verdad aquél, extranjero como tú, te había hecho la pregunta correcta.

¿Quién eras en verdad, Tuon? Me preguntaba yo también con mi fascinación creciendo por cada ciclo que pasaba.

La carnicera (7)

Cuando sea un anciano de dientes descoloridos y piel agrietada, me convertiré con agradecimiento en alimento para esta tierra que tanto amo. Así podré seguir viendo como mi descendencia hereda el lugar donde he volcado mi sangre, mi sudor, mis lágrimas y mi acero — Joman. La canción de la Cima.

Había nacido para heredar la cainna. El poder fue creado para mi, y yo para él. Este era el conocimiento que todos los habitantes de Conoc aprendemos a usar junto con nuestros primeros pasos. La cainna estaba ya imbuida en nuestros huesos por el anochecer y el amanecer. Yo era la última que lo portaría en todo su esplendor y orgullo. Cada respiración y cada inspiración harían florecer el poder en mis venas. La gravedad estaba bajo mi control y cualquier pequeño error sería fatal para mi cuerpo. Pero no tenía miedo. Ya no. Mi abuela me advirtió, pero yo ya no escuchaba, porque sabía que la cainna no me traicionaría y yo no la traicionaría a ella. Éramos un solo ser en nuestra misión de asesinar a Airinn. Mi abuela no debía dudar de mí. Era sangre de mi madre e igual prodigio. Pero ella se había convertido en recuerdo y yo en presente. Yo era lo que quedaba de ellas. Yo era la única que mantendría viva nuestra tierra. Mi cuchillo clamaba batalla y yo se la prometí mientras esperábamos a que la profetisa saliera del templo. Miles de ekyaten esperaban su sucio rostro y yo esperaba a cortárselo. Éramos sombras ocultas en las alturas de sus edificios. Pero los huesos de mi abuela todavía estaban quebrados y su cainna era débil. A la mujer que antes podría haber enterrado hogares enteros con una inhalación le costaba mantenerse suspendida en el aire. Aún a pesar de su dolor, su fortaleza iba más allá de la cainna, yo lo sabía y ella también. Mi mirada atravesaba las puertas del templo esperando encontrar a la mujer que había causado la mayor de las destrucciones de la historia de Ekya. Pero mi abuela no miraba las puertas, me miraba a mí. Y me pregunté en que estaba pensando al mi-

rarme con sus ojos aguamarina. Entonces las puertas se abrieron finalmente y los hombres hongo desfilaron con su vehículo con la profetisa emergiendo de su suciedad en rostro oculto de obvia vergüenza y cobardía. Los seguidores se tiraron hacia ella atraídos por su peste a salvación falsa. Había llegado el momento. Con la paciencia de una forja, esperé a que estuviera a punto de entrar en el vehículo, su momento más vulnerable entre la seguridad y el peligro. Exhalé el aire, volviéndome más liviana, y floté con rapidez hacia ella cayendo como un ave rapaz en letal vuelo. La cainna me abrazaba, pues yo era su auténtica dueña. Elevó la vista mi público y se asustaron por mi presencia. Los hombres hongo alzaron sus armas, pero eran demasiado lentos. Desgarré de un tajo el velo con dibujos de dos grandes alas doradas, atravesando tela, carne y hueso con facilidad. Su cabeza se separó del cuerpo, volando junto a mí durante un pequeño instante de belleza. Y por un momento, pareció que el fuego de mi odio se apagaba. Todo estaba hecho. Pero cuando su cabeza cayó al suelo y el velo fue separado, aquel rostro de mirada complacida no era el de la profetisa Airinn. Había caído en una trampa. Intentaron agarrarme los largos brazos de los hombres hongo en defensa de un cadáver desconocido para mí. Mi cainna me salvó ayudándome a volver a flotar entre una lluvia de proyectiles. Quise huir en el cielo, pero una fuerza me atrajo hacia la multitud, derribando a seguidores del millón de llamas a su paso. Era mi abuela usando la cainna. “Les será más fácil dispararnos en el firmamento, huyamos entre la multitud.” Y así fue, pues los hombres hongo dejaron de atacarnos por miedo de matar a inocentes. Una vez más, mi abuela tenía razón. Nos intentaban detener los adoradores del mal, pero nosotros éramos imparables con la cainna. Yo maldecía entre dientes, odiando que la profetisa nos hubiera engañado de aquella manera, de nuevo mintiendo para salirse con la suya. “¿Quién era la mujer a la que he matado?” pregunté a mi abuela. “Galila, la monje superiora del templo de la convergencia” contestó. Debería haberme sentido feliz con aquella noticia. Era una presa nada despreciable, segunda en importancia después de Airinn. Pero no sentía alegría. En el engaño había ácida satisfacción. Y en el rostro de aquella a la que había asesinado erróneamente, un ascua se había quedado conmigo. Un muro de carne fue construido frente a mí impidiendo mi felicidad. La expresión de satisfacción grabada en su rostro por haber protegido a su profetisa se quedó grabada en mi mente. No podía comprender la felicidad de haberse sacrificado por una mentirosa.

Los polizones (7)

Hablé una vez con una mujer que afirmaba haber visto al hijo del silencio llamado Ira. Le vio durante un instante en la esquina de su hogar, mirando impasible a través de su máscara de cuatro cuernos. Eso fue antes de que su marido la golpeará en la cabeza con una piedra. Jamás volvió a ver a aquel ser. — Safal Gachkt. Sobre el silencio y la locura.

El gusano en el que montaban se movía con parsimonia y pereza, rumbo a la sala de mandos para encontrarse con la profetisa Airinn.

Esperanza jugueteaba con Mentira, pues se había convertido en su compañera de juegos favorita. Iluminación, por su parte, su alimentador favorito. Y Muerte, en donde mejor encontraba su sueño y reposo.

Los tres hijos del silencio permanecían callados en su viaje. Esperanza tampoco formaba palabras, aprendiendo de sus protectores al imitar su silencio y guardándose la génesis en su lengua.

Pero los hijos del silencio no se quejaban por la falta de palabras de Esperanza. Es más, la apreciaban más por ello, pues sus propios testigos, sus herederos, siempre habían sido de pocas palabras.

Las raíces eran profundas, pero las ramas habían sido cortadas.

Los pensamientos de los tres se sincronizaron hasta ir atrás en el tiempo, transportándolos a una época de amores, testigos y errores.

Los hijos del silencio se enamoraban inevitablemente de los ekyaten y lo que habita en sus corazones; sus fortalezas y debilidades; sus lágrimas y sonrisas; sus vidas y sus muertes. Vivían con ellos una existencia tan cercana que no podían evitar compartir algo más que sus silencios.

Y muchas veces compartieron su legado.

Nacieron así los testigos del silencio, que heredarían la máscara y el manto una vez llegara el momento final de exhalar todas las palabras jamás dichas.

Testigos del momento. Abrazos en el silencio.

Siempre les recordarían.

El primero de Muerte se llamó Pequeño. Era frágil de cuerpo pero fuerte cuando contemplaba el último aliento. Creció rápidamente hasta ser más alto que Muerte mismo.

El primero de Iluminación se llamó Luz. Quizás era el nombre obvio pero era el que debía tener. Ningún otro era digno de aquel título.

El primero de Mentira se llamó Piadoso. Quizás porque nació de una mentira piadosa. Quizás porque no quería que le abandonaran. O quizás porque conocía el verdadero valor de una verdad ocultada.

Eran bellos.

Cada uno de un valor incalculable.

Ellos les habían aceptado. Ellos les habían amado entre los silencios que les dieron nombre.

No siempre les podían ver cuando querían. Había sitios en los que estar presentes. Había silencios que presenciar por toda Ekya.

Pero qué grandes eran aquellos instantes en que podían compartir los silencios con ellos.

Eran sus testigos, los herederos de su existencia.

Suyos hasta que el silencio fuera quebrado.

Los tres callaron. Ninguno quería continuar, pero debían. Las historias debían seguir siendo recordadas, especialmente las que cargaban el dolor entre sus pausas.

Luz murió en la guerra de Fol, el rey ascendido. Iluminación le dijo que no luchara, pero él no hizo caso. Fue demasiado para Luz.

Muerte lo sabía, estaba ahí cuando sucedió.

Piadoso murió anciano en su lecho de muerte sin nadie de carne que pudiera coger su mano. Sin nadie que le quisiera como Mentira le había amado. Pereció solo entre sus secretos.

Muerte lo sabía, estaba ahí cuando sucedió.

Pequeño se suicidó. Sufría demasiado por ser consciente del dolor que había a su alrededor. Demasiado consciente de la oculta presencia de su padre.

Muerte estuvo a su lado, sin poder hacer nada para evitarlo. Fue demasiado para él. Fue demasiado para todos.

Les dieron su inmortalidad y una nueva vida. Iban a ser sus herederos. Y cuando llegara el momento de relegar, ellos podrían volver junto al silencio absoluto de la lengua muda y descansar por fin tras cientos de gigaciclos.

Pero todos les acababan abandonando sin aceptar al final el legado de máscara y manto.

¿Cuánto les dolió que se marcharan de su lado?

Demasiado.

¿Acaso dolió menos la segunda vez?

No.

Nada se podía comparar al dolor de perderles. Una y otra vez, una y otra vez.

Pero incluso después de tanto dolor, siguieron apareciendo más testigos del silencio. Aunque no les buscaban, ellos acudían atraídos por su presencia. Atraídos por lo que la vida y la muerte les ofrecía.

Muchos. Pocos. Demasiados.

Todos ellos muertos. Todos sus testigos, muertos. ¿Por qué no aprendían de aquella dura lección?

Porque les amaban demasiado.

Silencio.

Algunos se quedaron en el Abandono. Algunos lucharon junto a ellos contra los colosos.

Con Muerte estaba Sangre, su decimosegundo testigo.

Con Iluminación estaba Radiante, su séptimo testigo.

Con Mentira no hubo nadie.

¿Por qué Muerte no les salvó?

No había tiempo.

¿Ni siquiera para su propio testigo?

No.

Los tres se quedaron contemplando sus profundas memorias tan llenas de dolor y de amargura.

¿Había valido la pena amar y ser amado?

No.

Quizás.

Siempre.

Muerte cogió a Esperanza entre sus brazos. El hijo del silencio sonrió entre la negrura.

La pequeña acarició su máscara.

La profetisa (8)

Tras doce gigaciclos de misión regresé a mi hogar junto a mis compañeros de victorias y derrotas. Pero todas las caras que deberían haberme sido familiares me parecieron desconocidas y distantes. Y al ver el rostro de mi madre, supe que había cambiado demasiado y que para mí ya no había vuelta atrás. Este ya no era mi hogar y nunca más lo volvería a ser — El libro de la cera, decimo segunda ilustración, párrafo primero.

8:1. El montacargas de Torre Profunda subía con Airinn sujetando dos reliquias: la vela y el ámbar que lo había empezado todo.

8:2. En su luminoso material encerraba el secreto de su visión primigenia, del millón de llamas y del mismo Abandono.

8:3. La profetisa tenía miedo. Pero no por ella misma, sino por su amiga Galila.

8:4. Airinn no había estado de acuerdo con su plan de hacerse pasar por ella cuando saliera del templo y así engañar a la carnicera.

8:5. “Debes y tienes que aceptar, Airinn. Este nuevo mundo necesita a su profetisa, ¿pero quién necesita a una monja más como yo?” dijo incondicionalmente Galila.

8:6. “¿Y no necesita este mundo amigos como tú?” le pre-

guntó Airinn con los ojos llenos de lágrimas.

8:7. Las dos amigas se abrazaron una última vez, rezando juntas al millón de llamas para que su despedida no fuera un último suspiro.

8:8. El montacargas llegó finalmente a la sala de mandos tras una eterna espera. Las pesadas compuertas se abrieron y detrás esperaban Neppol y Tere, aliviados de verla con vida.

8:9. “¡Loado sea el Guardián! ¡Está sana y salva, profetisa Airinn!” exclamó Neppol.

8:10. “Hemos escuchado terribles historias de que la carnicera se encontraba en la capital para asesinarla” dijo preocupada su esposa Tere.

8:11. “Estoy viva, pero espero poder decir lo mismo de la mon-

- ja superior Galila” dijo Airinn mientras con su dedo índice formaba una vela en su frente.
- 8:12. “Mantenedme informada de la situación de la capital. Quiero saber si ella está bien y si se ha capturado ya a esa carnicera hija de la Atalaya”.
- 8:13. Tere y Neppol contuvieron un grito de asombro ante las duras palabras de los labios de su profetisa, pues mencionar a la traidora era el más grande de los insultos.
- 8:14. “Pero ahora necesito estar sola y rezar. Que nadie ose molestarme” ordenó Airinn, y sus seguidores asintieron obedientemente.
- 8:15. La Mecha le esperaba.
- 8:16. Cerró la puerta con llave para evitar cualquier desobediente interrupción y vio bajo la tenue luz el apaciguado rostro de la Mecha, aquel rostro divino de ojos cerrados y manos que le daban la bienvenida.
- 8:17. Ella era la cuerda que se dejaba consumir y arder por los demás.
- 8:18. Habían pasado diez gigaciclos desde la visión. Diez gigaciclos de haberse conectado con la piedra ámbar y haber obtenido la visión del Abandono.
- 8:19. Y por ello Airinn tenía miedo al imaginarse qué terrible visión del futuro conseguiría.
- 8:20. Pero tenía que hacerlo.
- Tenía que saber qué le iba a pasar a Omnra, a su pueblo, a su gente, a los únicos supervivientes de Ekya.
- 8:21. Los metálicos labios de la Mecha fueron acariciados de nuevo para abrir su compartimento secreto.
- 8:22. Al colocar el ámbar el metal provocó un tañido, recibiendo con una nota el ansiado retorno.
- 8:23. Dejó Airinn que las manos de la Mecha se posaran sobre sus sienes y lentamente cerró los ojos como incontables veces había hecho antes.
- 8:24. Instantáneamente el torrente de palabras empezó a verterse en su mente. Era la misma sensación de llamas oscilando sin sentido a su alrededor. Airinn se sintió decepcionada.
- 8:25. Pero el flujo cambió y las palabras en su cabeza empezaron a formar frases. Frases que se convirtieron en descripciones. Y descripciones tan complejas que finalmente se transformaron en imágenes.
- 8:26. Igual que aquella primera vez, las palabras se tornaron tan claras y exactas que Airinn sintió su cabeza arder.
- 8:27. Entonces se sumergió en la visión como una piedra en el vasto y perdido océano.
- 8:28. Vio a una mujer de pelo de fuego. Su frente estaba ador-

nada con piedras preciosas que brillaban bajo la luz de las llamas. Era hermosa y mágica. De su cuello colgaba el ámbar.

8:29. Vio a un hombre de pelo negro como el abismo. Vestía ropas rojas que casaban con el pelo de la mujer. Era majestuoso y mágico. De su cuello colgaba la vela.

8:30. Vio a las dos figuras reunidas hablando. Entre ellos vio un amor tan tangible como la vida y la muerte.

8:31. Una flor púrpura era sujetada por las manos de aquella mujer y de aquel hombre. La flor inspiraba amor.

8:32. Carne, rojo, negro, ámbar, vela. El tiempo se sucedió quemando la mente de Airinn en imágenes que no conseguía comprender.

8:33. Vio unas manos ensangrentadas y una mente desquiciada.

8:34. Vio una batalla entre dos poderosos seres de ámbar y de halos.

8:35. Vio tres semillas de cera que se guardaron con sagrado secreto.

8:36. Vio a una mujer encinta llorando entre llamas.

8:37. Vio huesos y carne calcinados entre las ruinas de una bóveda blanca.

8:38. La visión se interrumpió. Airinn se desconectó de la máquina por el abrasivo dolor en

su cabeza. Las manos de la Mecha ardían entre sus sienes y de la nariz de la profetisa manaba un torrente carmesí.

8:39. Y mientras Airinn intentaba detener la sangre, secretos eran revelados en su delirante mente. Respuestas a preguntas que no había planteado, pero que el millón de llamas le había revelado.

8:40. El hombre que portaba la reliquia sagrada de cera era su amado tungolgcay, Vela. El desconocido. El salvador. Su rostro jamás revelado hasta ahora.

8:41. Pero Airinn no entendió quién era la mujer que le acompañaba, aquella en el que el amor era latente. Su nombre no había sido mencionado nunca junto al de Vela.

8:42. Airinn sabía que lo que había recibido no era visión del futuro sino del pasado.

8:43. Aquellas eran historias ya respiradas y exhaladas. Eran historias ya contadas.

8:44. No conseguía comprender la razón de haber recibido aquella visión del millón de llamas.

8:45. El cuerpo de Airinn cedió ante el dolor, el cansancio y el esfuerzo de una visión no deseada. Se derrumbó en el suelo con la sangre todavía fluyendo de su nariz, encharcándola entre sus preguntas y sus miedos. Bañándola en más secretos y dolor.

El amputado (8)

Pensáis que soy dura con vosotros. Y tenéis razón, lo soy. Pero si yo no soy una vara con vosotros, ¿quién lo será? Necesitáis a alguien a quien echar la culpa de vuestros fallos. No os preocupéis. Yo cargaré con ellos y los asumiré. Pues si los cometéis, es porque no he sido lo suficientemente dura con vosotros — Palabras de Maderaquemada.

Los seguidores del millón de llamas estaban poseídos por el caos. Y tú, que estabas en mitad de aquella agitada marea, perseguías a los culpables.

Viste con impotencia como Jakam se cernía sobre la profetisa sin que tus poderes pudieran alcanzarla a tiempo. Viste cómo caía sobre ella y la decapitaba con frialdad y precisión. Y viste entre los gritos de horror como escapaba una vez más.

Corriste hasta el centro donde los seguidores del millón de llamas lloraban por aquella tragedia sin precedentes en la nueva era de Omnira. Airinn había sido asesinada.

Pero unas voces alzaron un nuevo mensaje. Aquella no era la profetisa Airinn, sino Galila, una de las monjas superiores. Y aunque había alivio, el olor a muerte seguía siendo reciente y pronto clamaron justicia hacia el firmamento. Y tú, sintiéndote culpable de aquella muerte de otra inocente, sentiste que estabas fallando completamente tu peregrinaje como amputado.

No debías cometer los mismos errores, Tuon.

Perseguiste la pista de las dos criminales por la ciudad. Se estaban escapando aprovechando el caos en la ciudad y de aquella habilidad que les permitía volar. Cada vez estaban más lejos de tu brazo de madera.

Pero tú sabías hacia donde se dirigían. Ella era cazadora y no presa, y por ello perseguiría su venganza hasta las profundidades de la tierra y el infinito del cielo.

Hacia Torre Profunda te dirigiste con la esperanza de llegar hasta la profetisa Airinn antes que tus enemigos. La gran estructura de metal se alzaba a lo lejos, mostrando el puente entre la isla, las grandes máquinas y la sala de mandos. Mundos tan dependientes el uno del otro como órganos de un mismo cuerpo.

Pero la distancia era demasiado grande y ellas demasiado rápidas. Debías encontrar la manera de llegar antes que la carnicera y su abuela.

Viste entonces que había un puesto de seguridad en las afueras de la capital. Dos hombres hongo montaban guardia al lado de un vehículo. Corriste hacia ellos y te miraron con confundidos ojos dorados, la piel de hongo removiéndose y sus armas cargadas y listas para ser usadas.

“Hombres hongo, necesito llegar hasta Torre Profunda. La vida de la profetisa Airinn está en peligro” les dijiste.

“Eso ya lo sabemos, inmigrante yun” contestó uno de los hombres hongo vestido con un mono de trabajo azul. “Vete de aquí, no te está permitido ir a Torre Profunda sin permiso del alto mando.”

“No tenemos tiempo para discutir ahora, la carnicera puede estar ya de camino hacia la profetisa. ¡Yo puedo protegerla! ¡Debéis dejarme pasar! ¡Soy Tuon, el primer y único amputado yun de Omnra!” gritaste, y tu voz empapada en el miedo te sonó ajena.

Los dos hombres hongo se miraron sorprendidos, pues conocidos eran los amputados entre su gente y toda Ekya. Observaron tu brazo de madera y la vara y se quedaron en silencio mientras hablaban entre ellos con las manos entrelazadas.

Finalmente uno asintió con la cabeza y se dirigió al comunicador del puesto de guardia. Esperaste impaciente, sintiendo que como arena, la vida se filtraba rápidamente entre tus dedos. No podías permitir que volviera a suceder.

“Hay alguien del alto mando que puede hablar contigo en nombre de la profetisa.”

Cogiste el auricular y la voz de una mujer te habló.

“Tuon, es un honor conocerte. Soy Tere, monja superiora y miembro del alto mando de Omnra. Dicen que eres un amputado yun, ¿es cierto?” le preguntó la voz. Y tú contestaste con la simple verdad de quién eras.

“¿Por qué no hemos tenido noticia de que había un amputado en Omnra?” te preguntó.

“Le pido disculpas, monja superiora. Pero como bien debe de saber, los yuns aún estamos intentando adaptarnos a nuestro nuevo entorno. Somos nómadas por excelencia, pero el Abandono ha supuesto un duro golpe para nuestra gente. Hemos querido mantener mi existencia oculta hasta que empezara mi peregrinaje, que ha comenzado pocos ciclos atrás.”

“¿Y por qué quieres hablar con la profetisa Airinn?”

“Su vida corre peligro. La carnicera ha escapado, y yo soy de los pocos que puede luchar contra ella. Por favor, deben dejarme subir. No nos queda tiempo.”

“Tenemos un ejército aquí. No se atreverá a intentarlo.”

“Sí se atreverá. Yo he visto el fulgor en sus ojos y su cuchillo y he sentido la sangre que tiñe sus ropas. Debe dejarme proteger a la profetisa.”

Hubo un silencio en el auricular y temiste que te hubiera colgado por tu falta de respeto. Pero la voz de la mujer llamada Tere volvió a ti.

“Eres bienvenido a la sala de mandos, Tuon el amputado. Espero que tus advertencias sean solo humo pasajero y que nuestras relaciones con los yuns sean más fuertes con tu presencia.”

“Haré lo que esté en mi mano de madera y de carne” contestaste agradecido.

“Te llevarán entonces a Torre Profunda. Que el millón de llamas arda por ti para siempre.”

La voz se cortó y sonreíste un poco más aliviado.

Si la suerte seguía contigo podrías salvar la vida de la profetisa y redimir los errores que habías cometido.

Oh Tuon. Aún te quedaba mucho por andar.

La carnicera (8)

No alabes a la montaña, abrázala. No reces a las piedras, trabájalas. No contemples el metal, transfórmalo. Pues lo que nos da la montaña está vivo, y vida es lo que tenemos que darle a cambio — Joman. La canción de la Cima.

La vida en Conoc nos había preparado para todo: matar, volar, forjar. Pero nunca nos preparó para escondernos, pues solo los débiles evitan la batalla. Por desgracia era necesario para llegar a Torre Profunda, que por fin se alzaba ante nuestros ojos. El remedio a mi humillación, a mi fuego, estaba en la cima de la montaña de metal. Otra montaña a escalar y ya no tendría que esconderme nunca más. Mi abuela permanecía callada, su rostro desfigurado era una máscara imposible de leer. Pero en ella detecté un brillo de preocupación. “¿Estás bien, abuela?” pregunté. “Si” contestó, pero supe ver en sus pequeños ojos la mentira. Si no quería contarme algo yo no se lo sacaría a punta de cuchillo. No había tiempo. El coloso que atravesaba cielo y tierra esperaba ser derribado por mí. Respiramos profundamente llenando nuestros pulmones, y sintiendo la cainna nacer, expulsamos el aliento para sentirnos livianas y desafiar la gravedad artificial de nuestra jaula. Los cuchillos de formas distintas pero mismas hijas del material de Conoc brillaban junto a nuestro aire. Estos eran los últimos cuchillos de Ekya y de nuestro hogar. Nuestros cuerpos tocaron el metal y empezamos a escalar con maestría. No había cima que los habitantes de la nación de los cuchillos no pudieran alcanzar. Mi abuela escalaba frente a mí con su pierna rota sin quejarse. Y el suelo se alejó y el cielo se acercó. Mi venganza estaba cada vez más próxima. Contemplamos desde arriba el último bastión de Ekya y vimos los poblados plagados de ignorantes y la capital cimentada en mentiras. El mar en el horizonte, aunque de apariencia infinita, solo era un efecto óptico creado por los hombres hongo para querer atarnos a la ilusión. Éramos todos prisioneros de la

profetisa y de su abandono. Yo les liberaría. Yo me liberaría. El millón de llamas sería apagado por mi filo. Con reforzada impaciencia mi escalada se hizo más rápida y mi abuela refunfuñó con dolor. El calor del sol artificial sobre nosotros era cada vez más intenso. Mi capa me cubría para evitar la radiación, pero ya pronto no sirvió de nada. El reactor nuclear de setas korin, fuente de luz y calor, nos envolvió en un abrazo insoportable. Nuestras gotas de sudor se evaporaban nada más ser segregadas. El metal abrasaba bajo nuestros pies y manos. Escalar ya no era una opción, la bestia debía ser abierta. Nuestros cuchillos desafiaron el brillo del sol artificial y empezamos a cortar el negro metal de Torre Profunda. Chispas provocadas por metal contra metal volaban a nuestra voluntad. No era rival para nuestros cuchillos de anochecer y amanecer. Doblegándose ante nosotros, la piel de Torre Profunda fue cortada hasta poder adentrarnos en sus entrañas. El frescor alejado del sol nos otorgó alivio. Pequeñas luces de insectos iluminaban el interior del montacargas que se estaba acercando. Nos subimos con la ligereza de una pluma en él y subimos el último tramo en humillante secreto. Ya quedaba menos. Y por curiosidad miré entre las rejillas del suelo el interior del montacargas. Entonces vi al amputado sonriente. Sentí felicidad, pero mi abuela negó con la cabeza. “¿Por qué?” pregunté con un gesto. “Demasiadas peleas innecesarias” me dijo ella con un movimiento de mano, pues en territorio enemigo aquella lucha era solo un capricho. Lo sabía. Pero no me importaba. Aquella montaña había quedado a medias. Y no hay montaña que no se doblegará ante mí. Airinn podía esperar. Sacando mi cuchillo, abrí el techo del montacargas.

Los polizones (8)

En uno de mis interminables estudios encontré el testimonio escrito en el gigaciclo 1263 de un niño que cuando se perdió en el bosque afirmaba haber visto a una figura con un manto de patrón de hojas otoñales y una máscara hecha de madera con un agujero en el centro. El niño creció y siguió describiendo aquella figura simplemente como “Perdido” y acabó dedicándose toda su vida a encontrar niños extraviados en busca de sus familias. Ojalá hubiera podido hablar con él — Safal Gachkt. Sobre el silencio y la locura.

Esperanza balbuceaba palabras sin sentido mientras tiraba de la capa blanca de Muerte, apuntando con sus pequeños dedos a lo que veían sus brillantes ojos del color de la miel.

Los hijos del silencio miraban a través de sus máscaras la puerta que tenían delante. El grabado de una vela adornaba el centro del grueso metal, indicando que al otro lado ya entraban en territorio de los seguidores del millón de llamas, allí donde encontrarían a la profetisa Airinn.

¿Era aquel el camino correcto para los hijos del silencio? ¿Inmiscuirse en las vidas de los ekyaten en tiempos de abandono?

Muerte respiraba lentamente. Las flores carmesíes morían y renacían con cada uno de sus alientos. Su máscara negra permanecía impasible ante la duda de sus hermanos.

No era su naturaleza querer revelarse a los ekyaten. No era su naturaleza quebrar el silencio.

¿Por qué ir en contra de quienes eran? ¿Por qué llegar hasta la profetisa Airinn?

Mentira e Iluminación querían una respuesta de su hermano. Y él solo tuvo que levantar su poderosa mano y señalar a la pequeña.

Por ella.

Por ella se mostrarían y por ella hablarían con la profetisa. Por ella dejarían el silencio para estar en mitad del ruido de aquella era de abandonos.

Esperanza pareció darse cuenta de la mención de su nombre y sonrió a sus tres protectores.

¿Por qué ella?

Podían dejarla frente a aquella puerta y que los ekyaten se encargasen de buscar a sus padres. Ellos no tenían por qué entrometerse.

Pero aunque todas las vidas eran grandes, la de aquella pequeña era algo que llamaba la atención de Muerte.

¿Qué intentaba ocultar a los suyos?

Mentira miró expectante a sus dos hermanos, temiendo que se pusieran a pelear en cualquier momento.

Pero Muerte solo guardó silencio.

No quería compartir su respuesta. Era demasiado dolorosa.

Pero cuando miraba aquellos ojos del color de la miel de esta criatura, Muerte sabía con certeza que tenían que estar junto a ella. Dejarla a su suerte sería abandonarla en un camino de ascuas y ceniza. Debían protegerla como deberían haber protegido a los ekyaten.

Protegerla tal como debería haber protegido a sus hermanos.

Iluminación y Mentira asintieron, sintiendo el dolor de Muerte. De todos sus hermanos, Vida y Muerte siempre habían sido los más poderosos. Los más sabios. Los más misericordiosos. Los más comprensivos. Los más justos. Los más penitentes.

Esperanza pegó un pequeño grito de alegría, pues el gusano en el que estaban montados le hacía cosquillas.

La decisión estaba tomada. Los hijos del silencio marcharían hacia el centro de la espiral para descubrir los secretos que escondía en su centro.

La máscara de Iluminación empezó a formar complejos patrones circulares de arena de vivos colores.

El velo de Mentira flotaba entre sus risas y llantos.

Una muerte, una iluminación y una mentira eran los polizones que el Abandono había creado.

Muerte cogió en brazos a Esperanza cuyos ojos marrones brillaron como el ámbar bajo el sol. La niña se agitó contenta queriendo jugar con su protector de máscara de calavera negra.

Con su brazo libre Muerte cogió la mano a Iluminación y él la de Mentira. Los tres formaron una cadena de túnica, máscara y determinación.

Apretaron el centro de la vela y ésta se fue desplegando en circulares movimientos espirales para permitirles cruzar.

Los tres parecieron dudar durante un instante. Pero cuando Muerte dio el primer paso, Mentira e Iluminación le siguieron.

Ya no había vuelta atrás.

La profetisa (9)

Sabiendo que la batalla final era inminente, entrené a mis compañeros hasta que sangraron por cada poro de su cuerpo. Les enseñé despiadadamente porque sabía que lo que estaba a punto de acontecer iba a ser una gran prueba para ellos. Pero no les preparé lo suficiente y por ello siento una gran angustia. Ha sido todo mi culpa — El libro de la cera, decimoquinta ilustración, párrafo noveno.

9:1. Vio Airinn su propio charco de sangre y creyó que la muerte le había llegado finalmente.

9:2. Pero sintiendo sus dedos húmedos y templados supo que el millón de llamas aún requería de sus servicios.

9:3. La cabeza le ardía con la visión quemada en su mente a fuego vivo. El ámbar había hablado por segunda vez. Y en comparación con su infantil primera experiencia, aquella había sido una visión más dolorosa.

9:4. Ya no era Airinn la misma ekyaten que había recibido la primera visión. El tiempo había vuelto su pelo blanco y quebrantado su espíritu en inseguridad.

9:5. Ya no era la misma ekyaten y por ello la visión no podía ser recibida con las mismas manos inocentes.

9:6. El dolor todavía era reciente en su mente y pecho. La imagen de los amantes y de las llamas en aquella bóveda era tan clara como el lucero del alba.

9:7. Sintióse rechazada por la misma reliquia que le había dado la visión del Abandono, Airinn limpió la sangre seca de su cuerpo y se levantó.

9:8. Con certidumbre sabía que si volvía a usar la piedra ámbar para escuchar el millón de llamas moriría irremediamente.

9:9. Dos veces había sido usada. Una vez más y su vela se apagaría.

9:10. Se quitó para limpiar el vestido sucio de sangre, una pieza con grabados de la última gran batalla santa en la Cúpula, símbolo de la victoria final del tungolcay Vela.

9:11. Los intrincados dibujos cosidos mostraban a los compañeros de Vela de pie frente a la sagrada estructura, una grandiosa bóveda blanca en la que dentro moraba el desconocido peligro que habría acabado con Ekya cincuenta gigaciclos atrás. Y alrededor del tungolgcay, postrados ante él, estaban sus compañeros: las Alas, el Príncipe, la Tormenta y el Guardián.

9:12. Miró con devoción el vestido manchado y a aquel grupo que salvó Ekya sin que nadie lo supiera. Sacrificados sin esperar recompensa ni reconocimiento.

9:13. Aquel acto tan lleno de amor alivió un poco su turbio corazón de visiones de muerte.

9:14. Una nueva determinación nació en ella. Si ellos habían conseguido sacrificarse en silencio, Airinn también podría.

9:15. Si eso significaba su muerte, que así fuera. Pues está escrito que no hay vida sin sacrificio.

9:16. Caminó hacia la Mecha, aún caliente por el mensaje transmitido, y abrió el compartimento para retirar el ámbar.

9:17. Era un objeto de gran belleza cuya pequeña muesca parecía encajar con su propia uña. Era una joya bañada en antigua miel, y dentro de ella, el insecto inmortalizado por la eternidad se

escondía avergonzado.

9:18. Airinn cogió la primera reliquia, la vela, y la puso al lado del ámbar.

9:19. Eran dos caras de una misma moneda, dos objetos que compartían un vínculo. Airinn deseó conocer cuál era el secreto que encerraban y escuchar la canción que se negaban a compartir.

9:20. La habitación se vio de repente bañada en una luz roja. Las sirenas de alarma aullaron por toda la estancia, asustándola por la repentina señal de peligro. La voz de Neppol preguntó por ella al otro lado de la puerta con grave urgencia en su voz.

9:21. “¡Loado sea Vela! ¡Estáis viva! Grande era nuestra preocupación al no recibir respuesta. Profetisa Airinn, la carnicera ha conseguido infiltrarse en Torre Profunda. Os rogamos que nos perdonéis, no hemos sido lo suficientemente cautos” se disculpó efusivamente Neppol, cuya voz temblaba tanto por miedo a la carnicera y a la posible furia de su profetisa por interrumpirla.

9:22. El corazón de Airinn se detuvo. Las palabras de su súbdito llevaban un mensaje que ella supo interpretar demasiado rápido.

9:23. Si la carnicera había llegado hasta allí, significaba que su amiga Galila había sido victoriosa y Airinn derrotada.

- 9:24. Airinn sintió un gran cansancio caer sobre ella. Su pecho se estremeció mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.
- 9:25. La amenaza de la carnícera estaba a sus puertas dispuesta a arrebatarle su vida tal como había arrebataado la de su amiga Galila.
- 9:26. Estaba cansada. Muy cansada. Y qué fácil habría sido rendirse y dejar que todo desapareciera y que la visión del ámbar le arrancara la vida y le sumergiera para siempre en las incontables llamas de la Mecha, haciendo desaparecer el dolor, el cansancio y el peso.
- 9:27. Pero Airinn no se doblegaría.
- 9:28. Personas inocentes estaban muriendo a manos de aquel monstruo. Y su amiga Galila era la última víctima añadida.
- 9:30. Airinn no descansaría. Demandaba justicia y ella misma la conseguiría. Todavía no le había llegado la muerte.
- 9:31. La venganza llamó a la puerta del corazón de Airinn. Su pecho ardía en incontenible ira.
- 9:32. “Llamad a todos los hombres hongos disponibles. Un pelotón protegerá mi puerta y otros dos pelotones se encargarán de localizar e inutilizar a la carnícera. Solo dos personas morirán hoy en Omnra, y serán la carnícera y esa anciana que la escolta” dijo Airinn despertando obediencia absoluta en Neppol.
- 9:33. Era la primera vez que Airinn mandaba una orden de arrebatar una vida, pues era su sagrada misión la de salvar y no abandonar.
- 9:34. Sus piernas le temblaban por las terribles palabras que habían salido de su boca, pero era la vida de la carnícera y de la anciana frente a la de los habitantes de Omnra.
- 9:35. No podía permitirse morir, no ahora que por fin había hallado el ámbar. No ahora que había obtenido una nueva visión, quizás la última y verdadera en mucho tiempo.
- 9:36. La profetisa de pelo blanco y espíritu quebrado fue a su armario y del fondo sacó un maletín de piel roja y dorada con una doble vela adornando la superficie, formando un patrón sagrado en espiral.
- 9:37. Abrió las plateadas hebillas del maletín y sacó dos pistolas de mano de setas korin, dos armas creadas por los hombres hongo a su medida y voluntad.
- 9:38. Amigos y enemigos habían surgido desde que comenzó a ser profetisa. Eran herramientas por desgracia necesarias en los tiempos del Abandono.

9:39. Airinn activó sus armas y un sonido de ebullición rugió en su interior. Las setas korin ya estaban cargadas con la potente y mortal energía.

9:40. La fuente que permitía a Omnra vivir era la misma con que podía arrancar vidas con demasiada facilidad.

9:41. La profetisa deseó en secreto y vergonzoso silencio que

los hombres hongo no pudieran detener a la carnicera. Deseó que la asesina irrumpiera en sus puertas y que le pudiera atravesar el pecho y explotárselo con un solo disparo de sus pistolas.

9:42. Y con ese venenoso deseo de venganza esperó a que la carnicera llegara a sus aposentos, cuyo suelo todavía estaba manchado con su propia sangre.

El amputado (9)

Si en tu peregrinaje no encuentras piedras con las que tropezar o espinas por las que sangrar, es señal que en mala dirección estás caminando. Pues un viaje sin dolor no conduce a ningún destino que valga la pena alcanzar — Palabras de Maderaquemada.

Creíste por un momento que todo iba a salir bien una vez dentro del montacargas. Que nadie más moriría bajo tu protección, que la profetisa viviría y la carnicera sería atrapada.

Por un momento lo creíste, porque desde siempre has querido mantener la esperanza. ¿Pero de que te servía creer ante lo inevitable? No podías escapar de las guerras en las que estabas destinado a luchar, a ganar y a perder.

Un hombre hongo cayó pesadamente al suelo a tu lado con sus dos carnes distintas cortadas limpiamente en un reguero de sangre.

La carnicera estaba allí, pero tus ojos no conseguían encontrarla.

Y viendo una oquedad en el negro metal de Torre Profunda, advertiste en gritos al otro hombre hongo. Él disparó sin piedad atravesando y quemando el sólido metal, esperando oír gritos de dolor.

Pero no escuchó nada.

Agarrabas con fuerza tu vara, preparado para enfrentarte de nuevo contra la carnicera y contra ti mismo.

El segundo hombre hongo cayó al suelo desangrándose en agonía. No podíais hacer nada contra tu invisible enemigo en aquel espacio tan cerrado.

Estabas solo. Y yo solo podía verte en la lejanía de la tierra de los muertos.

Las luces del montacargas se rompieron en mil pedazos. Te quedaste sumergido en la oscuridad, respirando para canalizar tu aura y protegerte con la tenue y cálida luz amarilla.

La carnicera jugaba contigo en las sombras. Tanteaba con la expectación de la muerte y con el miedo al filo para que la angustia se fuera apoderando de ti y te infligiera la herida más básica en la batalla.

Tu corazón jugó en tu contra. Pensando haber encontrado a Jakam, atacaste con la vara al punto brillante que habías visto en la oscuridad del montacargas. Pero al chocar la madera contra el cristal esparcido, supiste que habías cometido un grave error.

Fue el aura de amputado lo que salvó tu cuello. Al notar la irrupción del afilado cuchillo de Jakam en tu aura, esquivaste el golpe por el hilo más fino. Gotas cálidas bajaron por tu gélida espalda.

Ambos os visteis los rostros. Tus ojos eran piedras en un pozo, los de ella eran puro cielo azul entre la oscuridad.

Esperando sentir violencia y deseos de venganza al encontrarte de nuevo con Jakam, en su lugar te encontraste con lo primero que sentiste cuando la viste en Ontrapov herida.

Compasión.

Y aunque sabías que debías matar a la carnicera, no pudiste evitar aquella inexplicable compasión hacia ella. ¿Era acaso Maderaquemada quien te hablaba en sueños de día? ¿O era mi propia voz la que te llegaba en sueños de muerte?

Pero la carnicera no veía esos ojos llenos de compasión. Solo veía a su presa. Se abalanzó sobre ti con su cuchillo de bestia alimentada por un odio demasiado intenso para domarlo. En cada uno de sus golpes solo había deseos de arrancarte la vida de carne y madera.

Apenas podías esquivar sus mortales golpes. Ella era mucho más fuerte, más rápida, más letal. Intentaste usar tu aura para aprisionar a la carnicera tal como habías hecho con anterioridad, pero al arroparla con la luz amarilla sentiste que su cuerpo pesaba como una montaña, impidiendo moverla bajo tus órdenes. Tú, amputado, sentiste la flor del miedo renacer en tu pecho.

La carnicera fue caminando con lentitud hacia ti con cada paso produciendo un estruendo de chirridos en el montacargas por aquel terrible peso. Sus ojos fulguraban en una lluvia de luces aguamarina mientras intentabas desesperadamente detenerla.

El cuchillo de Jakam ya estaba a tu alcance. Temblabas de miedo frente a ella como un niño se encoge ante una bestia. Agarrabas con miedo la vara con ambas manos dispuesto a luchar, aunque en el fondo supieras que ya no quedaba nada más por intentar.

La carnicera, que quería divertirse con su víctima y recrearse en la venganza de su última batalla, no quiso matarte de un solo golpe. Deseaba despedazarte trozo por trozo, carne por carne, madera por madera, hasta que de ti no quedara nada por lo que llorar.

Oh Tuon, cuan grande era mi miedo y a la vez tan vergonzosa era mi felicidad por poder verte de nuevo.

Pero aunque mi congoja era grande, sabía que todavía no era el momento.

Formó la carnicera un arco con su brazo y te rajó de hombro a cadera, cortando tu oscura carne y revelando vivos colores de rojos y blancos de órganos y grasa.

Te derrumbaste al suelo agarrando tu profunda herida y sentiste morir una segunda vez. Qué asustado y tranquilo estabas. Pues aquel peregrinaje ya lo habías caminado antes.

Y no querías repetirlo. Tu vida gritaba por ti, por salvarte y mantenerte con vida.

Obedeciste a la vida.

Quando el cuchillo de la Carnicera estuvo a punto de alcanzarte por segunda vez, abriste la base del montacargas con tu aura y te dejaste caer en el oscuro vacío de Torre Profunda.

Esperaste ver a Jakam caer contigo. Pero ante tus ojos, viste como ella flotaba como una pluma mientras tú te alejabas más de ella y de su filo.

Tu cuerpo fue tragado por la garganta de Torre Profunda. El aire te abrazaba como si te estuviera dando un último adiós antes de que alcanzara su mortal destino contra el suelo.

Pero la vida grita a aquellos que todavía tienen cosas que hacer en este mundo. Y aunque habría sido fácil para ti morir, la fuerza de este mundo te empujaba a seguir adelante.

Yo también te empujaba a seguir viviendo. Porque aunque quería verte, también tenía la insaciable curiosidad de conocer hasta dónde serías capaz de llegar. Deseaba que vivieras todavía un poco más.

Cerraste tus ojos negros para concentrarte, dejando que tu aura te envolviera de nuevo para elevarte como un rey en el aire. Concentrándote con colosal esfuerzo, cerraste la herida de tu pecho, cosiéndola con hilos amarillos de aura para evitar la puerta a la muerte.

El aura te honró y se sometió ante ti, pues tu fuerza era digna de admiración y de ser salvada.

Eras grande entre los grandes, aunque eso tú todavía no lo pudieras reconocer.

Posaste tu mano de madera sobre la herida que cada vez sangraba menos, y diste las gracias a Maderaquemada.

¿Era acaso la compasión lo que te había salvado?

Pronto encontrarías la respuesta.

Tu peregrinaje continuaba.

La carnicera (9)

¿Cuánto tiempo más estarás lejos de nuestra tierra? ¿Cuánto tiempo más seguirás alejándote? ¿Hasta cuándo estarás dispuesta a rechazar a tu gente? ¿Cuándo volverás, oh, hija mía? — Joman. La canción de la Cima.

Habría querido jugar más con el amputado, pero fue decisión suya terminar la batalla. Me sentía más libre ahora que el brazo de madera había desaparecido. Respirando la cainna, seguí flotando hacia arriba, pues mi siguiente presa aún me esperaba. En lo alto de Torre Profunda ya se encontraba mi abuela, su pierna sangrando por el esfuerzo pero su rostro inmutable sin mostrar ningún signo de debilidad. Ella me miró con desaprobación. La ignoré. Volvimos a cortar metal con nuestros cuchillos para adentrarnos en la sala de mandos. Ya no había lugar en el que esconderse. Corrimos entre sus pasillos de madera y metal buscando a la profetisa, cortando la carne que fuera necesaria para llegar hasta ella. Los hombres hongo no eran rival para nosotras. Y finalmente mi fuego me llevó a la puerta pintada con cera dorada. “Es aquí” dije. “¿Cómo lo sabes?” preguntó con curiosidad mi abuela. “El odio es el fuego que mejor muestra el camino.” Y ella asintió sin mirarme. Entonces su mano se posó sobre la mía que todavía sujetaba el cuchillo. Y su boca se abrió, pero ninguna palabra fue transmitida. “¿Qué ocurre, abuela?” pregunté, sin entender sus intenciones. Pero ella volvió a cerrar su quemada boca, y simplemente negó con la cabeza. Lo que tenía que decir pesaba demasiado para ser pronunciado. Me dejó marchar dentro de los aposentos de la profetisa mientras vi su mirada perdida en algún lugar donde no podía acceder. Respirando hondo dejé que la cainna llenara mis pulmones y me volviera imparable. Corté la puerta que me separaba de la profetisa y entré con la resolución de acabar para siempre con todas sus mentiras. Pero lo que me recibió fue una ráfaga de balas que fueron desviadas por mi poder. La profetisa disparaba contra mí con sus dos pistolas de setas korin

con expresión de odio. Era perfecto. Por fin una presa que no se asustaba de mí y que buscaba el conflicto directo. Mi venganza sería así más satisfactoria. La profetisa se movía con agilidad por su habitación, disparando sin un momento de pausa y de duda a pesar de que sus balas no me alcanzaran. Su trabajo era creer en lo imposible. Mi pecho ardía con el aire, se doblaba el suelo ante mis pisadas, el aire a mi alrededor se distorsionaba y mi cuchillo ya no podía esperar más. La profetisa seguía disparando ante mi imparable marcha. Una vez, dos, tres, cinco, ocho. Una tras otra, siempre en la misma dirección. Me reí de su vano intento. Entonces mi instinto me reveló el patrón que seguía la profetisa. Pero cuando me di cuenta de que había debilitado una sola zona de mi cainna ya era demasiado tarde. A la decimosexta bala me alcanzó en un costado, dejándome la piel negra y en agonía. Estaba furiosa por su osadía y por haberla subestimado. Dejé salir el aire de mis pulmones y me convertí en una estela y tormenta de metal. La profetisa seguía disparándome, y para mi rabia, fui alcanzada de nuevo dos veces. Pero mi dolor sería su dolor. Me lancé contra ella con todo mi peso multiplicado y la alcancé de una patada en su rostro para derribarla en el suelo. La pistola de su mano derecha voló hacia el otro lado de la habitación y la segunda fue cortada limpiamente por mi cuchillo. Desarmada, la profetisa yacía en el suelo con un labio roto, aún con ganas de luchar. Ya casi podía oler la muerte en el aire. Ella estaba a mi merced. Y por primera vez, nos vimos frente a frente, en la calma antes del final. Y pensé sin poder evitarlo que era más joven de lo que esperaba. Y por su mirada, ella pareció pensar igual que yo. Esperé ver debilidad en ella y que me suplicara vivir. Esperé que me diera una estúpida justificación por sus pecados. Esperé que rezara a su millón de llamas y poder rebanarle su fino cuello para matar la esperanza de su religión en una oración muda. Pero en los profundos ojos de ella, no vi nada de lo que esperaba. Solo vi desafío. “¿Por qué me miras así?” preguntó Jakam. “Porque no sabes lo que estás haciendo. Matándome a mí matarás al resto de Omnra y los pocos que quedamos de Ekya. Se te conocerá para siempre como la carnicera de la vida. ¿Es eso lo que deseas?” me preguntó la profetisa. Yo me reí ante sus palabras. “Aún vivirán muchos cuando tú mueras. Vivirán mejor sin tu yugo sobre ellos. No eres una salvadora, eres la muerte personificada, el peor cuchillo que se ha cernido sobre todos nosotros.” Y entonces fue Airinn la que sonrió. “¿Por qué sonríes?” “Porque por primera vez en mucho

tiempo alguien se atreve a decirme la afilada verdad. Tienes razón, no soy una profetisa ni salvadora, pues no pude salvar a toso los ekyaten. El hecho de que estés aquí delante de mí lo demuestra así. He obrado erróneamente y solo hace poco he entendido que todavía me queda mucho por enmendar en Omnra. Pero si me matas jamás podré redimirme. ¿No me dejarás la oportunidad de poder sanar las heridas de todos vosotros, incluidas las tuyas?” Aquellas palabras solo me enfurecieron más. La misma profetisa que había lavado el cerebro a mi gente, estaba frente a mí, intentando pedir perdón y conseguir una segunda oportunidad con un cuchillo en el cuello. En mi mente de forja no había lugar para el perdón y la redención. Pero una semilla había sido insertada en mí, y me pregunté por primera vez si debía perdonarla. La forja ardía demasiado. La respuesta era “no.” Era demasiado tarde para mi gente de la nación de los cuchillos, para mi familia masacrada y para mí misma. No había lugar para el perdón en mi cuchillo. Bajé el brazo y dejé que el filo pronunciara la última palabra que no pude escuchar. Entonces, una puerta se abrió.

Los polizones (9)

Los hijos del silencio existen y están entre nosotros, observándonos y presenciando nuestro dolor y felicidad en el más secreto de los silencios. Pero creedme cuando os digo que también llegan momentos cuando quieren actuar. ¿Me creeréis entonces, estúpidos ignorantes, cuando les veáis con vuestros propios ojos, portando sus máscaras y mantos de silencio? — Safal Gachkt. Sobre el silencio y la locura.

La pequeña luchaba entre los brazos de Muerte intentando comunicarse con ellos. Era la primera vez que veían a Esperanza en aquel frenético estado.

Tras los constantes golpes en su máscara de calavera negra, Muerte se rindió finalmente y dejó a Esperanza en el suelo.

Entonces, comenzó a andar.

Y los hijos del silencio se maravillaron.

Los tres siguieron a Esperanza, curiosos de ver hacia donde les llevaban esos pasos rápidos y urgentes.

El suelo donde caminaban empezó a temblar. Mentira intentó coger a Esperanza para protegerla, pero ella siguió adelante con sus pequeños pies.

Llegaron entonces a una puerta cortada por la mitad con el símbolo de la vela dorada partido en dos. El dedo de Esperanza señaló a su interior con sus ojos de miel brillando en urgente desesperación.

Un nuevo terremoto agitó toda la sala de mandos y Esperanza gritó con sus ojos llenos de lágrimas.

Los hijos del silencio supieron que algo terrible estaba a punto de suceder.

Iluminación agarró su lanza de luz con ambas manos y atravesó los escombros en cegadora luz para que sus hermanos y la niña pudieran pasar.

Al otro lado de la puerta se encontraron un campo de batalla.

Toda la habitación estaba destruida. Había multitud de agujeros negruzcos de balas de energía, el suelo estaba fracturado y hundido y ríos de sangre corrían por el suelo hasta llegar a dos figuras. Una de pie y la otra tumbada.

La que estaba de pie llevaba un sombrero de ala ancha y una cascada de pelo rubio le caía hasta la mitad de la espalda. Ojos aguamarina brillaban como dos piedras preciosas y en su mano un cuchillo de filo ancho bajaba rápidamente hacia la figura del suelo.

Y la que estaba tumbada llevaba un vestido de intrincados bordados manchado con gotas carmesíes por la herida de su labio. Su pelo blanco y puro, ahora revuelto por la batalla, le caía hacia atrás para revelar en su frente un símbolo dorado de una vela. Era la profetisa Airinn.

En el ardor de la batalla, el cuchillo se detuvo en el aire mientras los hijos del silencio debatían, pues su mundo interior se movía con más lentitud que el de los ekyaten.

Iluminación y Mentira dudaron de si debían intervenir. Antes habían tomado la decisión de hablar con la profetisa y buscar ayuda para Esperanza, pero aquello era algo distinto.

Las decisiones de los ekyaten eran suyas propias. Si ellos decidían amar les dejaban amar, si querían odiar les dejaban odiar y si querían matar les dejaban matar. Ellos no juzgaban. Solo presenciaban.

Iluminación y Mentira decidieron no intervenir. Así había sido desde el principio en que nacieron en el seno del silencio absoluto y así debía de ser siempre.

Pero Muerte no estaba de acuerdo.

Sin esperar a hablar con sus hermanos sobre su decisión, desenvainó una espada negra de entre su manto blanco y rojo y se abalanzó sobre la asesina.

Iluminación y Mentira quisieron detenerle. Pero sabían que Muerte era imparable. Él era el más fuerte y feroz. Él era el silencio inevitable.

Blandiendo la espada de filo negro, Muerte sesgó el brazo derecho de la mujer que portaba el cuchillo.

Los ojos de la asesina, antes imbuidos en un intenso color aguamarina, se fueron cerrando en sorprendido dolor. El cuchillo se cayó al suelo pesadamente junto a su brazo. La profetisa no podía entender lo que sus ojos acababan de presenciar.

Muerte no pensó en las consecuencias que tendría aquel acto. Pero para él ya no importaba, pues demasiado tiempo se había quedado contemplando impasible las injustas desgracias de los ekyaten.

Demasiadas veces había dejado escapar la vida entre su manto y máscara.

Ahora él estaba solo.

Salvando a la pequeña ya se había entrometido entre la vida y la muerte. Y no se arrepentía de ello.

Esperanza contemplaba lo divino.

Solo más tarde los hijos del silencio entenderían lo sagrado de aquel instante de dolor y metal. Y que en contra de toda lógica de su existencia y de sus longevas esencias, Muerte había hecho lo correcto.

Solo después de mucho dolor y llantos lo pudieron entender.

Esperanza rompió a llorar, y sus lágrimas fueron pétalos cristalinos que abrieron una nueva era.

La profetisa (10)

Cuando conocí a la que llamamos la Atalaya, al contrario de lo que muchos creéis, no fue repugnancia lo primero que sentí. Cuando vi su pelo rojo como las llamas del amanecer sentí que quizás algún ciclo tendría que apagarlas para salvarla de su autodestrucción. Pero ella no aceptó mi salvación y eligió el erróneo camino de interponerse contra mí. Gran y eterno error — El libro de la cera, ilustración desconocida, párrafo desconocido.

- 10:1. Vio Airinn un rayo negro que cortó el brazo de la carnicera sesgándolo hasta el codo. La sangre fue manando de la amputada extremidad, manchando la cara de la profetisa con la vida de su enemiga.
- 10:2. Su mente estaba perdida en una tormenta de confusión y de pánico.
- 10:3. La carnicera se arrodilló gritando de dolor, agarrando su brazo en un intento de parar el manantial de sangre. Su cara se retorció por el dolor de la pérdida, y sin poder detener la hemorragia, se derrumbó al suelo para morir lentamente.
- 10:4. Airinn apartó la vista de la carnicera, pues odiaba presenciar el dolor ajeno.
- 10:5. Pero al evitar el rostro de la muerte se encontró en su lugar con una figura en manto blanco con un patrón de gotas rojas bordadas y una máscara tan negra como la espada que portaba en su mano derecha.
- 10:6. En las cuencas de aquella máscara de tinieblas dos flores florecían y se marchitaban ininterrumpidamente.
- 10:7. “¿Quién eres?” preguntó la profetisa a la extraña figura.
- 10:8. (Soy el silencio que presencia la pérdida. El que os despide y acompaña. El que sufre y goza con vosotros. Soy un hijo del silencio, absoluto es mi padre. Soy Muerte) dijo la inexistente voz de la misteriosa figura.
- 10:9. Sus palabras no estaban hechas de sonido, sino de un quietud que cubría cada rincón del angustiado espíritu de Airinn.

10:10. La profetisa había oído hablar de los hijos del silencio. Criaturas que habían nacido a la par que los ekyaten, pero tan misteriosos y desconocidos como el nombre del hermano perdido de Ekya.

10:11. Muchos afirmaban haberlos presenciado a lo largo de la historia, pero al final solo eran sombras en una noche sin luna.

10:12. Solo los desesperados y los locos como el poeta Safal Gachkt habían intentado encontrar a los hijos del silencio en su refugio mudo.

10:13. Y con Muerte frente a ella, las preguntas se apilaban en su mente.

10:14. “¿Por qué estás aquí en Omnra?” preguntó la profetisa. Pero en lugar de recibir su contestación, recibió otras dos figuras de máscara y manto en sus aposentos.

10:15. Una de ellas era alta con una máscara de rostro sereno hecha de arena cambiante y multicolor. Portaba un manto púrpura con círculos dorados y su mano agarraba una lanza larga que despedía una tenue luz incandescente.

10:16. La otra figura era de baja estatura con un velo rosa cubriéndole el rostro y un manto de triángulos verdes, fucsias y azules. Sus manos, cubiertas del mismo material que el manto, abrazaban

a una niña pequeña.

10:17. Y la niña le miraba fijamente con ojos del color de la miel. Del color del ámbar. Del color de lo sagrado.

10:18. Y durante un delicado momento, Airinn sintió que conocía a la desconocida y que ambas compartían un destino de gran cambio y revolución aun no cantada en el firmamento.

10:19. No podía negar lo que su espíritu le cantaba.

10:20. Los otros dos hijos del silencio llegaron hasta ella.

10:21. (Soy el silencio que presencia el entendimiento. El que os guía y corrobora. El que enseña y aprende con vosotros. Soy un hijo del silencio, absoluto es mi padre. Soy Iluminación).

10:22. (Soy el silencio que presencia lo oculto. El que os sonrío y mira hacia otro lado. El que crea e hila con vosotros. Soy una hija del silencio, absoluto es mi padre. Soy Mentira).

10:23. La niña de ojos de miel luchaba por desprenderse de los brazos de sus protectores y caminar entre las ruinas de los aposentos de la profetisa.

10:24. Airinn miró incrédula y maravillada a las tres figuras de manto y máscara que eran fuente de historias y rumores. Respiró hondo e intentó mantener la compostura. Era al fin y al cabo, el ros-

tro público de los últimos ekyaten.

10:25. “Soy Airinn, profetisa del millón de llamas, salvadora de Omnra, pero ante todo súbdita del tungolgay Vela. Me honráis con vuestra presencia, pero mis preguntas han de ser respondidas. ¿Por qué me habéis salvado? ¿Por qué revelaros ahora, después de tanto tiempo y después del Abandono?”

10:26. Los tres hijos del silencio no contestaron con palabras mudas. En su lugar dejaron que la niña fuera caminando hasta la confundida Airinn, la cual abrazó instintivamente a la profetisa con una sonrisa dibujada en sus labios.

10:27. (Encontramos a esta niña en la sala de máquinas el mismo día del Abandono. Ha vivido con nosotros desde entonces, pero sabemos que debe volver con sus padres y con los suyos. Por eso hemos acudido a ti para que nos ayudes en esta difícil tarea. Al desconocer su nombre la llamamos como una de los nuestros: Esperanza), dijo Iluminación.

10:28. Airinn se quedó pensando en las palabras del hijo del silencio mientras miraba a la niña de nombre brillante. Los ojos de miel se encontraron con los de azabache. El amanecer con el anochecer.

10:29. “Pero no es solo por eso por lo que me habéis salvado. Siempre he escuchado que en vuestra naturaleza no está el in-

tervenir entre la vida y la muerte. ¿Por qué entonces ella sangra y yo respiro?” preguntó Airinn.

10:30. Esta vez fue Muerte quien habló. Los otros dos hijos del silencio, también interesados en saber la respuesta de su hermano, esperaron su contestación.

10:31. (Ha llegado el momento de que los hijos del silencio ayuden a los ekyaten. Muchas vidas se han perdido por la tragedia. No podemos permitirnos perder más. No podemos seguir manteniéndonos ocultos. No podemos seguir alimentando más abandonos) dijo con una profunda voz escondida que llenó la habitación.

10:32. (Los habitantes de Omnra aún no están a salvo. Muchos peligros van a acontecerle a esta nave espacial y a su pequeña isla. Pero esto tú ya lo sabías, ¿no es así?) preguntó Mentira dejando escapar una juguetona risa.

10:33. Airinn pensó en las dos reliquias halladas y en las canciones que escondían.

10:34. Ella tenía razón, aquellos secretos tiempo atrás ocultados solo traerían más conflicto y discordia a Omnra.

10:35. Entraron entonces en la habitación un joven yun de vara y brazo de madera y una anciana con un cuchillo en la mano y ojos aguamarina sumergidos en lágrimas.

El amputado (10)

Preguntarte a ti mismo si estás haciendo lo incorrecto no es el camino de los yuns y tampoco es el camino de los amputados. Pero preguntarte si estás haciendo lo correcto, ¡ah!, entonces ya estás empezando a hacer las preguntas que más importan — Palabras de Maderaquemada.

Conseguiste tras mucho esfuerzo cerrar la herida de tu pecho con los hilos amarillos de tu aura. Tu cuerpo pedía descanso, pero aún no se lo podías dar. Aún no.

Usando la vara como apoyo caminaste lo más rápido que pudiste en dirección allá donde la profetisa se encontrara. Poco era el tiempo que quedaba.

En tu agonizante marcha te encontraste con los hombres hongo que se movilizaban en la sala de mandos como un enjambre en busca de Jakam y su abuela. Les preguntaste dónde estaba la carnicera, pero ellos te ignoraron con miradas doradas de angustia. Tuviste que buscar tú solo los aposentos de Airinn.

Y cuando por fin encontraste la puerta, una anciana con un cuchillo en la mano respiraba entrecortadamente con tres cadáveres de hombre hongo bajo sus pies. Temiste lo peor.

“Es demasiado tarde, es demasiado tarde” repetía la anciana, intentando recobrar el aliento. Su mirada estaba pérdida en otro tiempo y lugar.

Sentiste que el corazón se te caía por la oquedad de tu pecho.

“¿Por qué hacéis esto? ¿Qué os ha hecho esta gente que os ha salvado?” preguntaste con desesperación, con lágrimas de rabia e incomprensión formándose en tus ojos.

La anciana, que limpiaba el cuchillo con la manga de su andrajosa ropa, contestó con la cabeza baja sin mirarte todavía.

“Era el único camino posible para mí y para mi nieta. No tenía otra opción. No tenía otra salvación. Perdóname, perdóname, perdóname.”

En las palabras de la anciana pudiste entrever un secreto. Y en ese secreto, algo de esperanza luchaba dentro de ti, negándose a creer la verdad y abrazar la mentira de la anciana.

“Si tu nieta ha cometido el acto de asesinar de la profetisa, ¿por qué ya no está aquí contigo?” preguntaste, señalando la puerta abierta.

En el deformado rostro de la anciana cubierto de cicatrices y quemaduras apareció un instante de duda. Y esa duda dio paso al amor, empujándola a entrar y romper los deseos de su única descendiente.

Abrió las puertas para encontrarse con una carnicería, pero esta vez era la de su nieta sangrando por su brazo perdido, agarrando aún el cuchillo que ella misma le había forjado.

Al lado del cadáver había tres figuras envueltas en mantos y máscaras, una niña pequeña, y la profetisa Airinn. Tus ojos no te mentían, Tuon. Ella estaba viva.

La anciana salió corriendo hacia el cuerpo inerte de su nieta. Los tres hijos del silencio quisieron detenerla, pero Airinn, aun con Esperanza abrazándola, levantó una mano indicando que no sería necesario. En el rostro de dolor de aquella mujer solo había ruinas. Ya no había lugar para la batalla.

Intentó reanimar desesperadamente a la sangre de su sangre, golpeándole el pecho y gritando su nombre. Pero todo era inútil. La carnicera ya no respiraba.

Desesperada, la anciana se dirigió a los mismos que habían arrebatado la vida de su nieta, pues más grande era el amor que el orgullo. Imploró a los hijos del silencio, a la profetisa y a ti que la ayudarais.

“¿Por qué íbamos a salvar a quien ha intentado quitarme la vida, anciana?” preguntó Airinn, y en su gélida voz no había compasión.

“Por favor, os lo suplico. Es lo único que me queda, lo único que he podido salvar de mi tierra.”

(Hueles a un gran secreto), dijo entonces la hija del silencio a través de su velo rosa. Y la anciana se sintió desnuda frente a aquella criatura de gran poder. (No puedes ocultarlo frente a mí, te veo con claridad. Y es esta mentira la que ha causado el desastre que ha caído sobre tu nieta).

La anciana empezó a derramar lágrimas de sus ojos aguamarina. Las gotas cristalinas se deslizaban a través de su brillante piel quemada.

“Era la única manera de salvarla. Todos mis hijos y nietos me ignoraban como una reliquia del pasado, antes poderosa pero ya inútil y

olvidada. Nadie quería hablar conmigo excepto ella, Jakam. Yo había aceptado al tungolgcay Vela en mi corazón, pero pocos más de los míos querían escuchar, y mucho menos a una vieja como yo. Éramos un grupo muy pequeño en Conoc, ignorados por los que solo adoraban a sus filos y a la canción de Joman. Solo podía salvar una vida y decidí salvarla a ella. Pero si le contaba la verdad jamás me perdonaría y jamás volvería a hablar conmigo. No podía permitir que eso ocurriera. Pero ha sido mi mentira la que ha transformado a mi nieta en la misma muerte. Y ahora ella ya no está conmigo. Oh Vela, perdona mis pecados, consúmeme en el millón de llamas por la eternidad, pero no a mi amada nieta. Por favor, salvadla.”

Las palabras de la anciana, llenas de arrepentimiento, llegaron a los corazones de Airinn y de los hijos del silencio. Pero no lo suficiente para querer salvar a la asesina.

Sentiste de nuevo aquella gran compasión que oprimía tu herido pecho. Tú, que has estado entre la vida y la muerte, sabías demasiado bien de lo que hablaba la anciana.

Eras el puente. La llave que abre las puertas. Eras la compasión hecha carne y madera. Yo lo sabía cuando te conocí. No podías negar lo que sentías, ese no era el camino de los yuns y de los amputados. Debías abrazar lo que te causaba dolor.

Caminaste por la senda del dolor de amar.

Ese era tu verdadero peregrinaje.

Te acercaste al cadáver de Jakam.

Tu primer paso acababa de ser dado.

Cogiste el colgante de tu cuello y abriste la bolsa de tela para sacar la pequeña semilla que te había traído a tu nueva vida.

Tu maestro había decidido salvarte de entre los miles de heridos que habían llegado a Omnra y de todos los que había conocido durante su largo peregrinaje en Ekya. De entre todos a ti te había elegido y jamás sabrás qué había presenciado en tu herido cuerpo que no hubiera visto en los demás.

Pero en aquel momento, con la semilla en tu mano de madera y el cadáver de Jakam en el suelo, comprendiste la decisión de tu maestro.

La anciana agarraba tus ropas, dándote las gracias por lo que estabas a punto de hacer por su nieta.

Colocaste la semilla entre los carnosos labios sin color de Jakam. Su brazo recién amputado sangraba lentamente.

Los hijos del silencio presenciaban la escena, glorificados por la compasión del amputado. Iluminación recordó a Maderaquemada a la que tiempo atrás había conocido. Muerte recordó a todos los amputados que se habían quedado por el camino. Y Mentira recordó cuántas veces la promesa de la vida había sido quebrada.

Y Airinn miraba perpleja tus acciones mientras Esperanza permanecía callada entre sus brazos.

“Come, y vuelve a la vida” ordenaste a Jakam con voz débil.

Jakam no se movió. Dudaste de que la semilla funcionara en alguien que no fuera de tu pueblo.

Pero no te rendiste.

“Come, y vuelve a la vida” repetiste una segunda vez, ordenando que el sacrificio pudiera prevalecer frente a la muerte.

El hijo del silencio miraba atentamente la escena. Las flores de sus cuencas renacían sin fin.

Una vez más, Jakam permaneció inmóvil. Su abuela lloraba, pues aceptaba ya que su nieta jamás despertaría.

Pero tú prevaleciste. Prometiste que nadie más moriría bajo la sombra de tu cayado.

“Come, y vuelve a la vida” repetiste por tercera vez con tu voz gritando una orden.

Jakam tragó la semilla.

Siempre cumplías tus promesas.

La carnicera (10)

¡Oh Conoc, oh Conoc, oh Conoc! ¡Mientras tu cima sea siempre la más alta, jamás moriré! ¡Y vosotros, hijos míos, cuando améis tanto esta tierra como yo, entonces entenderéis por qué quiero que mi corazón siempre permanezca aquí! ¡Oh Conoc, oh Conoc, oh Conoc! — Joman. La canción de la Cima.

Mis pies desnudos tocaron una hierba frondosa. El cielo era blanco y verdadero. Mi brazo izquierdo había desaparecido y no conseguía recordar la razón. Alcé mi vista y vi un gran árbol cuya copa como una lanza parecía atravesar la blancura. Clavado en la pálida corteza, asomaba un cuchillo. Mi cuchillo. Y colgando de la rama del árbol de mi tierra, flotaba una manzana blanca. Quería el cuchillo, quería la manzana. Me estaba llamando, aunque no supiera el por qué. Caminé con los pies desnudos entre la hierba hasta que unas manos blanquecinas empezaron a brotar a mi alrededor, agarrándome de mis vestimentas y de mi piel. Querían llevarme con ellos. Y en cuanto aquellas cadavéricas extremidades me tocaron, supe que ellos eran los asesinados por mi cuchillo. Cada vida arrancada era un brote de venganza reclamando justicia. Intenté deshacerme de mis agresores, pero cuanto más luchaba, más me llevaban a las profundidades de su tierra. Reclamaban mi espíritu. Y viendo que no podía hacer nada, comencé a rendirme, algo que nunca antes habría hecho. Era el justo castigo por mis actos. No tenía nada que hacer. “Realmente, realmente, soy la más débil” dije en un susurro, y mi voz sonó distinta en mis labios muertos. Y solo cuando aquellas palabras ajenas brotaron de mí, me acordé de mi abuela, de mi familia, de mis padres, de mis hermanos y hermanas, de mi tierra, de mis forjas, y de mis montañas. Me acordé de Conoc, la tierra que tanto amaba y echaba de menos. El fuego de mi forja volvió a arder, y no era la llama del odio la que ardía y conocía. Era el fuerte deseo de vivir. “No soy la más débil” pronuncié, y esta

vez fue mi verdadera voz quien habló. Aullando como un animal de fuerzas renovadas y últimas me deshice de mis captores y corrí. Corrí hasta que mis desnudos pies sangraron por los cortes de la hierba. Corrí una eternidad hasta alcanzar la blanca corteza. Agarré el cuchillo con mi único brazo y sentí de nuevo la cainna. Mi más leal y renovada amiga. Comencé a escalar el tronco del árbol con los recuerdos de mi infancia embriagando mi mente. Alcancé la rama y la manzana y una voz distante que reconocí me ordenó. “Come, y vuelve a la vida.” Y así hice, dejando que el pedazo de la blanca fruta bajara por mi garganta. El mundo de cielo blanco fue desvaneciéndose y así volví a Omra en un viaje de distancias inconmensurables. Y a mi vuelta me vi rodeada de un extraño grupo de seres que amaba, odiaba y desconocía. Una mentirosa, un hipócrita, tres seres de secretos e historias y mi abuela. Miré mi brazo izquierdo, y donde antes había carne, hueso y fuerza, solo quedaba el vacío y la prueba de mi derrota.

Los polizones (10)

Lo he perdido todo intentando entender a estos seres. Familia, amigos, trabajo, e incluso mi propia vida. Pero creedme cuando os digo, que al verles durante un instante, de pie delante de mí, callados y compartiendo su mismo silencio, sé que ha valido la pena sacrificarlo todo — Safal Gachkt. Sobre el silencio y la locura.

Los hijos del silencio contemplaron con profundo respeto la escena que se había desarrollado frente a sus máscaras.

Muerte sabía de la existencia de la semilla de los amputados, pues tres veces había podido presenciar ese extraordinario fenómeno. Pocos eran los que conseguían superar la prueba de la manzana blanca y aferrarse a la vida.

La máscara de Iluminación lloraba granos de arena púrpura, conmovido por aquel momento lleno de luz en el que la vida de una asesina había sido perdonada. Y cuando se acordó de Maderaquemada, supo que su legado estaba en buenas manos con aquel joven amputado.

Mentira, que podía oler en toda la sala la suciedad de los que le rodeaban, decidió ignorar aquel pestilente olor. Todos ellos apestaban a secretos sobre creencias, convicciones y amores. Pero todo eso daba igual en aquel momento de compasión. Frente a la vida, la mentira todavía no era importante.

Los hijos del silencio, en presencia de la profetisa, el amputado y la carnicera, tomaron una nueva decisión. Y esta vez la tomaron los tres juntos.

Los habitantes de Omnra les necesitaban. El Abandono había llevado a los ekyaten supervivientes a una situación de un gran sufrimiento que jamás terminaría sin nadie que detuviera el círculo del dolor.

No estaba en su naturaleza lidiar con las vidas de los ekyaten. Pero desde que Esperanza había llegado a sus vidas, algo había cambiado en ellos.

Muerte quería proteger la vida y no solo contemplar cómo desaparecía. Iluminación quería irradiar luz al mundo y no solo contemplar cómo se apagaba.

Mentira quería revelar la verdad y no solo contemplar cómo se deshacía.

Y Esperanza, aunque de mente infantil, quería traer al mundo lo que su mismo nombre encarnaba.

Los hijos del silencio ayudarían a Omnra en el duro camino que se les había revelado. Era un nuevo sendero desconocido para todos ellos, pero uno que debía ser recorrido para asegurar el futuro de los ekyaten.

Muerte contemplaba a Airinn y Esperanza. Entre ellas había un nudo invisible, con los hilos del Abandono mezclados con la muerte, la vida y las canciones de la reliquia.

Cuánto echaba de menos a su hermana.

Muerte calló en máscara sellada. No era el momento de revelar su profundo deseo.

Ya solo quedaban ellos. Nunca más nacerían nuevos hijos del silencio. Y por ello debían existir para los que aún vivían.

Los eternos testigos debían blandir sus voluntades.

Era una nueva era de velas, de ámbar y de secretos.

Esperanza empezó a quedarse dormida en los brazos de Airinn. Cerrando los ojos lentamente, dejó que el sueño se apoderara de ella.

Visiones de pasados lejanos y presentes cercanos se fueron formando en su infantil mente de voz muda.

2ª parte: El ámbar



Dos gigaciclos desde el Abandono
(3356 gigaciclos desde el nacimiento de Ekya)

La guerra

Eran cientos las razones para mantener la paz.

Pero solo una era necesaria para justificar la guerra.

Reunidos alrededor de la mesa del alto mando, cada palabra era escogida con cuidado y cada gesto calculado. Una respuesta equivocada a una pregunta correcta podía significar [FIN DEL LIBRO GRATUITO]

Haz click para conseguir el libro completo:
Ebook | Tapa blanda

o visita [ESTE ENLACE](#)

Encuentra al autor en:
www.danielbadosa.com
Youtube: Daniel Badosa
Twitter: @danbamo
Instagram: danielbadosa